

Jovanka Vaccari Barba

MAMÁ, ¿POR QUÉ LAS **MUJERES** SON TAN COMPLICADAS?

Consultorio sexistencial

Lo que nunca quiso saber sobre el
sexo pero se vio obligad@ a descubrir



Una visión moderna y divertida sobre el sexo, la
sexualidad, los roles sexuales y su función existencial

Lectulandia

Los 69 artículos —no es casual, no: 69— que presenta Anroart Ediciones, compusieron una serie que se publicó a lo largo de año y medio en el periódico La Tribuna de Canarias, en una sección denominada Consultorio sexistencial. Era la primera vez que un medio de comunicación local acogía un espacio para la divulgación científica, hoy tan demandada, y se convirtió rápidamente en uno de los más leídos y comentados, tal era ya la avidez de conocimiento sobre la naturaleza humana y, en particular, del origen de sus comportamientos en torno al sexo. Nueve años han transcurrido desde que Jovanka Vaccari Barba trasladara a la gente de a pie las explicaciones que estaban dando las distintas disciplinas científicas —frente a las humanísticas, milenariamente perdidas en los vericuetos de las sucesivas culturas y morales— a una esfera tan íntimamente vinculada a la vida orgánica, a la humanidad y a su trayectoria. El éxito fue inmediato, basado en una aguda interpretación de las incipientes hipótesis que se manejaban, en un estilo narrativo resuelto, brioso, accesible y, sobre todo, en un humor clorhídrico que dejó para el olvido el viejo adagio de que «la ciencia es aburrida». A pesar de su diáfano compromiso con el desvelamiento de los invisibles del principio femenino y de la defensa de éste —postura que le valió el reconocimiento de las mujeres—, dicen las malas lenguas que fueron los lectores hombres los que se constituyeron en legión de admiradores que aplaudían el Consultorio sexistencial a la voz de «por fin entendemos algo», mientras posiblemente su lectura les hiciera concebir pensamientos menos confesables...

Todas estas razones, alguna más que dejamos para la intrahistoria y la actualidad teórica que mantiene la obra decidieron a Anroart Ediciones a publicar en formato libro esta serie que su autora define como «lecturas para el baño», dado el poco tiempo que ocupa su cómoda extensión. El título «Mamá, ¿por qué las mujeres son tan complicadas?», ha sido tomado del primer artículo en el que Jovanka Vaccari Barba expone los argumentos que la llevaron a dar respuesta a los interrogantes que todos y todas, hijos e hijas, hombres y mujeres, nos hemos hecho alguna vez. Disfruten de la información que les ofrece, y aprovechamos para advertirles de que no se admiten reclamaciones.

Lectulandia

Jovanka Vaccari Barba

Mamá, ¿por qué las mujeres son tan complicadas?

ePUB v1.3

Enylu 30.07.12

más libros en lectulandia.com

Edición 1 Año 2009
209 páginas

MAMÁ, ¿POR QUÉ LAS MUJERES SON TAN COMPLICADAS?

Muy buenas. Permítanme resolver con rapidez las felicitaciones a este periódico y *blablablá*, porque estoy deseando explicarles algo antes de que se me desordene. Verán: hace cosa de un par de meses, el redactor jefe y amigo de este diario me propuso colaborar aportando un pensamiento *o así* que, la diosa lo bendiga, ha conseguido ver en mí.

Tan vanidosa como insegura, lógicamente, me atrapé enseguida: la primera dijo que sí y la segunda empezó a sufrir: ¿Sobre qué escribir? Me asusta la opinión, tan poco perdurable. Ños, ¿qué me queda, pues?...

Pues, quizá, sólo la realidad, la vida entera y el desvelamiento de sus invisibles con intención científica.

¿Y qué formato darle?

Ajá.

Doy mi palabra de haberlo pensado, ejem, bastante. Finalmente, y como iluminada conclusión, le propuse a mi compañero de andanzas crear e interpretar una partitura «a 4 manos»: he de aclarar que desde hace años estoy incapacitada para explicarme la realidad sin conocer el punto de vista masculino de mis amiguetes. Voy contaminada por la cultura feminista de los setenta, compréndanlo, pero así como ésta resultó ser un flotador ideológico eficaz para remontar rápidos juveniles, ni llena de güisqui permitiría que se convirtiera en *el* punto de vista desde el que explorar la vida toda. Así que proponerle a un hombre inteligente una aventura *heterointelectual* se me antojaba arriesgado para el ego pero definitivamente benéfico para el pensamiento: abordar asuntos de la vitalidad con la visión de «la otra» subjetividad debiera mejorar, cuanto menos, el cutis.

Por otra parte, reflejar en plena batalla de géneros el proceso con el que una mujer y un hombre, «costillas de una idéntica condición», exponen sus culturizadas subjetividades, se despojan de ellas y se atreven con las del inmediato venidero, me pareció un ejercicio periodístico original y aventurero. También es verdad que podíamos haber terminado a tortazos delante de Uds., pero preferí este riesgo al de tener a una *oenegé* encima por buscar emociones fuertes con otras fieras.

Bien. Primero, mi *compi* aceptó con entusiasmo el reto y nos fuimos poniendo de acuerdo sobre contenido y estilo de la colaboración. Pero agárrenseme: el mismitito día que habíamos quedado para ponernos a trabajar, me dijo que mejor no participaba, que el debate podía ser conflictivo para nuestra convivencia y tal, pero que, sobre todo, yo «necesitaba un espacio propio» —deduzco yo que donde yo pudiera ser Yo sin interferencias masculinas, tal como reclamaba la Woolf hace

tropecientos.

Discusión y conclusiones: «Prudencia», dijo él; «acojono», dije yo, pues pensé que el problema no era que yo necesitara un espacio propio, sino que lo tenía ya. «Lo propio» nunca es cortesía de otro: es el botín de una guerra que se libra con una misma, y quien ha incursionado esos territorios está poco disponible para la sumisión, mucho menos la intelectual.

¿Quién tenía «razón»?

¡A saber!: Mientras que para el mundo masculino son valores excitantes, la singularidad, la soberanía y el librepensamiento en la mujer —el «espacio propio»— ahuyenta a los hombres, ora acusándonos de voraz ansia de poderío, ora de memez. Pero, por sacar una media, diría que la actitud de mi compañero ilustra estupendamente cómo están viviendo los hombres elegantes estas situaciones: con prudente acojono.

Decidida a seguir contando con «la otra mirada», esta vez pedí ayuda a un ilustradísimo amigo —a quien con ocasión de unas conferencias yo había prestado una ayuda similar— para secuenciar comprensiblemente el contenido elegido, evitando a los lectores, en lo posible, excursiones egóticas.

—¡Encantadísimo!

Bien. Elegimos un luminoso día canarión, *after rain*, de esos que lustran colores escondidos en palmeras y buganvillas, y me lo llevé a disfrutar de Las Canteras (¡a finales de diciembre!), pues este hombre habita en las gélidas tierras íberas del norte. Así se llama el suplemento dominical de La Tribuna de Canarias en el que se publicó semanalmente el *Consultorio Sexistencial*.

Debió de ser este frío malcurado, pienso ahora, lo que le provocó un estado de semi-iluminación, pues una vez instalados, con lápiz en la mano, y al menos yo dispuesta a una saludable charleta, me dijo: «Tigrota, *lo que tienes que hacer* es sentarte a escribir y ser tú misma» (la cursiva es mía).

¡Oh, Demóstenes! Me sentí como si hubiera quedado para montar un motor de cuatro tiempos y el compañero mecánico cantara un mantra como colaboración. ¿Habría *aconsejado* igual a un colega hombre?

Discusión y conclusiones: «Es el mejor consejo que te podía dar», me dijo él; «paternalismo», dije yo, pues no había pedido consejo sino cooperación.

¿Podía cabrearme con él? No. Sé que no había machismo, todo lo contrario. ¿Mas cómo sobrellevar la cotidianeidad conciliando ambos puntos de vista, intrínsecamente masculino el uno y femenino el otro?

Unos días después, al volver a casa, mi púber hijo me esperaba desencajado y cariacontecido —las dos cosas, sí— por importantísimos asuntos de su edad (presexuales, vaya): «Mamá, ¿por qué las mujeres son tan complicadas?».

Maquillada con interrogaciones que a su edad parecían indicar inexperiencia, en realidad me encontré con una legendaria convicción masculina transmitida de generación en generación con categoría de conocimiento profundo, pero que, en mi criterio, sólo indica falta de interés por el conocimiento profundo. Mi niño, tan joven y ya diciendo cosas de viejo. ¿Qué responderle?

Miedo, confusión, desorientación. Qué difícil está siendo la vida para los hombres, después de la turmix cultural de los 60-70-80 (hippismo-feminismo-corrección política) que ha licuado el cerebro, los bíceps y los genitales del gorilón postedípico, y ya no sabe qué decir, qué hacer, cómo comportarse, ni siquiera cómo copular, ante el despliegue imparable del desconocidísimo *principio* femenino que, para mayor complejidad, se va autoinventado.

Y, debo confesar, estoy seriamente preocupada por ellos: soy una *hétero* comprometida (me gustan los penes; algunos hombres también), tengo amantes, amigos, hermano y un hijo delicioso, y les veo, pobrecitos míos, aleteando con los pies para estar a la altura de esta era indiscutiblemente yin.

Florecimiento, avance femenino, cambios determinantes para el futuro común que no están siendo entendidos por los hombres. ¿Qué otra cosa podía poner sino un consultorio? De paso me entero de qué es lo que no saben. Para la trayectoria vital de cada mujer, el sentimiento de soledad intelectual es inquietante aunque fructífero, pero para el colectivo femenino la soledad intelectual resulta aniquiladora, pues nos priva del universo de lo complejo y lo sutil, auténtico hogar de la conciencia sin genitales, la de la especie: quiénes somos —o, mejor, como veremos: *qué* somos—, de dónde venimos, a dónde vamos y, sobre todo, cuánto nos va a costar.

Así pues, les propongo que nos reinventemos: empieza a haber suficiente información, clarificadora, liberadora, colorista, cachonda. Lo que nos vamos a reír haciendo argumentos sutiles. El primero, me lo permitirán, será para responder a mi hijo.

El caso del pejesapo abisal

El pejesapo abisal es un pescado de regular tamaño, primo hermano del popular rape.

En un momento de su ciclo sexual, el pejesapo hembra «pare» a un macho perfectamente formado, con sus ojitos y sus aletitas. La hembra es unas dos mil veces mayor que él. A partir de ese momento, el macho va a gozar de una vida libre y autónoma, una orgía de libertad que durará... un par de minutos. Justo el tiempo necesario para nadar/reptar hasta el flanco de la hembra, donde se fijará a ella por la

boca.

Así, el resto de su vida el macho colgará pasivo, como una sanguijuela, de la piel de la hembra, conectando y subordinando todos sus sistemas a los de ella, fundiendo incluso su piel y su sistema nervioso.

El macho queda convertido así en un mero saquito de esperma. Un saquito que se activará cuando la hembra lo decida. Y cuando ella muera, él, innecesario, incompleto y dependiente, perecerá también. Quizá, en un residual cerebritito, logre formular aquello de «no somos nadie». ¡Cosas de nuestros antepasados los peces! Hijo mío, recuerda siempre a Mai Pu (maestro zen): *«Todo lo que somos ya lo hemos sido. Todo lo que hemos sido, lo seguimos siendo»*.

¿EL TAMAÑO DEL PENE ES IMPORTANTE?

En los montes de Virunga, un clan de chimpancés retoza su estro exhibiendo una abierta sexualidad que incluye masturbación e intercambios de todo tipo. En el mismo territorio, una población de gorilas, constituida por componentes solitarios, se reagrupa organizando su periodo de fertilidad con violentas normas de monogamia femenina y supeditación sexual al macho. Alguien con vocación ha medido el tamaño de pene y testículos de unos y otros: a pesar de ser la mitad de pequeño, el chimpancé medio ha desarrollado un pene casi cuatro veces mayor que el del gorila.

Todo hombre habrá escuchado de una mujer decir que no, y es verdad: a nosotras no nos importa el tamaño del pene cuando nos gusta su portador. Nosotras vemos el conjunto, y lo que nos atrae es una suerte de «halo», el daimon. Para los hombres, en cambio, el conjunto es inimaginable si no han visto cómo está lo de atrás. Y el tamaño de su cosa es un asunto de preocupación.

¿Por qué? Ni idea.

¿Para qué? De eso sí le puedo contar algo.

A ver. Hay dos mandatos evolutivos ineludibles: pervivir y reproducirse. Del primero hablaremos en otro momento. Para dar cumplimiento al segundo, nuestra especie, al igual que otras, ha desarrollado la forma sexual.

Lógicamente, mientras más se practica el sexo, más posibilidades hay de que el genoma perviva, a través de la fecundación, en un nuevo ser. A menor práctica sexual, menor posibilidad de fecundación, mayor posibilidad de extinción.

La promiscuidad es, pues, una verdadera opción sexual de la vida, una estrategia, que parece afirmarse con recientes observaciones en el campo del comportamiento del aparato genital femenino y de los mecanismos de la fecundación: admitido de facto que nuestra especie practica la promiscuidad, es bastante más frecuente de lo que creemos que la hembra acumule en su vagina, para cumplir el segundo mandato, esperma de dos o más machos, cada uno de ellos «esperando» ser el elegido para continuarse a sí mismo.

El cuerpo de la hembra es, pues, usado por la vida para sus planes: en este territorio se produce una competencia espermática con una consigna clara: «que sobreviva el mejor». El mejor para la especie, obviamente, no para su emisor, que debe hacer todo tipo de piruetas durante la seducción, y después, pobre, para conseguir un papelito en el documental.

La guerra entre espermatozoides la llevan a cabo los espermatozoides, descubiertos ahora al menos de 5 tipos, con distintas misiones bélico-operativas, que van abriendo paso a

un candidato fecundador, quien, a su vez, una vez alcanzado el territorio circundante al óvulo, es «narcotizado» por la mucosa uterina a la espera de que el óvulo, mediante un despertador químico-eléctrico, desaletargue al que le ha parecido mejor para fecundarse.

Intuyendo el emisor que cuenta poco en la fase de concepción, realiza, durante el coito, embestidas y movimientos de cierta impetuosidad para procurar que, en la competencia de espermias, sea el suyo el que quede más cerca del conducto uterino. Por eso piensan los hombres que es importante un pene grande: en la guerra, puede depositar su tesoro más adentro.

Da la impresión, pues, de que si no hay competencia cooperativa, a la vida no le interesa el pene como soporte reproductivo y deja de preocuparse por este asunto, dando lugar a probóscides, ejem, minúsculos, como los del gorila. Por estrechos y mandones con la sexualidad femenina (ya saben: «toda mujer es una puta»; «si no es sólo mía la mato», etc.). Y no me extrañaría que, de seguir con la petardez de la «virtuosa fidelidad femenina», terminaran por tener una gamba de Cádiz en lugar de eso.

Pero también es importante la forma: el pene es así porque durante el coito funciona como una bomba hidráulica que «desaloja» con el glande los espermias competidores que pueda haber en la vagina. Con su diseño ginodinámico, empuja el esperma rival hacia las paredes vaginales, lo retiene en sus bordes y pellejos y, con la metesaca high technology, va sacando poco a poco, a modo de una culebra de fontanero, a sus odiados competidores.

(Para tranquilidad de los convencidos de tenerla chica, diré que la orden biológica de reproducirnos condiciona nuestro comportamiento, pero que si son curiosos, amables y excitantes, encontrarán una apasionante erotosfera donde lo estrictamente biológico es una variable reduccionista. ¡Ánimo!) Y ahora que yo le he contado lo que sé, compañero primate, infórmeme: ¿De qué clan dice Ud. que proviene?

¿LAS MUJERES FINGEN ORGASMOS?

En África del Sur habita una especie de escarabajo corto de vista. Al inicio de la primavera, con el deshielo, sale de su madriguera y, antes de acordarse de quién es, intenta aparearse... ¡con una orquídea! Los pétalos de la orquídea han adoptado el aspecto de la escarabajo hembra de esta especie, y las flores producen un aroma químicamente muy similar al perfume sexual emitido naturalmente por ellas.

A pesar de las leyendas, el engaño no es una característica del perverso natural femenino. Como podemos deducir de la parábola zoológica, es una estrategia que no sólo practican los géneros de cada especie, sino las especies entre sí: en el caso del escarabajo y la orquídea, el resultado del engañoso acto de amor es que las orquídeas son polinizadas.

Desde las homínidas para acá, las hembras primate ocultamos a los machos cuándo ovulamos: en su misión de perpetuarse, los machos practican, igual que las hembras, la promiscuidad, mas con un interés diferente: las hembras quieren el *mejor* descendiente, pues saben de su limitación paridora; los machos intentan, con muchos apareamientos, garantizarse *algún* descendiente, pues saben de la competencia en la fecundación.

Si la hembra mantuviera, con señales exteriores, la evidencia de su periodo de ovulación, el macho también sabría cuándo no está fecunda y dejaría de sentir interés por ella. De haber concebido, la hembra se encontraría entonces con la difícil tarea de cuidar sola de la cría. Pero al desaparecer la evidencia del celo, es decir, «aparentando» estar siempre en periodo fértil, la hembra obtiene del macho, para sí, una atención más sostenida y, para las crías, un padre en lugar de un *laja*.

Eso en cuanto al mecanismo de fingimiento. En cuanto al orgasmo, ¡pufff!, el tema es realmente complejo. Pero tiremos de una hebra.

Envuelta por la niebla cultural, la función biológica del orgasmo femenino intenta ser explicada por teorías evolucionistas, adaptacionistas, genetistas y otras de índole humanista. A pesar de sus diferencias de fondo, comparten el principio de que el clímax, en la mujer, aumenta la fertilidad y, por tanto, la posibilidad de fecundarse: durante la cima orgásmica, vagina y útero se contraen y expanden rítmicamente, ayudando a transportar el semen hasta el útero, cerca de los óvulos.

Otros estudios realizados muestran que las contracciones orgásmicas actúan como una «puerta» vaginal que se cierra para bloquear el paso del esperma de otros hombres. De ser así, podemos teorizar que el óvulo tenderá a acoger al espermatozoide del hombre que sea favorito de la mujer, consciente o

inconscientemente.

Estos datos sugieren que la mujer favorece al espermatozoides de aquellos hombres que la hacen llegar al orgasmo y, siempre, *siempre*, créanme, serán estos hombres los que prefiera, tanto para sus relaciones eróticas duraderas como para las eventuales: preñarse es un mandato evolutivo, pero pasárselo chachi también.

En este sentido, está documentado que las mamíferas estamos dotadas anatómicamente para alcanzar orgasmos con nuestro misterioso clítoris. También está documentada la incompetencia masculina para proporcionarlos. Es, pues, fácilmente comprensible, que el orgasmo femenino —o su ausencia— haya jugado un papel determinante en la evolución de nuestras especies.

¿Y para qué fingir el orgasmo?

Para sobrevivir.

A lo largo de la evolución, los hombres tendieron a dominar a las féminas gracias a su mayor estatura y fuerza física. Desaparecido el estro, la violación se convirtió en práctica masculina frecuente, pues aparentemente cualquier momento era bueno para intentar reproducirse. Y para asegurarse de que fuera su genoma el que se perpetuara y no el de otro, los machos dominantes asesinaban a las crías de las hembras y a otros machos potencialmente competidores.

Así, en este clima de brutalidad masculina, la disponibilidad sexual y el fingimiento del orgasmo fueron convirtiéndose en estrategias cruciales para la pervivencia de la especie: haciéndole creer al macho indeseable que era el favorito, las hembras tuvieron una oportunidad de salvar su propio genoma y el del macho que les gustaba realmente.

¿Se imaginan que sólo hubieran podido perpetuarse asesinos, violadores y malos amantes?

Gracias al «engaño» —y lógicamente a la infidelidad— los genomas de los buenos amantes, que suelen ser los hombres atentos, tiernos y paternales, han podido llegar hasta hoy.

Actualmente también desarrollamos estrategias. Para lograr los mejores amantes de la historia. Pero esa información pertenece a la hermandad femenina y no pienso dar una pista ni muerta. Ea, hasta la próxima semana.

OYE, ¿DE DÓNDE VENIMOS?

Acurrucaditos en un sofá, una niña y un amigo de sus padres engullen un documental de la tele. Trata del nacimiento: se ve a una cebrita pariendo, a unas tortuguitas saliendo de sus huevos, a una mariposita rompiendo su capullo... En fin, topicazos para niños. Al terminar la sesión, una pausa reflexiva precedió a la sempiterna pregunta infantil: «Y nosotros, ¿de dónde venimos?»

Antes de que el adulto pudiera iniciar una aséptica y cuidada explicación sobre el sexo, la niña, con ojitos esquivos a la banalidad, aclaró: «Quiero decir realmente».

Esta anécdota me recuerda otra: hace unos años, durante unos cursos de educación ambiental para chiquitines, se les preguntó de dónde venían las manzanas. Con gran seguridad y aplomo, y dispuestos a discutir si hacía falta, el grupo dividió en dos sus criterios: según unos, venían de la nevera; según otros, del supermercado.

Una confusión similar ha provocado la religión judeo-cristiana, respondiendo a los occidentales sólo la parte frívola de la pregunta: o veníamos en una cigüeña, o nos mandaban desde París, o salíamos de debajo de un repollo, o unos duendecillos —que hoy tendrían que enfrentar juicios por secuestro y pederastia— se ocupaban amorosamente de nosotros hasta que nos entregaban a unos padres.

Cualquier celofán de colorines sirve para envolver la nada, pues eso es la sexualidad para la teoría creacionista: un dios pantócrator, con el exitoso eslógan «creced y multiplicaos», ha dispuesto de nuestra pecaminosa existencia con un tan divino como desconocido propósito.

Sin embargo, la pregunta de la nenita, me parece a mí, anuncia una esperanzadora mutación. Para ella el sexo ya no es un pecado, sino uno de los vehículos de los que la naturaleza se vale para sus propósitos, incomprensibles aún, pero amorales... gracias a dios.

Para ella, el sexo tiene sentido desde la óptica evolutiva, y coherencia desde una historia que comienza mucho antes que la aparición de la doctrina cristiana, la de los mamíferos olisqueadores de genitales e incluso que la de los animales. La historia, para ella, comienza con el Big Bang y la única Ley que gobierna verdaderamente nuestros destinos es la 2ª de la Termodinámica.

Pero su sabia pregunta no es «por qué» venimos, que da para una pedantería biofísica sobre la materia, sino «de dónde» venimos, que da para una especulación consistente sobre la evolución.

El sexo, viscoso y húmedo, no se fosiliza y no tenemos vestigios observables que nos den pistas. Pero los genitales húmedos y salobres y el intercambio de fluidos

durante la actividad sexual nos recuerdan un origen marino: se cree que la vida se originó en remansos de agua cálida y poco profunda, a partir de la formación de unas moléculas oleaginosas con capacidad de replicarse, las bacterias.

En algún momento, éstas, probablemente para reparar el ADN de células afectadas por la radiación solar en una Tierra irreconocible, iniciaron una promiscua actividad de intercambio transgénico. Las bacterias, así, con su incontable número de tipos metabólico se igual número de tipos de intercambio, y obedeciendo el mandato termodinámico de pervivir, originaron el mandato biológico de reproducirse, es decir, de crear materia viva autosimilar pero no idéntica. ¡Quedaba inaugurado el sexo! ¡Y sin mala conciencia!

Posteriormente, las bacterias practicaron el hipersexo, que no es una forma descomunal de hacer sexo, sino una forma simbiótica que contribuyó a la aparición de los primeros ancestros celulares con núcleo, los protoctistas. Éstos, a su vez, se entregaron al sexo meiótico, un tipo de fusión celular que reduce a la mitad el número de cromosomas, que requiere de la fecundación para volver a doblarlo y que ha devenido en modelo de reproducción humana.

En el principio, pues, fue la bacteria. Y en el final, se espera que también. La biología y la ecología modernas las describen como un superorganismo ¡de 4.000 millones de años!, cuyo contorno físico es la biosfera. Y a los cuerpos femeninos y masculinos, incluidos genitales, como un aleatorio alarde escultórico, un envase para los cromosomas... y su información, acaso divina.

Comparada con la de este monstruo, la existencia del Homo Sapiens se revela casual, frágil y fugaz. Casi se comprende que hayamos preferido entregar el devenir de nuestra consciencia a monstruos menos complejos: los sacerdotes de las religiones monoteístas, por ejemplo.

¡Ay, dios, qué complejo todo, ¿verdad?!... ¡Ay dios! ¿Y Dios?

Pues según el pensamiento actual, convertido en una «teoría innecesaria».

(Por cierto, el «creced y multiplicaos» cristiano ¿no contiene el mismo mensaje que el «pervivir y reproducirse» de la religión evolutiva?)

¿POR QUÉ SE MAQUILAN LAS MUJERES?

Uno de los últimos grandes mamíferos en extinguirse fue el alce escocés. Aunque se trataba de un ciervo, le llamaron «alce» por una enorme, espectacular y excesiva cuerna que servía para poco más que lucirse en la «lucha de candidatos»: cuanto mayor y más florida, más posibilidades de aparearse, pues indicaba que disponía de buena salud.

Dado que tan hermosas defensas se renuevan cada año, el gasto energético en semejante frivolidad es enorme. Sin embargo, sabedores de la información que la cuerna suministra a las hembras, los machos exageraron ésta tanto que ya no pudieron transitar por el bosque bajo de su hábitat: literalmente enredado en sus ostentosos atributos sexuales, y agotado por la tarea anual de cambiarlos, el alce escocés engrosó la lista de extinguidos.

Una universidad americana ha realizado una macroencuesta de lo más significativo. Se preguntó a mujeres y hombres de 37 culturas distintas y dispersas —incluyendo, lógicamente, la judeocristiana occidental— qué es lo que más les atrae del sexo opuesto. Verán qué divertido:

Los hombres, sin disensiones culturales, valoran «la belleza» en primer lugar: que la mujer sea facialmente simétrica, y proporcionada en la relación pechos-cintura-cadera. Estas virtudes anuncian salud y capacidad paridora. De ahí que, para pillar varón, las mujeres adoptáramos una táctica doble de maquillaje: a) el somático, con tacones para realzar el culo, faja para disminuir la cintura y sostén para realzar las mamas; b) el facial, que muestra labios pintados, ojos brillantes y colorete, toques que, acompañados por otros, dan impresión de juventud enamorada.

Por su parte, las mujeres confesaron que lo que les atrae de un hombre, en primer lugar, es su «capacidad nidificante». Es decir, fortaleza y riqueza para proporcionar un buen nido, comida y recursos.

Pero, ¿cómo hacer notar estas cualidades, literalmente metafísicas?

Pues, apreciados amigos, con la ostentación: un macho que puede ostentar indica que está sano y que tiene vigor suficiente para otras inversiones. De ahí que, para pillar hembra, hayan adoptado también tácticas de maquillaje, a saber: c) la fisiológica, como la melena del león, los colorinchis de los peces, las iridiscencias de los insectos, los picos coloreados de muchas aves, las enormes e incómodas plumas del pavo real, la cara fluorescente de los mandriles... y d) la simbólica, exclusiva de los hombres: Rólex de oro o de Taiwán, mercedes, ternos Tucci o, me consta, toneladas de kleenex abultando paquete.

La selección sexual es una forma de selección natural, y el «maquillaje» un

recurso de atracción. Cada género, buscando rasgos que le complazcan o exciten sexualmente, ha ido condicionando la evolución del aspecto del otro. Dado que los machos estaban condenados a «aparentar» que sirven para algo —inseminar y abastecer—, han tenido que recurrir tanto al maquillaje que se han provocado auténticos cambios fisiológicos, como muestran los ejemplos zoológicos.

Así, pues, ¡noticia!: los caprichos sexuales femeninos pueden encarnarse gradualmente, materializándose en la forma de los cuerpos masculinos. La moda de la vida real parece estar compuesta por diseñadoras femeninas, mientras que los machos recorren la pasarela evolutiva... mostrando sus «modelos». De hecho, la ciencia empieza a decir que la dirección de la futura evolución física y del comportamiento de muchas especies se encuentra bastante más bajo el control femenino que del masculino.

Y ya que maquillarse es aparentar ser/tener, más/mejor que lo que se es/tiene, el paradigma del alce escocés viene al pelo para recordar que, en el mundo humano, los que más se «maquillan» son ellos: además de tirar de perfumes, gominas, rasurados o ejercicio, gustan de aparentar riqueza, posición social, nivel económico, conexiones sociales, influencia, autoridad familiar, inteligencia, cultura, poder político... y, así, ad infinitum.

Por cierto, el ejemplo del alce también viene bien para recordar cómo terminaron. Pero no se alarmen, amigos hombres. No tenemos planes de extinguirles... al menos hasta que esté bien desarrollada la técnica de clonación humana.

Como ves, amable lector, mi respuesta, si lo permites, es en realidad otra pregunta: ¿Por qué ahora se maquillan también las mujeres?

TESTOSTERONA, CHANDALISMO Y FARMACOPEAUTÓPICA

Un grupo de caimanes macho entretiene su natural cólera pegándose mordiscazos en la nuca; uno de frailecillos se picotea los ojos; uno de ciervos hace tronar sus cuernos; uno de morsas boxea con sus cabezas; uno de mandriles machaca cráneos viejos con piedras; uno de hombres se reúne semanalmente para rugirse los unos sobre los otros en unos hábitats denominados estadios... ¡Son maneras masculinas de pasar el domingo!

Testosterona. La testosterona es una hormona presente en ambos géneros, pero en mayor cantidad en los machos.

Durante la gestación, imprime a éstos unas características masculinas específicas, cerebrales, físicas y conductuales. Durante el desarrollo puberal, un segundo flujo termina de esculpir al hombre en sus rasgos más reconocibles: crece el pene, aparece la barba, se pierde materia grasa, se ganan músculos, se ensancha la espalda, las mandíbulas se marcan, la voz se agrava.

Una presencia excesiva de testosterona provoca comportamientos disfuncionales: excesiva agresividad, incapacidad relacional, desinterés por actividades que impliquen cooperación o respeto... En las mujeres, además, masculinización física. La ausencia, en los machos, produce «feminización»: en los casos más graves, hipogonadismo; en los menos, afinamiento de la voz, ligera acumulación de grasa en la zona pélvica, lampiñismo, carácter dulcificado, espíritu cooperativo y compasivo...

Chandalismo. Más del 90% de los delitos con violencia, en todas las culturas, lo cometen hombres. El estudio biológico de su origen señala ominosamente a la testosterona como la causante de la virulencia del macho.

Junto a la cólera, la ira, los celos sexuales o la vocación de dominación, el comportamiento violento ha constituido un dispositivo de supervivencia fundamental en la trayectoria evolutiva masculina y, por tanto, de la humana.

Pero la cultura no se ha desarrollado en paralelo a los cambios evolutivos. Nuestra civilización ha reglado que la violencia irracional y algunas de sus manifestaciones no tienen lugar ni sentido en su seno; actualmente deplora la agresión sexual. Sin embargo, se encuentra con individuos innecesariamente violentos (cruels, abusones, innobles, violadores, maltratadores) a cuyo comportamiento adjudica causas estrictamente culturales (sistemas políticos salvajes, televisión, desarraigo familiar, indisciplina, desmotivación).

No dudo de que nuestro modelo social no influya en la generación de actitudes

violentas, pero tampoco creo que ninguna medida sociopolítica sea lo suficientemente profunda ni veloz como para «cambiar» a la gente violenta que nos asusta. Básicamente porque «la violencia» no es un problema, sino un mecanismo biológico que tendremos que ir mutando culturalmente, a ver qué pasa.

Farmacopeautópica. La disciplina que estudia la Química puede autodenominarse Ciencia con toda justicia y legitimidad. Sucesora de la Alquimia, el objeto de su estudio —los elementos primordiales y sus creativas combinaciones, en esencia— nos alcanza una comprensión profunda de los procesos vivos, nos permite «copiarlos» e, incluso, crearlos: otro elemento químico nuevo, «inventado», acaba de ser incluido en la tabla de los elementos periódicos.

Los impulsos eléctricos y las operaciones químicas son el abc tecnológico de la vida. Una vida que no es, como nos gusta creer, perfecta, ni en sus procesos ni en sus resultados, ya que su trayectoria es azarosa. Muchas «enfermedades», a las que se adjudicaba un origen psicológico, están pudiendo ser entendidas y tratadas eficazmente desde la lectura biológica y el tratamiento químico reequilibrante, pues, aunque hubiera otras, ésa es una causa *real* en las esquizofrenias, psicosis, depresiones, ansiedades, úlceras nerviosas, etc.

La farmacopea tiene el mejor futuro, pues nosotros mismos somos «pura química»: cada vez más específicas, las intervenciones químicas se dirigen con precisión molecular hacia la región cerebral interviniente en nuestros estados psicofísicos: para superar la timidez, para provocar éxtasis místicos, para ordenar las ideas, para mejorar la puntería, para estar más felices, para ser menos violentos...

¿Sería usted capaz de no tirar de Viagra si se quedara sin vida sexual?

Con los productos que vamos a tener a nuestro alcance, más nos vale dejar de confundir química con moral o con derecho. Y tenemos derecho a no ser agredidos/as. Así que a ver si se dan prisa en inventar la tiritita antiviolencia o el jarabe antichandaleros. Plis.

¿QUE TE CHUPE QUÉ?

Una mona *rhesus* cabalga sobre la rama alta de una higuera. Intenta, según el documentalista, alcanzar un racimo de higos que se encuentra a su derecha. Con uno de los *subeybaja*, la fruta se descuelga y cae al pie del árbol. «Observemos su comportamiento», susurra el narrador. Pero la mona ignora el maná y sigue cabalgando, y sigue, y sigue, y sigue, y sigue... Repentinamente deja de balancearse, echa los ojos hacia atrás, se tumba sobre la rama y mira lánguidamente hacia el vacío. El guionista no entiende nada, improvisa una explicación antrópica, le endosa a la mona «indolencia» o algo así... ¡y se queda tan pancho, oiga!

Antes de que se me escandalicen, permítanme explicarles que lo que da lugar al título no es una grosería, sino un chiste popular. Ya saben, ese que pregunta por qué a las mujeres les salen patas de gallo y responde que «de tanto decir *¿Que te chupe qué?*».

Todavía no sé si me hace risa y, por tanto, si es políticamente incorrecto; lo que sí sé, porque es públicamente observable, es que a los hombres les están saliendo patas de gallo.

Y es que sólo muy recientemente la anticoncepción y el orgasmo femenino, convertidos en símbolos de autonomía y capacidad, revelaron lo fundamental que es el clítoris para el placer sexual femenino. Como fuente de placer y no de neurosis. Como señal de madurez, no de infantilismo. Como posibilidad orgásmica distinta, no sustitutiva. Como órgano para el divertimento, no para el embarazo... Lógicamente, al sistema patriarcal le ha beneficiado mantenerlo desconocido —cuando no rebanarlo de cuajo— y ocurre que los hombres, ante la demanda femenina de atención festiva, pongan cara de haba: «¿que te haga qué?»

Hay que reconocer, sin embargo, que no sólo la función, sino el comportamiento erótico del clítoris es enigmático. Durante un tiempo yo creí que «Clítoris» era una diosa menor del Olimpo, la más pequeña, la olvidada de todos. Pero en realidad parece que es «sólo» un vestigio embriológico, un residuo inútil para el proceso evolutivo que, sin embargo, nos introduce en una dimensión apasionante: los placeres obtenidos con el clítoris son lo que la música, el arte o el amor para la evolución y la reproducción: innecesarios.

El pene, por el contrario, está directamente implicado en las tareas reproductivas y todavía es necesario en el proceso evolutivo. Si hay placer, es que hay emisión espermática: el orgasmo es como un premio fugaz por cumplir con la vida. En la mujer, en cambio, el clítoris nos da placer *porque sí*.

¿A que da para malas ideas? Pero sigamos con la información «seria», que

también tiene sustancia.

El clítoris y el pene son, al principio, un mismo órgano: «bocas de tejido unidas por su parte superior, formando un botoncito. Hacia la cuarta semana de gestación, debido al cromosoma Y característico de los varones y al primer flujo de testosterona que se activa en ellos, el botón se alarga, predibujando el prepucio; las partes laterales se fusionan a lo largo de la línea media y se hinchan para convertirse en el escroto y acoger a los testículos». En la hembra el botoncito es el clítoris, y las partes laterales serán los labios vaginales.

De modo que, inicialmente, je je, *todos* somos mujeres. Testículos y pene son una especialización orgánica, sin otra misión que acoger el legado cromosómico, mantenerlo fresquito y emitirlo. Así que menos lobos con lo de la superioridad y más insumisión contra la falocracia. De hecho, en un futuro perfectamente posible y razonablemente probable, la inseminación artificial y la clonación podrían ayudar a reducir el pene a un papel mínimo en el proceso de reproducción. Encontraríase, entonces, en una posición muy similar a la del clítoris: un órgano residual que serviría para proporcionar placer gratuitamente, porque sí.

Y ya sé que voy a «cometer» una digresión, pero ¿no se comprende mejor ahora por qué las mujeres no hemos practicado el dominio violento? ¿Quién querría estar descuartizándose por reproducirse teniendo asegurada la continuidad, además de una esfera «superior» de placeres, emociones y pensamientos para los ratos libres?

Indudablemente, esta consciencia de lo lúdico ha tenido que actuar en la evolución psicológica femenina. Y quizá esa diferencia con los hombres nos haga difíciles de entender. Como difícil les resulta proporcionarnos orgasmos clitoridianos, tan vinculados a nuestros estados emocionales. «A las mujeres no hay quien las entienda». Sí, vale, pero lo mismo pasa con Dios y no han parado de rendirle culto.

Así que, mis niñas, si algún hombre se les *añurga* preguntando «¿Que te haga qué?», no tengan reparos en contestar «Un *cunnilingus*, cariño. Un *cunnilingus* de respeto».

¡¿ESTÁS OYENDO, INÚTIL?!

Los ritos de seducción que tiene que realizar el macho para llamar la atención de una hembra son, en todas las especies, hiperlaboriosos: sonidos histéricos, muecas hilarantes, buches inflados, cantos espectaculares, cambios de colores, danzas lisérgicas, contorsiones imposibles, luchas a muerte, proezas homéricas... Es sólo el principio. Si consigue convencer a la hembra de portar el mejor genoma, aún le queda disputar el lugar del nido, construirlo, dotarlo, en muchas especies atender a la hembra o colaborar en la gestación y, una vez nacidas las crías, garantizar alimento, proteger familia y territorio, reparar el hábitat, atesorar patrimonio para tiempos malos... La verdad es que, excepto el jeta del león, los machos curran cantidubi.

Para bien y *para mal* el mundo del trabajo ha sido masculino. No gratuitamente el patrón de los hombres/padres es san José *Artesano*: según los evangelios cristianos, el anciano José, de la tribu de Judá, fue elegido por el clero para desposar con María, una púber que acababa de tener la menstruación y ya empezaba a ser vieja para reproducirse. Pero ella, rebelada contra las normas religiosas, anunció que sólo concebiría de Dios. Se autodeclaraba, pues, virgen y divina para siempre.

Cómo concibió y parió da para jugosos *off the record*, pero, abreviando, alumbró al mesías judío —entre otros hijos— sin intervención de José. Los escribas herederos de la fe cristiana aún intentan malabares intelectuales para explicar el asuntillo, pero lo cierto es que sus jefes diseñaron, mezclando biología y cultura, el persistente modelo de familia cristiana: la mujer, pura, casta, dedicada en cuerpo y alma a criar: La Virgen; el primogénito varón, un reyecito autoglorificado: El Hijo de Dios; y el currante mantenedor, José... santo de segunda sin derecho ni a mayúsculas.

Probablemente el mito recreaba, en origen, las funciones biológicas de género con respeto. Pero se extravió, en mente de listillos, hasta el de «ella en casa» y «él al trabajo remunerado», perjudicando tanto a mujeres como a hombres: si nosotras quedamos en una situación dependiente y subordinada, ellos también, teniendo que trabajar más de lo que les correspondía para sustentar el delirio de su superioridad. Visto desde este ángulo, el macho se revela, más que dominante, como un empleado *fulltime* de la vida.

Mañana se celebra, ¡redundancias!, el día de La Mujer Trabajadora, aunque se conmemora el Día de los Derechos de la Mujer y la Paz Internacional. Denominación popular e institucional reflejan que los conceptos «Hombre», «Mujer», «función», «trabajo», «derecho», «igualdad», crearon verdaderos líos acerca de los roles y capacidades de cada género, teniendo las mujeres que reivindicar su incorporación al

mundo del trabajo para poder evidenciar la igualdad política.

Desvelado el mito antiguo y creado el moderno del «derecho al trabajo», las mujeres, a pesar del deslome de la triple jornada, hemos demostrado estar capacitadas para realizar cualquier tipo de tarea, y hemos provocado cambios *evolucionarios* sin precedentes: el mejor de ellos, a mi juicio, el de haber intervenido libre albédricamente en el devenir humano, aportando un giro inesperado a la trayectoria biocultural de la especie.

Pero el nuevo contexto exige una participación distinta de los hombres. Sin embargo sabemos, intuitiva y científicamente, que su organización químico-cerebral, diferente a la de las mujeres, es menos generosa: *realmente* no están dotados para igualar el despliegue operativo de que somos capaces las doñas. Trabajar, criar y llevar una casa es, en ellos, una ecuación imposible. ¿Podemos requerirles «igualdad» de comportamientos?

Biológicamente no me atrevo, no hay más cera que la que arde y, además, «La Casa» ha sido un reino culturalmente vedado al hombre por las propias mujeres: hay que reconocer, también en esto, una injusticia.

Pero... ¿y si convertimos la Incorporación al Mundo de lo Doméstico en un Derecho del Hombre? ¡Perseguir un triunfo cultural en lugar de admitir un fracaso biológico! ¡Con su Día y todo! ¿Eh? ¿Qué tal?

Uhhh, veo que en mayo hay fechas libres. Bien, que no se diga que no he puesto mi granito: propongo el 19 para celebrar, un poner, el Día del Hombre Mejorado, en homenaje a los primeros hombres que *cayeron* abatidos por el temible ejército de productos de limpieza, defendiendo su derecho a ser *Sapiens* además de *Homo*. ¡Ánimo!

¿QUIÉN PIERDE ACEITE? (OÍDO AL PASAR)

Un idílico paraje. Varias familias de monos bonobo retozan por aquí y por allá. Una pareja de machos se entrega a juegos de dominación. Forcejean, se revuelcan, se sorroballan... Al llegar el agotamiento, caen relajadamente. Al momento, uno de ellos, el macho vencedor, se levanta y ofrece su espalda al otro. ¡Qué raro! Parece que inicia un gesto de sumisión. El compañero vencido le husmea el trasero, se incorpora, le acoge delicadamente por detrás y... ¡Pero bueno, qué hace! ¡Le está penetrando! ¡¿Y el macho dominante se deja?! Cómo, tanto que se deja... ¡sí... si es que está masturbándose!... ¿Y ahora, qué le pasa?... ¡No me lo puedo creer! ¡Pero si va a eyac...! ¡Oh, dios mío, ¿será posible?! ¡Parecen humanos!

Si yo fuera Jerónimo Saavedra exigiría a José Manuel Soria disculpas, pero no por haberme hecho objeto de sus insultos, sino por haberme hecho objeto de sus fantasías.

El Diccionario de Psicoanálisis de Laplanche describe fantasía como «guión imaginario en el que se halla presente el sujeto y que representa, en forma más o menos deformada por los procesos defensivos, la realización de un deseo y, en último término, de un deseo inconsciente».

Entre los pocos aciertos que le quedan vivos al imaginativo Freud, figura el de que «toda fantasía encubre un deseo reprimido». A la vista del detalle con que Soria describe una situación imposible —»pierdes aceite», «vas a resbalar sobre ti mismo», «puedes quedar en posturas muy incómodas»— es un hecho que el caballero ha dedicado un tiempo, no corto, a imaginar a su ofendido «cayendo», «abriéndose», «escarranchándose», «haciendo posturas incómodas». Ha elaborado, pues, una fantasía.

Lo que Freud denomina *Phantasien* son ante todo los sueños diurnos, escenas, episodios y ficciones que el sujeto se forja y se narra a sí mismo en estado de vigilia, constituyendo un mecanismo muy socorrido de la personalidad histérica. La estrecha relación entre fantasía y deseo se confirma por, cito: 1) tratarse de guiones, aunque se enuncien en una sola frase, de escenas organizadas, susceptibles de ser dramatizadas visualmente; 2) el sujeto está siempre presente en tales escenas, como participante o como observador; 3) lo representado no es un objeto al cual tiende el sujeto, sino una secuencia de la que forma parte y en la cual son posibles, por tanto, las permutaciones de papeles y de atribución; 4) en la medida en que el deseo se articula así en la

fantasía, ésta está implicada en operaciones de defensa; 5) tales defensas, a su vez, se hallan indisolublemente ligadas a la función primaria de la fantasía (la escenificación del deseo), escenificación en la que lo *prohibido* se encuentra siempre presente en la posición misma del deseo.

A mi juicio, pues, no sólo estamos ante un caso de actividad fantaseadora, sino ante una hermosa fantasía homosexual. La fantasía homosexual es la construcción de imágenes eróticas con personas del mismo sexo. El escaso 20% de hombres a los que les toca no tener ninguna experiencia homosexual en su vida, no escapa a las fantasías homosexuales, pues éstas son patrimonio filogenético: unos lo admiten y persiguen asumidamente su placer con imágenes explícitas; los más *machos* (o sea, los menos evolucionados) no, pero no importa: la evolución dispone de los sueños para que no revienten, y la cultura del lenguaje simbólico para facilitar, analógicamente, la comprensión de los contenidos ocultos.

Las teorías psicoanalíticas de la transformación, aplicadas con cuidadito, nos ayudan a comprender, gracias al lenguaje simbólico, el verdadero contenido de lo enunciado en una fantasía o un sueño. El inconsciente individual es el hogar de los simbolismos. La función simbólica, pues, hace su aparición justamente cuando hay una tensión entre contrarios (deseo/represión), para que la conciencia resuelva lo que no puede con sus propios medios. Siempre que alguien elabora una analogía, está, en realidad, exponiendo su inconsciente y su particular comprensión de la realidad, cuando no explícitamente su deseo de que la realidad sea como imagina... aunque a veces los símiles nos salgan automovilísticos.

De nuestra —por pública— excelentísima fantasía sólo me queda curiosidad por el papel que desea para sí el autor, pero —ya sé, ya sé que voy a la contra— a mí me parece que el alcalde ha sido muy valiente autodenunciando lo que le pasa por la cabeza.

¿SERÁS SÓLO MÍA?

Sobre una calentita montaña de excrementos, machos y hembras de moscas del estiércol se encuentran para el refocile reproductivo. Todo el grupo se aparea desenfrenada e indiscriminadamente. ¿Todo? ¡No! Unas pocas parejas se «fugan»: levantan el vuelo y se retiran clandestinamente hacia otra zona en busca de intimidad. ¡Las muy traidoras están cometiendo un pecado de fidelidad sexual!

Nadie más lejos del romanticismo que las moscas de la caca, por lo que su ejemplo explica bien qué se esconde detrás de un comportamiento sexual exclusivista. El «deseo» de perpetuar los genes propios no tiene por qué ser más consciente en las personas que en los insectos o que en los reptiles, aunque el significado *real* del interrogante —¿te aparearás sólo conmigo?— denuncia una intuición sobre su origen: que la monogamia no tiene que ver con el amor, sino con las estrategias reproductivas.

John Dobson, físico nacido en China y estudioso de los textos sagrados sánscritos, acierta a explicarlo con sencillez: «Las directrices fundamentales del programa genético sirven para dirigir una corriente de entropía negativa sobre nosotros mismos y transmitir la línea genética. Por esto nos sentimos los agentes de la acción. Pero no es más que un espejismo genético. Los genes nos han persuadido de que siguiendo sus dictados alcanzaremos la paz de lo inmutable, la libertad de lo infinito y la bienaventuranza de lo indiviso. Pero, en vez de eso, lo que tenemos al final es una familia».

La forma de nuestros genitales sugiere que estamos físicamente diseñados para buscar el éxito reproductivo mediante la competencia del esperma. Ésta es una estrategia natural de selección, una «guerra» que se produce en la vagina de las hembras entre espermias de 2 o más machos, y su objetivo es elegir el mejor genoma masculino, el que habrá de continuarse, El Elegido de La Vida.

Para los machos aspirantes a paternidad, «La Vida» es pura competencia, a la vista de las pruebas que han de superar: la de la hembra —a la que ha de cortejar y gustar—; la de los rivales —a los que ha de vencer en luchas mortales—; la del útero —químicamente selectivo con los espermatozoides rivales—; la del azar —a pesar de parecer el vencedor, puede no ser el auténtico padre de la cría—; y, de ocurrir esto, la del pardillo —invirtiendo energía en la crianza y cuidado de un genoma que no es el suyo—.

Es muy probable que los dos últimos *detalles* condicionaran la tendencia de los hombres a imponer la monogamia femenina: para garantizar su paternidad, los

primeros machos del *Homo Sapiens* habrían apartado a sus hembras fértiles de la promiscuidad grupal, vigilándolas celosamente y dedicándose a una sola compañera. En una sociedad cazadora, es verosímil que la distribución desigual de carne haya conducido a la aparición de «consorcios», una primitiva modalidad de relación conyugal en la que las hembras aceptaron el aporte de alimento a cambio de una *relativa* fidelidad sexual.

La monogamia es una contraestrategia para evitar la competencia entre espermias, es decir, para eliminar la competencia sexual entre los machos. Aunque esta innovación puede haber fortalecido socialmente a los *Sapiens* de la sabana, también puede haber ido acompañada, en sus inicios, de un aumento de la agresividad masculina, de las acciones violentas y del espíritu de venganza; y en sus finales... también: entre el «¿Serás sólo mía?» y el «¡Serás sólo mía!» únicamente media un tono distinto, el contenido es el mismo.

El hecho de que el adulterio y la infidelidad femenina se hayan interpretado como ofensa o insulto al padre, indica que la monogamia favorece el patriarcado, la falocracia y una *sociedad* para la violencia organizada: los celos, la territorialidad, la competitividad entre machos, el sentimiento de superioridad, el sentido de la posesión y de la propiedad son emociones masculinas que, además de evitar la competencia espermática, cimentan El Orden de la sociedad patriarcal moderna. Y sabemos de qué mal café se pone quien se empeña en mantener no ya «un orden», sino un orden artificial.

Aun así, la evolución de los monos antropomorfos en humanos ha sido tan reciente que ese pasado todavía alienta comportamientos promiscuos en la gran, gran mayoría... y nos aporta pruebas: ¿Quién no ha sentido ganas de ponerle un cuernito a su pareja incluso —o sobre todo— cuando la relación es formidable? Aviso a monógamas: chicas, miren a ver, que las restricciones sexuales siempre van en contra de los intereses femeninos; y aviso a monógamos: la ausencia de competencia espermática hace innecesarios los penes grandes. Ustedes verán.

EBRIOS DE AMOR

En un edificio de jaulas, a modo de apartamentos, decenas de ratones chillan, gimen y se retuercen de placer. ¿Es un estudio sobre apareamientos múltiples? No, ninguno disfruta de compañía sexual. ¿Es una convención de roedores onanistas? Bueno, poco apetecible un laboratorio para ese tipo de complacencias. ¿Es una muestra de demencia animal? Ni mucho menos. En realidad es una fiesta química ¡y las copas corren a cuenta de los investigadores!

Cuando se suministra feniletilamina a ratones, macacos y otros mamíferos, se observa que experimentan altos niveles de placer, que muestran conductas de cortejo a pesar de no tener pareja próxima y que, de manera «inteligente», encuentran y presionan las palancas que les proporcionan más droga.

Las drogas, compuestos químicos con efectos altamente específicos y predecibles, han influenciado profundamente en la sexualidad desde los tiempos arcaicos en que las bacterias dominaban la Tierra. Se ha documentado, por ejemplo, que cuando se añade el antibiótico tetraciclina a un cultivo de bacterias, la actividad sexual de éstas se incrementa hasta mil veces.

Ni la alquimia ni la química han logrado poner al alcance humano un chollo semejante. Aún andan detrás del *verdadero* afrodisíaco, pero algunas drogas naturales son tan poderosas que seguramente se prohibirían si no fueran parte heredada de nuestra percepción natural y de la bioquímica que modula nuestras emociones. Aunque no hay que bajar la guardia: el puritanismo prohibicionista no tiene límites.

Las drogas de procedencia interna y externa que alteran el estado de ánimo abundan, y están profundamente fundidas con nuestra propia sustancia. Por lo que se sabe, la feniletilamina no sólo «mediatiza» la pasión amorosa, sino también la sensación de peligro: un desequilibrio o carencia de feniletilamina parece inducir en ciertas personas la búsqueda de situaciones peligrosas, por lo que no es de extrañar que haya quien encuentre en el enamoramiento gozosos factores de riesgo. O viceversa: que haya quien encuentre, en situaciones arriesgadas, ganas de enamorarse.

Una de las drogas que podríamos calificar de «femenina» es la oxitocina, un compuesto que estimula la contracción de la musculatura lisa e induce la secreción de leche en las madres. La oxitocina en sangre aumenta espectacularmente durante el orgasmo y tras el amamantamiento. Durante éste, descienden los niveles de cortisol y de presión arterial, dilatándose los vasos sanguíneos del pecho para dar calor al bebé. Cuando se administra un compuesto bloqueante de la oxitocina a ratas hembras recién paridas, éstas pierden interés por las crías.

En los guerreros masculinos los niveles de oxitocina en sangre se multiplican sólo por cinco durante el orgasmo. Y a diferencia de las mujeres, en ellos se elevan los niveles de cortisol y adrenalina, hormonas que incrementan la concentración de glucosa y la presión sanguínea. La diferencia entre unas y otros es notoria: el macho testosterónico tiene un comportamiento habitualmente amenazante y agresivo —excepto tras el acto sexual—, mientras que la madre lactante experimenta y transmite una sensación de calma y bienestar que ya quisiera para sí Confucio.

Se revela evidente, pues, que esta droga «de la afectividad» —y otras— han tenido un papel más que importante en la evolución sexual de los humanos. Puede, incluso, que el ascenso de los niveles de oxitocina fuera la «culpable» de que nuestros ancestros masculinos y femeninos empezaran a disfrutar de la compañía mutua tras una relación sexual. Y no es baladí en nuestra trayectoria: a medida que nuestros antepasados descubrían y reforzaban esta modalidad de alianza, se fueron haciendo más inteligentes, amorosos y sociables.

Lo que no comprendo es cómo teniendo conocimiento de los efectos de tan noble sustancia aún no se venda embotellada.

¿EN LA POBREZA TAMBIÉN?

–Juez: Fulanito, ¿aceptas por esposa a Menganita y prometes amarla, respetarla y serle fiel en la salud y en la enfermedad, en la alegría y en la tristeza, en la riqueza y en la pobreza?

–Fulanito: Sí, acepto.

–Juez: Menganita, ¿aceptas por esposo a Fulanito y prometes amarlo, respetarlo y serle fiel en la salud y en la enfermedad, en la alegría y en la tristeza, en la riqueza y en la pobreza?

–Menganita: Uhhh... Eh... Esto... Sr. Juez, ¿en la pobreza también?

Así como la belleza externa femenina condiciona a los machos en su elección sexual, a la mayoría de las mujeres no nos importa si el hombre es feo, si la tiene chica o si es un batata integral; lo que biológicamente les convierte en interesantes a los ojos femeninos es su capacidad nidificante, es decir, la fortaleza y el vigor de que disponen para proporcionar riqueza: un buen nido, comida y recursos («patrimonio», vaya, que viene de «padre»).

¿Por qué nos casamos, entonces? La Naturaleza, que sepamos, no exige que la unión de los sexos deba ser civil o religiosa: desde el punto de vista biológico general, conceptos como «posesión», «separación», «derechos» o el deseo de los amantes de estar «juntos para siempre» son, sencillamente, aberrantes.

El origen del «matrimonio» (que viene de «madre») no está en el amor ni en las estrategias políticas preestatales ni en los caprichos divinos. La primera modalidad de matrimonio probablemente se originó hace unos 600.000 años, con la aparición de los primeros *Homo Sapiens*, cuando los machos, para garantizarse su propia reproducción, exigieron la monogamia femenina y nuestras antepasadas aceptaron: – Vale, yo te garantizo que me fecundaré sólo de ti, que perpetuaré tus genes... pero tú me garantizas nido, alimento y protección *mientras* cuidamos y criamos *nuestro* genoma.

El hecho de que, en caso de ruptura matrimonial, los hombres entreguen a «Ex & a Hijos» patrimonio y sueldo «en concepto de alimentos», aclara la verdadera naturaleza del matrimonio: que fue —y es— un pacto de cooperación entre géneros para continuar la especie, pues en él están implícitos Reproducción y Alimentación, los dos pilares primordiales de La Vida.

Pero, pero, pero, cultura y religión derivaron el matrimonio a «cosa de mujeres», quedando a su cargo casa y prole, La Familia; y el patrimonio pasó a ser «cosa de hombres», quedando en sus manos lo transfamiliar, es decir, la administración de los recursos y la propiedad, La Economía.

El prefijo Eco, *oikos* en griego, es un término que significa casa, templo, hacienda, jaula y patria. Aristóteles, primer acuñador del concepto Economía, presenta ésta como «el arte de administrar el *oikos*», como algo «esencialmente subsidiario de la vida» pero, en concreto, de *la vida ética*.

Mas la ética no es virtud de la alucinación falócrata, por lo que ésta encontró, en el matrimonio, un marco para el sometimiento de las mujeres y, en la economía, un argumento para el sometimiento de la biosfera. La pobreza generada en unas —dependencia absoluta en lugar de manutención— y otra —devastación en lugar de administración de los recursos— no tiene comparación. El mundo masculino ha incumplido, pues, su parte del trato, por lo que es de derecho quitarle el juguete de las manos a estos chicos, y les animo a hacerlo sin compasión.

¿Sustitutos?

- a) Del matrimonio, la verdad: modalidades contractuales dinerarias. El amor, de existir, es una pasión privada que no requiere mediaciones.
- b) De la economía, la ecología. Total, una y otra tienen la misma raíz, *Eco*. Lo que difiere es el sufijo, o sea, la actitud hacia dicho fundamento, que en el caso masculino aplica *nomos*, la rígida norma, y en el caso femenino *logos*, la comprensión de la naturaleza y su mecánica para un aprovechamiento *sostenible* de sus frutos.

Soy muy optimista: vislumbro que, en la misma medida en que las mujeres vayamos negándonos al mortífero matrimonio, la ecología aflorará como alternativa a la mortífera economía machista.

¡Ah! Una última advertencia: algunos ideólogos del «que todo cambie para que todo siga igual» utilizan la redundancia Eco-economía para seguir manteniendo el chupete por el palito. El «profundo cambio» que proponen ahora consiste en repetir el prefijo en lugar de modificar el sufijo. ¿Serán idiotas?

QUÉ... ¿QUÉ TAL HE ESTADO?

Relata una bióloga que, en uno de los hábitats naturales del zoo de San Diego, dos monos se aparearon a la vista de todos. El macho la embistió varias veces, hizo girar el cuerpo de la hembra, luego rodó sobre sí mismo y —¿les suena?— se echó a dormir. La hembra, por su parte, inquieta y agitada, siguió haciendo girar su cuerpo durante un tiempo. Un grupo de gente les observaba hipnotizado, hasta que una señora, indignada, tiró de su hijo y se fue, no sabe la bióloga si movida por pudor o por asco. Yo prefiero pensar que por solidaridad con la insatisfecha mona.

Las mujeres nativas de Mangaya, una isla meridional de las islas Cook, en la Polinesia Central, gozan de la envidiable fama de ser las más avanzadas orgásmicamente de todas las sociedades humanas estudiadas. Estas mujeres alcanzan no menos de 2 o 3 orgasmos ¡por coito!, caray.

¿Son las mangayas *superwomen*? No.

¿Están anatómicamente mejor dotadas para el orgasmo que las demás? Tampoco. Los estudios científicos modernos confirman que la capacidad para alcanzar el clímax sexual es un potencial genético que, de ser desarrollado, puede llevar a cualquier mujer a placeres más complejos y más intensos que los de los hombres.

Aunque a veces entran ganas de prometerle a Vesta que la única relación estable que mantendremos será con nuestro dedo, la posibilidad de alcanzar orgasmos heterosexuales con una pareja es un poderosísimo aliciente, para qué negarlo.

Pero la parábola zoológica ilustra una frustración demasiado habitual, no sólo entre las hembras antropoides, sino entre las mujeres, y dado que es fácilmente demostrable la dotación femenina —física y psíquica— para el orgasmo, no es infundado pensar que la culpable del concepto «anorgasmia» sea la falta de interés y de destreza masculina para proporcionarlos.

¿Qué podemos aprender de los mangayos? Verán.

Al llegar a la pubertad, sobre los 12 o 13 años, los varones mangayos deben pasar por una serie de ritos de iniciación que les permite inaugurar su vida adulta. Parte de esa iniciación consiste ¡oh, envidia! en aprender métodos para estimular a las mujeres, de modo que éstas alcancen máximo placer sexual. Tanto es así que, de las mujeres mangayas, se espera que consigan al menos un orgasmo en cada relación sexual. En caso contrario —no me digan que no son buenas ideas— el varón que no ha logrado complacerla pierde su estatus social.

Así, durante un par de semanas, los jóvenes son adiestrados en el arte de dar satisfacción sexual a las mujeres por una mujer adulta experimentada que maneja más

información de la anatomía femenina que una cuadrilla de nóbeles europeos en medicina.

¿Por qué?

Pues porque los mangayos —las diosas me los bendigan— no consideran el placer sexual femenino como una gratificación, sino como una necesidad. Esta «primitiva» expectativa cultural sobre la función del orgasmo femenino ha obtenido elevados índices de orgasmos y de señoras satisfechas, lo que confirma que el gozo de la mujer está en función no sólo de la biología, sino del aprendizaje erótico y las expectativas culturales de la sociedad.

Pena, penita, pena: a diferencia de la mangaya, tan poco puritana, nuestra sociedad tiene que sufragar a toda una red de expertólogos —psicólogos, psiquiatras, psicoanalistas, sexólogos, sociólogos y hasta sexósofos— ocupándose de «patologías femeninas individuales» cuando, en realidad, deberían de ser entendidas como patologías sociales, pues es la sociedad la que no concede un valor claro al orgasmo femenino.

¿Soluciones?

No sé ustedes, pero yo, cuando me encuentro con un mono *Sapiens* que me pregunta «Qué, cariño, ¿qué tal he estado?», despliego mi mapa del Pacífico, señalo el recuadro en rojo que previamente he preparado y comienzo: «Mira, hay unas islas en la Polinesia Central...»

¿SON TODOS IGUALES?

Un niño de 6 años, en mangas de pelota, se mira y se remira ante el espejo delante de mí. Ajeno a puritanismos, juguetea con lo que más tiene a mano, su pene: lo manosea, le da vueltas, lo enrosca, se lo mete entre los muslos, lo bambolea, le da golpecitos, lo hace girar con la pelvis... Cuando para la actividad física, empieza la reflexiva: lo mira, piensa, lo observa, piensa, retira la piel que recubre el glande, piensa, se acaricia, piensa, vuelve a colocar la piel, piensa, piensa, piensa... Finalmente, se gira y, pidiéndome con la mirada que le diga que el suyo es único, me pregunta: Jovin, ¿todos los penes son iguales?

Las estrategias sexuales para garantizar la reproducción son infinitas e infinitos, por tanto, los tipos de pene.

Los penes humanos evolucionaron a partir de los de los peces y los anfibios posteriores. Los primeros penes, de los que los humanos no son sino una elaboración evolutiva, fueron seleccionados de modo natural a medida que aseguraban cada vez más la fecundación de los huevos. Antes, peces y anfibios, antepasados de reptiles y mamíferos, diseminaban el esperma en el agua, más o menos al azar. La fecundación interna, en la que los machos equipados con penes eyaculan el esperma dentro del cuerpo de las hembras, fue posterior.

Fíjense como será de potente el mandato de reproducirse que, si la estrategia *pénica* no «funciona», el esperma hereda el mandamiento: el de la serpiente, por ejemplo, está «adornado» con espinas dirigidas hacia atrás, que actúan como una punta de flecha para sujetar las células del macho dentro de la hembra.

La variedad fálica se extiende desde diminutas protuberancias hasta los penes de las ballenas que, alojados en el interior del cuerpo pueden alcanzar ¡un metro ochenta de longitud! Los machos del avestruz también están muy bien dotados, tanto que con sus genitales se han llegado a hacer —juro que es cierto— bastones.

Los genitales de los insectos son mucho más diversos que los de los mamíferos. Las hembras de muchas especies disponen de «órganos acumuladores de esperma», lugares que incuban el esperma, manteniéndolo vivo durante meses. Debido a lo lejanos que se encuentran estos órganos, los machos han desarrollado miembros aflautados. Otras especies han desarrollado penes bombeadores y en forma de espátula, como los caballitos del diablo, que actúan para desplazar el esperma competidor de uno o de los dos órganos de almacenamiento de la hembra.

Una especie de chinche sueca evita el *coitus interruptus*: el macho extiende su pene (que es las dos terceras partes de su cuerpo, como un metro veinte en el hombre) repleto de unos garfios que le permiten estar unido a la hembra hasta 24 horas.

Uno de los ejemplos más extraños es, ¡glub!, el de otra chinche, la africana: los machos tienen órganos como lanzas, con los que apuñalan y penetran el abdomen de las hembras. Cada herida es una «vagina» por la que penetra el esperma. La especie hubiera desaparecido de no ser porque las hembras han desarrollado una capa especial de tejido abdominal femenino que las ayuda a curar la herida.

Los lagartos tienen cloacas. Éstas son una especie de vejiga-colon-saco espermático que contiene tanto células sexuales como —¡puajj!— materia excretora. Debajo de la cloaca, tienen dos penes simétricos, los hemipenes.

Los miembros de ciertas especies de roedores y de mariposas son tan ornamentados —con espinas, curvas y aflautamientos— que se les utiliza como herramienta taxonómica para distinguir animales que son de aspecto muy similar. En algunas especies, el mejor indicador taxonómico es el tamaño: hay tanta variación en tamaño, forma y función de los penes de las libélulas que la entomología sólo puede identificar a las distintas especies sobre la base del órgano masculino.

No podríamos hacer lo mismo con los humanos: 2 de cada 3 hombres están convencidos de que el tamaño de su pene es inferior al «normal». Por esta vez —a falta de argumentos, ¿eh?— no seré yo quien les lleve la contraria. ¡Ah, por cierto! Mi amiguito quedó fascinado con la diversidad biológica y olvidó su narcisista preocupación.

¿PUEDEN MÁS QUE DOS CARRETAS?

Tres características sobresalientes diferencian a las hembras humanas del resto de hembras de la familia viva: la pérdida del estro, la aparición del himen y los pechos. De las mamíferas, sólo las mujeres desarrollamos mamas que alcanzan su plenitud en la pubertad y permanecen hinchadas, tanto si producen leche como si no.

Sin embargo, nuestras antepasadas y nuestras primas contemporáneas, homínidas y primates, sólo desarrollan senos durante la lactancia. Por tanto, la interpretación semiótica, a efectos sexuales, es: «Cuidadito. Ocupada amamantando cría. Imposible embarazo. Vuelva durante el próximo estro». Es decir, para los machos *Sapiens*, unos pechos hinchados significaban, hasta ayer por la tarde, «hembra no interesante para el sexo».

¿Qué ha ocurrido entonces para que mujeres y hombres hayamos modificado fisiología y significado hasta desarrollar un gusto no ya por los pechos grandes, sino por los enoormes pechos ¡de plástico!?

Para Desmond Morris, autor de *El mono desnudo*, los pechos hinchados en la mujer imitaron «un par de nalgas carnosas, hemisféricas, desprovistas de pelo» para «desplazar con éxito el interés del varón desde atrás al frente», animando de ese modo la relación sexual cara a cara. Esto habría ayudado, según Morris, a que las parejas «con vínculos» establecieran relaciones paternas —a través de las caricias eróticas sobre la piel desnuda—, a incrementar las posibilidades del orgasmo femenino y a instituir la familia monógama.

Pero esta teoría plantea problemas: mamíferos «monógamos», como los zorros o los gibones, permanecen unidos fuera de la época de estro y crianza, por lo que ni las caricias ni la depilación son imprescindibles para vincularse; más: chimpancés bonobo y pigmeos practican la relación sexual frente a frente y ello no les ha llevado a formar familias monógamas ni a inventar religiones que les perdonen ante Dios; y más: clítoris y placer son anteriores al sexo «misionero», por lo que «alcanzar el orgasmo» por verle la cara a un maromo —perdona, Desmond— suena a más a egotismo masculino que a ciencia.

Lo cierto es que al principio las mujeres con senos hinchados debieron de ser muy poco atractivas para los machos. Imagínense que ahora mismo apareciera una generación de mujeres con un solo pecho: lógicamente, hasta varias generaciones después el fenómeno circense no podría verse como algo atractivo, ni mucho menos como interesante para la reproducción.

La explicación evolutiva más sencilla es que unos pechos grandes, en algún

momento, empezaron a significar «madre potencialmente saludable», dejando el camino abierto para que los hombres comenzaran a considerarnos sexualmente atractivas. Pero esto sigue sin explicar por qué se hicieron tan grandes.

La respuesta puede estar en que unos pechos hinchados y la ocultación de signos externos del periodo de ovulación ayudaron a las mujeres a sufrir menos el acoso sexual de los machos, permanentemente desesperados por reproducirse.

La paradoja está en que, al mismo tiempo, tuvo que ir desarrollándose en los machos «un gusto» por los pechos grandes ya que, de no aparearse, la especie podía desaparecer. Pero si las hembras poseían unos pechos que les cautivaban aun cuando eso sugiriera que no estaban en celo, los machos podían ver distraída su atención y mostrarse menos proclives a monopolizar el cuerpo de la hembra en un sistema de monogamia femenina impuesto por la dominación masculina.

A la luz de esta hipótesis, tres serían los beneficios directos que obtuvieron las mujeres con los pechos engañosos y con la ovulación oculta: 1) el genético, escapando al control de un mantenedor posesivo el tiempo suficiente para poder engendrar de otro varón mejor; 2) el material, escapando —siempre escapando— de los machos posesivos para intercambiar con otros sexo por bienes sin tener que preñarse en el proceso; y 3) el pre-consciente, obteniendo un mayor control sobre el propio cuerpo.

Desgraciadamente, también 3 han sido los perjuicios directos, a saber: 1) severísimas leyes contra la infidelidad femenina; 2) infinitas restricciones sociales para mantenernos vírgenes y castas; y 3) matrimonios con promesa de obediencia y subordinación.

¡Ay! ¿Alguien tiene ganas de hacer bromas?

¡VAYA, YA ESTÁS ESTRENADA!

Chapoteos, ruidos húmedos y veloces movimientos laten en una pletórica y vibrante charca. ¿Qué puede ser, qué puede ser?... ¡Efectivamente! ¡Época de apareamiento! Ranas y sapos, lejanos pero parientes nuestros, festejan el periodo de reproducción jugando al «¡Me la pido prime!»: los machos más rápidos agarran a las hembras por el lomo, en una especie de abrazo que se llama amplexo y, aferrados a ellas, pelean a anca partida con otros machos por mantener una privilegiada primera fila. El objetivo es permanecer ahí hasta que la hembra desove y el macho pueda ser el primero en verter su esperma en el agua y sobre los huevos.

Como saben, la fecundación humana no se produce fuera del cuerpo sino dentro, pero no deja de sorprender qué comunes son las conductas sexuales del mundo animal.

Abierta o secretamente, todo hombre heterosexual —viejo o nuevo, progre o carca, culto o inculto, enriquecido o empobrecido, experto o pardillo— desea «estrenar» a una mujer, ser El Primero. Y por lo que hemos podido presenciar, despliegan una rica vida emocional cuando descubren qué lugar ocupan realmente en la historia sexual de su pretendida, a saber: frustración, resignación, inseguridad, miedo, vergüenza, indignación, cólera, odio, sentimiento de disolución, deseo de matar...

¿Sabían que ni chimpancés ni orangutanas ni gorilas ni otras parientas muestran nada parecido al himen? ¿Que qué significa? Pues que esta estructura evolucionó al mismo tiempo que nuestras antepasadas homínidas se convertían en humanas y que, en consecuencia, es algo específicamente nuestro. De eso hace entre cuatro millones de años y cuarenta mil, tarde más tarde menos.

El himen es una membrana en forma de media luna que, a modo de solapa, bloquea la entrada de la vagina. Su génesis es tan oscura y su utilidad fisiológica tan improbable que bien puede haber sido un defecto menor de nacimiento —como los dedos palmeados de algunas personas— pero, ¡manda membranas!, qué partido le ha sacado el mundo masculino al dichoso cachitín de tejido.

Algunas hembras de peces e insectos experimentan desgarramientos genitales inmediatamente después de haberse apareado. Las teorías evolucionistas interpretan este comportamiento como un medio —cruel, pero qué sabe la naturaleza de moral— de impedir el acceso a posteriores y posibles fecundadores. Bueno, pues el himen funciona exactamente a la inversa: asegura la fidelidad antes de la relación sexual en lugar de después. ¿Qué les parece? ¿Se va entendiendo el gusto masculino por los estrenos e inauguraciones?

El himen caracteriza a la virgen. La virginidad significa ausencia de infidelidad, adulterio... o embarazo. Estudios realizados en diversos pueblos, desde los yanomami venezolanos a los polinesios o norteamericanos, demuestran que el diez por ciento de los hombres que presumen de ser los padres de sus hijos, no lo son en realidad. Quizá entre nuestros antepasados hubo varones que, desafiando la condición promiscua de la vida y, por tanto, evitando la competencia reproductiva, protegieron o mantuvieron a hembras jóvenes cuyos hímenes testimoniaran castidad previa.

En este sentido, el himen puede haber representado una victoria para los intereses reproductores masculinos en la batalla de los sexos: este cinturón de castidad congénito proporciona al hombre la seguridad de que será «¡primeeee!» en la carrera reproductiva, aumentando las posibilidades de que sus genes estén representados en las generaciones sucesivas.

¿Y cómo se hizo carne el himen y habitó entre nosotras?

Dicen que las hijas de la madre con ese defecto de fábrica también habrían tendido a tener hímenes, y que los hombres habrían podido condicionar, por selección sexual, la aparición de vírgenes dotadas del mismo hasta que casi toda niña terminó naciendo sellada. Será así pero, sin excluir lo anterior, no puedo dejar de pensar que el himen, en paralelo a la aparición de la consciencia, nos protegió de embarazos jóvenes, concediéndonos tiempo para un desarrollo desconocido en otros animales.

Dicen también que todo ocurrió en el transcurso de unas pocas generaciones, y aunque no comprendo por qué unos cambios evolutivos son tan rápidos y otros tan lentos, no deja de ser esperanzador: información y anticoncepción actualmente nos protegen de preñeces prematuras y otros crímenes, por lo que ya podemos deshacernos del arcaico pellejo pero, sobre todo, del significado y valor que el patriarcado le ha adjudicado.

Para lograrlo, propongo poner en práctica recursos psicológicos de exitoso resultado, como: a) la negación: »¿Himen?... ¿Qué es eso?... No, nunca lo he tenido»; b) la visualización positiva, imaginándonos sin himen hasta que desaparezca; y c) total, por reírnos, el religioso, rogando a los dioses que a ellos les salgan filamentos festivos allí.

HIJOS DE MERETRICES

¡Pasen, pasen y lean! ¡No pierdan la oportunidad de ser testigos de una infidelidad, de una guerra espermática y de una fecundación! ¿Alguien da más? ¿No?... ¡Pues tomen asiento!

Seis días antes de ovular, una mujer y su marido practican el sexo rutinario durante el fin de semana. Después de 3 o 4 coitos, ella tiene en su vagina unos 300 millones de espermatozoides (equipo A). El miércoles coincide con un ex novio. Ahorro detalles para que cada cual disfrute poniendo los propios, pero el clandestino encuentro acaba en otros 2 o 3 apasionados coitos y, debido al carácter morbosamente ocasional del mismo, el amante libera el doble de espermatozoides, unos 600 millones (equipo B). Ya tenemos los contendientes y el campo de batalla. ¿Están dispuestos para la retransmisión? ¡La guerra va a comenzar! ¡Bien, vamos allá!

Ajeno a su ligera ventaja, el equipo A coloniza la vagina ascendiendo por los canales de la mucosa, en busca de un único objetivo: el óvulo. Una galería de soldados rasos se encarga, con distintas misiones, de procurar el éxito. Los más conocidos, con su cabecita llena de fluidos y ADN, viajan empujados por los movimientos de látigo de su cola: son los *cazadores* de óvulos y buscan la zona de fecundación, donde esperarán aletargados a que el óvulo les despierte cuando esté listo para fecundar. También hay bajas: muchos van siendo expulsados con el reflujo femenino. Unos pocos son sustituidos por los espermatozoides que quedan en las criptas del cuello uterino, pero no son fecundadores sino *bloqueadores*, con 1 cabeza grande o 2, o 3, ¡o 4!, cuya misión es impedir que pasen espermatozoides tardíos, amigos o enemigos, al cuello uterino... ¿Hay apoyos?... ¡Sí, de todo tipo y misiones!: de cabeza pequeña sin ADN, de cabeza redonda, en pera, en pesa, irregular, de cola corta, de 2 y 3 colas, en ángulo recto, con mochilas de material celular... También vemos otros individuos vagando por aquí y por allá... ¿Quiénes son?... ¡Oh!, los temibles *asesinos*, merodeando en busca de espermatozoides de otros hombres para matarlos. No hay enemigo a la vista, pero aún falta para que el óvulo madure y se van produciendo más bajas por vejez... Los asesinos acompañan tranquilamente al último puñado de espermatozoides fecundadores hasta el útero... Pero, ¡alerta!, algo ocurre... Se detecta una frenética actividad química... ¿Sí? ¡Atención, atención! ¡Afirmativo!: ¡Otro ejército de invasores entra en busca del mismo objetivo! ¡Reorganización! ¡Posiciones de bloqueo y ataque! ¡Un acúmulo seminal, procedente del amante de la mujer, inicia su propia aventura! Los bloqueadores A se movilizan, pero quedan pocos y débiles. Cazadores, asesinos y bloqueadores B se dividen en dos: un grupo se

dirige hacia el óvulo y otro a las criptas del cuello uterino, enrollan la cola y esperan acontecimientos... En otras zonas, asesinos A y B envenenan a los cazadores, pero aún falta lo peor: los asesinos se encuentran, se sondan con la cabeza y cuando detectan que son enemigos se pinchan veneno corrosivo... El espectáculo es dantesco: miles de parejas de espermatozoides A y B abrazados mortalmente... La proporción va 1000 a 1 a favor del equipo B, más fresco y entero... Sólo faltan unas horas para la ovulación... Todos los supervivientes siguen desplazándose hacia el oviducto, pero continúa la matanza: patrullas de asesinos vigilan las entradas por donde descenderá «el objetivo». Se producen más bajas... La mujer segrega glóbulos blancos que se suman a la actividad bloqueadora y favorecen al equipo A, pero continúa ganando el B... La proporción es de 100 a 1... ¡Atención!... ¿Qué ocurre?... ¡Oh, no! ¡La mujer acaba de copular con su compañero y recibe otro aporte seminal! ¡La guerra vuelve a empezar, esta vez con ventaja para el equipo A! ¡Falta una hora para la ovulación y la masacre espermática es brutal: desplazamientos frenéticos, nuevas bajas y nuevos reclutamientos! ¡Apostar por un vencedor es realmente complicado! Pero sigamos observando: una avanzadilla moribunda de cazadores y asesinos se dirige hacia el ovu... ¡¿Qué es eso?! Parece una señal... ¡Sí! ¡Es una señal química que se transmite por el oviducto!: ¡¡La mujer está ovulando!! ¡¡Movilización!! ¡La señal está «despertando» a los fecundadores que permanecían en reposo y se desplazan en masa hacia la zona de fecundación! ¡Qué carrera de obstáculos, amigos! ¿Quién ganará?... ¡Alerta! ¡Hay otra carnicería entre los últimos espermatozoides! ¡¡Y el óvulo está llegando!! ¡¡¡La lucha es a muerte!!! ¡¡¡Quedan 3A y 1B!!! ¡¡¡La victoria parece clara: va a ser el marido quien consiga fecund...!!! Pero... ¡Un momento!... ¡El espermatozoide B parece volar, como si alguien lo llamara...! ¡Efectivamente! ¡Esto es increíble! ¡El óvulo está «eligiendo» y prefiere el esperma del hombre que hizo gozar más a la mujer... y... y... ¡¡¡y se hace con el premio!!!! ¡¡La vida ha vuelto a triunfar!!

P.S. La vida evoluciona y se manifiesta diversa mediante la selección y, en su azaroso acontecer sexual, el cuerpo femenino ha devenido estructura biológica para promover la guerra espermática, y la vagina *locus* para alojarla. Un reciente estudio inglés concluye que 1 de cada 25 personas existe porque los espermatozoides de su padre genético lucharon y vencieron a espermatozoides de otro/s hombre/s en el tracto reproductor de una santa cuyo cuerpo obedeció los más nobles dictados. ¿Algo que insultar?

¡¡UY, QUÉ SOLA ESTOY!!

Imágenes que circulan con la misma clandestinidad que la pornografía humana, muestran a vacas restregando su vulva contra un suelo pedregoso, a chimpancés hembra introduciéndose en la vagina ramitas con hojas que hacen frotar contra objetos verticales, y a hembras de puercoespín sentarse a horcajadas sobre un palo y luego correr, provocándose estimulación en el clítoris.

Podría parecer que la conducta «animal» de obtener placer solitario es el resultado de una espontánea y egoísta excitación sexual. Pero cualquier conducta que haya evolucionado como sexualmente excitante suele estar vinculada a la búsqueda del éxito en la reproducción y, por tanto, a los mandamientos de la santa madre Vida.

En alguna etapa de su trayectoria sexual, casi todas las mujeres se masturban hasta alcanzar el orgasmo. Se ha dicho que frecuencia y modalidad dependen de factores culturales, ambientales, morales o psicológicos, de ahí que popularmente se haya denominado «vicio» a tal práctica y «falta de macho» a la mujer que la practica. Pero ejemplos y experiencia demuestran que «macho» y «placer sexual femenino» están ancestralmente disociados, así que debe de haber razones de otra índole que inducen la búsqueda del orgasmo a través de la masturbación.

Hasta hace nada se creía que el orgasmo no tenía más función que la de dar placer. Pero el placer no es una función, sino una recompensa: cuando el cuerpo quiere realizar una determinada acción, consciente o inconsciente, genera un impulso de llevarla a cabo; si ese impulso se satisface, se siente placer. El orgasmo femenino es placentero *porque* tiene una función. Y ésta es la reproducción. Una mujer, por tanto, buscará un orgasmo cuando su cuerpo *sepa* que éste puede aumentar el éxito en la reproducción. Y a la inversa: no sentirá el impulso cuando el orgasmo pueda reducir el éxito.

Durante el clímax femenino, el útero se abre y se «sumerge» en la vagina varias veces. Este acontecimiento, en combinación con otros, proporciona la clave de las principales consecuencias de la masturbación:

- 1) La fase de excitación incrementa temporalmente el flujo de mucosidad producida por las glándulas uterinas. Siempre hay flujo, pero la estimulación acelera el goteo y el orgasmo produce el efecto de un estornudo: ¡¡aaaaa... fuera, leñe!!, dejando las paredes vaginales lubricadas para un próximo acto sexual pero, sobre todo, llevándose consigo desechos como células muertas, espermatozoides viejos y organismos portadores de enfermedades.

2) La masturbación aumenta la acidez de la mucosa debido a los movimientos uterinos de succión. Cuando los espasmos orgásmicos concluyen, una parte de esa mucosidad es expulsada junto a otro puñado de organismos infecciosos, pero otra parte se quedará en el cuello del útero. ¿Parece repetido? Parece, pero toda estrategia es poca para deshacerse de inquilinos indeseables: ni espermatozoides ni bacterias gustan de sobrevivir en un medio ácido.

¿Y qué momentos son los «preferidos» por las mujeres para masturbarse?

A la sombra de la cultura, cuando el diablo nos tienta. A la luz de la biología, cuando quieren las hormonas: el impulso de masturbarse es mayor durante la fase fértil del ciclo menstrual, más o menos una semana antes de la ovulación, pues es cuando más ganancias pueden obtenerse de estar lubricada para el sexo y limpia para la fecundación.

¿Y qué tienen que ver las hormonas?

Las mujeres que toman la píldora anticonceptiva no presentan «picos» durante esa fase ni tienen sueños nocturnos húmedos, lo que lleva a pensar que el impulso masturbatorio está gobernado por las hormonas más que por el cerebro. ¡Qué alivio, ¿no?! ¡Ya no debemos culpa cultural de nuestras «guarradas» biológicas! ¡Y encima es católicamente correcto!: la masturbación es una práctica que mejora las condiciones reproductivas iniciales. ¿Qué más se puede pedir?

Naturalmente también se sienten luciferinas ganas de masturbarse en los periodos infértiles, pero siempre queda el recurso, si nos descubren con las manos en la flor, de decir que no confiamos en la medicina alopática y que estábamos combatiendo una cistitis con métodos naturales.

¿HASTA QUE LA MUERTE..?

...Y Dios se enfadó grandemente con las criaturas que había creado, y les expulsó del Jardín del Edén por comer el fruto prohibido del árbol del bien y del mal que proporcionaba conocimiento, y devinieron mortales, y fueron conscientes de su sexualidad, y sintieron vergüenza por su desnudez y se taparon con hojas de parra, y la serpiente fue condenada a reptar sobre su vientre, y Adán a ganarse el pan con el sudor de su frente, y Eva a parir con dolor.

¿Pero por qué fueron castigados con la mortalidad animales y plantas, en principio inocentes?

La muerte no siempre existió. Se calcula que ésta evolucionó hará solamente unos 1000 millones de años, cuando 2 primitivos organismos —bautizados por la tradición hebrea como «adán» y «eva»— practicaron por primera vez el sexo de fusión, esto es, cuando recombinaron genes procedentes de fuentes diferentes para producir un nuevo individuo. Hasta entonces, la muerte era ajena a los primeros cuerpos (microbios y bacterias) que, en origen, eran inmortales, como refleja acertadamente el relato bíblico.

La reproducción uniparental sin sexo fue la única modalidad durante los primeros 2000 millones de años de la vida en la Tierra. Una molécula de ADN creaba otra molécula idéntica a ella por división celular, pudiendo multiplicarse ilimitadamente sin que por allí apareciera ningún cadáver. Teniendo energía, agua, alimento y espacio suficientes, todas las bacterias y otros organismos son, literalmente, inmortales.

Pero «adán» y «eva» inauguraron una modalidad muy conocida por los humanos, pues somos su resultado: practicaron sexo, dando lugar a individuos similares pero no idénticos. Técnicamente, el sexo es la mezcla o unión de genes (moléculas de ADN) procedentes de más de una fuente. Aunque «sexo» no tiene porqué ser genital, ni equivaler necesariamente a reproducción: cualquier organismo puede recibir nuevos genes —entregarse al sexo— sin reproducirse. Nosotros asociamos sexo con reproducción porque quedaron ligados durante la evolución de nuestros ancestros animales.

Efectivamente, el envejecimiento y la muerte eran desconocidos en el «Jardín del Edén», es decir, antes de la aparición del sexo. La vejez y la muerte natural, tal como las conocemos los mamíferos, evolucionaron en protoctistas arcaicos (unos descendientes de las bacterias). Estas diminutas células individuales tuvieron que fundir sexualmente sus núcleos para sobrevivir. Como consecuencia, partes de las células, duplicadas por la fusión, se hicieron redundantes e innecesarias. La muerte se

hizo inevitable, y la conexión sexo/muerte también.

Por ello no es casual que religión y cultura asocien el sexo con la muerte. Freud atribuyó toda actividad psicológica al impulso sexual (eros) y al impulso de la muerte (tánatos), pues en nosotros la vida tiene que ver tanto con la creación sexual de una identidad nueva, única y singular como con su destrucción: los organismos que se reproducen sexualmente existen como individuos discretos (en significado físico) durante un tiempo limitado.

El sexo es una manifestación de la tendencia natural a mezclar las cosas, de la vocación de la materia a derivar hacia otros estados y de una «idea» del tiempo: El Big Bang, el estallido primordial que dio lugar a todo, aún no ha acabado. En el «Jardín del Edén», pues, estaban presentes todos los desarrollos posibles, tanto si luego tuvieron lugar como si no. Por eso sorprende la reacción de las Iglesias contra Darwin.

Hace muy poquito reconocía ¡por fin! un célebre y racional astrofísico, que si se admite la teoría del Big Bang hay que admitir que todo, *todo*, está compuesto de la misma materia primordial —»energía que no se crea ni se destruye, se transforma«—, que «somos descendientes de las estrellas» y hasta que podemos volver a creer en la astrología.

El morir, pues, se revela como algo accidental. La muerte, por el contrario, como algo sustancial. Justamente lo contrario que nos ha hecho creer la religión judía: de ahí el pesimista juramento matrimonial «Hasta que la muerte nos separe».

No guardo rencor porque nunca me he casado y ya soy vieja para emociones demasiado conocidas, pero sí pido al Vaticano, sino es molestar, dos cositas relacionadas con este asunto: a) que digan la verdad, es decir: «Hasta que la muerte nos vuelva a unir»; y b) satisfacción a una curiosidad personal: ¿cómo se desplazaba la serpiente antes del castigo?

¿PERMITE QUE META LAS NARICES EN SUS ASUNTOS?

Un elefante macho aparta la cola de «su» hembra y... No, no, empecemos de nuevo. Un elefante macho levanta la trompa, aparta la cola de su hembra y... Tampoco. Lo intentaré otra vez: un elefante macho levanta la trompa, echa hacia atrás las orejotas, aparta la cola de su hembra y... Vamos a ver, vamos a ver... Una última vez: un elefante macho levanta la trompa, echa hacia atrás los chuletones, encaja bien los colmillos, aparta la cola de su hembra, ésta levanta una de sus patas traseras y...

Oigan, que no me salen las cuentas: la mayoría de los mamíferos practican el sexo oral, es decir, que acarician, huelen o lamen los genitales de sus compañeros. Pero, a pesar de que las elefantas tienen una vagina importante y un clítoris de 40 centímetros, no consigo imaginar cómo lo hacen. Así que, por favor, ayúdenme ¿vale?: yo pongo el palabrerío y Uds. la imagen.

¿Verdad que la mayoría hemos creído que *cunnilingus* y *fellatio* eran declaraciones de amor espetadas en los juegos reproductivos humanos? Je,je. Pues no. Monos, ratas, musarañas, jirafas, hienas y hasta perezosos los practican y no les concedemos romanticismo alguno.

Cuando los hombres hociquean los genitales femeninos o introducen los dedos en la vagina de las mujeres oliéndolos y lamiéndolos después, no están averiguando de dónde viene el viento: están recogiendo información sexual, igual que los simios o los marsupiales.

Generalmente nos gusta creer que un hombre lame a una mujer por lubricante generosidad. Pero no hay una razón intrínseca que haga que una mujer se excite más cuando la lamen que cuando la pisan. En algún momento de nuestros antepasados, hocicar y dejarse hocicar significó interés por fusionar cromosomas, esto es, por fornicar, y simplemente se corporizó excitadamente.

Olor y tacto tienen papeles principales en el comportamiento sexual de los mamíferos. Los olores de uno u otro género, provocados por las hormonas, actúan como estimulantes directos en la localización de pareja, en la elección, en el cortejo, en el apareamiento y en el funcionamiento de los sistemas reproductores.

Los flujos odoríferos son imprescindibles para muchos grupos de mamíferos, aunque el nuestro no goce ya de buen olfato. Quizá por eso los machos humanos hayan de acercarse tanto a nuestros genitales... y nos ha parecido que era amor. Ja.

Aviso, chicas: cuando los hombres nos hacen un *cunnilingus*, básica y

biológicamente están buscando respuesta a tres preguntas: 1) ¿Está esta hembra sana?; 2) ¿Es o está fértil?; y 3) ¿Ha tenido relaciones sexuales con otro macho hace poco?

En relación a la primera pregunta, las enfermedades vienen y van —más con los incontables intercambios de fluidos que la gente practica— por lo que es comprensible hacer de vez en cuando una inspección sanitaria, tanto si se está tramando tener relaciones con una mujer nueva como con una compañera estable.

En relación a la segunda, el olor de todas las hembras es claramente diferente según las fases del ciclo menstrual. Les ahorro, por guarros, los detalles de un estudio hecho con tampones que varias mujeres llevaron puestos durante las distintas fases del ciclo y que fueron olfateados, a modo de cata ciega, por una comisión de «expertos». El estudio concluye que el olor que resulta más agradable a los hombres es el del periodo fértil; el más desagradable, el del periodo de menstruación. ¿Adivinan por qué? Bien.

Una vez que el macho obtiene pruebas de salud y fertilidad, necesita saber si la hembra ha estado con otro macho recientemente, pues de ello depende: a) la cantidad de espermatozoides que debe producir: sí, sí, los hombres «ajustan» la cantidad de esperma que eyaculan en cada ocasión, pues en el caso de que la hembra haya tenido relaciones sexuales con otro, estará metido de glande en una «guerra» espermática, de la que quiere salir, lógicamente, vencedor; y b) en caso de esposa, saber si ha sido astado, que no es moco socialmente.

Aun cuando el hombre no logre lamer consciente e inmediatamente la infidelidad de su pareja, su cuerpo está obteniendo información. De ser muy sensible, estaría siendo condicionado para comportamientos posteriores. A medio plazo podría valorar la necesidad de vigilar más a su hembra o de buscar otra compañera: «Tener la mosca detrás de la oreja», vaya. A largo plazo, juzgar la conveniencia de abandonarla. Pero en realidad no suele haber sensib... esto, peligro. Todavía siguen creyendo que el sexo oral es sólo para penetrarnos mejor después.

Perdón, suena el teléfono...

Lo lamento, quería extenderme un poquito más pero ha llamado mi novio, que hace tiempo que no nos vemos y que viene, así que lo dejaré aquí. Compréndanlo, tenemos *asuntos* en los que meter las narices.

¡MIRA MI AMOR, SIN MANOS!

Semiaturdidos por la intromisión humana en sus frondosos territorios, una población de orangutanes cumple con los mandamientos de la vida. Los orangutanes son los primos que no invitaríamos a una fiesta: muy solitarios, sólo se reúnen durante el periodo de celo; «muy» monógamos, no excursionan otros genitales; muy parcos, van directo al grano reproductivo: no practican rarezas eróticas.

Sin embargo, no pasa desapercibida la cantidad de felaciones y eyaculaciones al aire que podrían verse en las esquinas del televisor si apartáramos el follaje pero, sobre todo, si apartáramos el puritanismo del director científico del documental.

Muchas mamíferas olemos, chupamos o lamemos el pene masculino como parte de los encuentros eroto-reproductivos. Algún bigardo inventó que esta práctica debía ser sólo de estímulo previo y que a ello debería seguir la penetración para, lógicamente, acabar en embarazado regocijo.

Pero el comportamiento de los orangutanes, tan poco dados ellos a despilfarros lúdicos o espermáticos, sugiere que una «lluvia blanca» contraviene la orden religiosa de intentar fecundarse con cada eyaculación, pero, paradójicamente, aumenta la posibilidad de éxito en la reproducción.

¿Por qué? Atención:

Porque cuando un macho busca o permite el sexo oral, tanto en las relaciones nuevas como en las estables, está dando dos pruebas: la de salud y la de «fidelidad». Eyacular abiertamente es un acto electoralista: el candidato expone su capacidad eréctil y potencia espermática a la vista, olfato, tacto y gusto de la hembra, quien, consciente o inconscientemente, valorará con detalle el interés de inseminarse de su priápico compañero.

Los hombres creen que lo que más interesa a las mujeres de su desnudo es el tamaño del pene. Pero lo que examinamos, porque es lo que más información da, es el trasero. La mejor pista acerca de la salud hormonal de un hombre es la proporción entre su cintura y su culo: una proporción de aproximadamente el 90% entre una y otro nos hace ensalivar; y aunque no es infalible, unas nalgas firmes y apretadas indican calidad fecundadora y, por tanto, estética.

Con los primeros contactos, entonces, se comprueba que el hombre no es/está impotente. Con los segundos —el acercamiento bucal, los besitos y los lameteos ahí... — lo más romántico: ausencia de erupciones o irritaciones y un sabor razonablemente agradable son buena señal: hay salud. Y con la fase pirotécnica de eyaculación, cerramos el ciclo informativo: un semen líquido, blancuzco y con olor

normal, ¡bien!; una tonalidad amarillenta, naranja fuerte, mal olor, o restos de sangre, *chungo*: infección. Que insemine a su urólogo.

En pocos minutos, pues, el cuerpo de la mujer obtiene una información valiosísima para la especie que la ceguera machistoide ha despreciado: si después de esta aproximación la mujer no quiere más, es que es una «calienta-aves»... o como se diga. Y sí, podemos parecer *eso*, pero sanas y sin tripota.

Lo anterior, en relación con la prueba de la salud. Respecto a la fidelidad, la mujer también obtiene beneficios haciendo que un hombre muestre su eyaculación: si no puede eyacular o eyacula poca cantidad es como una revista de peluquería, te enteras de todo enseguida porque el espectro de posibilidades es estrecho y monótono: o se ha masturbado o ha inseminado a otra recientemente, ya que el volumen de eyaculación no vuelve a sus niveles normales hasta doce horas después de la infidelidad.

Como en el fondo *sabemos* de todo esto, hemos desarrollado cientos de engaños para seguir practicando la promiscuidad, que es lo que naturalmente nos gusta. El más simple es cuando los hombres creen hacer un *dribling* y, sin que nadie se lo pida, eyaculan «en nuestras narices»; seguro que entonces no ha habido infidelidad, y aprovechan «para dejarnos tranquilas» un tiempo. El tiempo que les permite cometerla.

El opuesto es cuando evitan que tú se lo hagas. En ambos casos las cejas dibujan una interrogación en la cara. Pero sólo hay que esperar. La estrategia más generosa, incluso fuera de la esfera erótica, es la de sorprender continuamente a nuestros amantes.

¡HUMMM, ESTÁS PARA COMERTE!

En algunas especies de moscas tropicales, el macho alimenta a la hembra con su propia saliva durante la cópula; entre las moscas comunes, está bien visto que ellos proporcionen comida a las chicas mientras dura el acoplamiento; los mosquitos cortejan a las hembras ofreciéndole una presa en vuelo y cuando éstas bajan a tierra para comérsela, ¡chas!, paleta que te crió.

Pero, como el mundo entero sabe, el caso de la *Mantis religiosa* es el que mejor refleja la indisoluble asociación entre sexo y comida: cuando empieza el apareamiento, y para ponerse a tono, la hembra gusta de tomar un aperitivo, un bocadito irrelevante: la cabeza del macho; de segundo plato prefiere, lógicamente, algo más consistente: el macho mismo.

¿Conocen éste?: Una pareja recién casada pasa su luna de miel en un coqueto hotel. Al tercer día bajan a comer. Cuando el camarero pregunta «¿Qué desea la señora?», ella contesta «Mi marido ya sabe lo que me gusta», pero él, tan pálido como presto, replica «¡Sí, mi amor, pero hay que comer también!».

Sexo y comida —o comida y sexo— son los dos placeres más básicos y naturales conocidos: en todas las culturas la celebración del uno implica la presencia del otro. En la nuestra, concretamente, «ir a comer por ahí» o «hacer una cenita a la luz de las velas» son, como sabemos, atajos formales que preludian aproximaciones amorosas.

La vida sensible gusta tanto de sexo y comida porque a base de amarse y de zamparse los unos a los otros se multiplica y se mantiene, es decir, da cumplimiento a los mandatos evolutivos de pervivir y reproducirse.

Reproducción y alimentación son, pues, dos pilares sobre los que se sustenta la vida. De ahí que expresiones de intención sexual («Te comería de arriba abajo», «¡Qué rico/a estás!»), o de intención gastronómica («De lo que se come se cría», «¡Qué ensalada tan lujuriosa!») reflejen orígenes fascinantemente próximos.

Seguramente al principio comer y aparearse fue una sola cosa. Entre la mitosis y la aparición del sexo meiótico, nuestros antepasados unicelulares se comieron los unos a los otros por desesperación: que no se nos olvide cómo era la Tierra y el cosmos entonces, lugares violentísimos en los que la vida era un fenómeno muy improbable. Pero aparecida la vida, aparecido el *instinto* de pervivencia del soma.

El universo es un horno de luz en el que las estrellas producen energía. Y la vida, en cualquiera de sus formas, un flujo energético y de intercambio material cuya operación básica es la de atrapar, almacenar y convertir esa luz estelar (solar en nuestro caso) en energía utilizable. Comer y ser comido es obtener y dar energía, *participar* de la vida. Por eso da tanto repelús la anorexia: no es una posición ante los

avatares de la vida; es una oposición a la vida misma.

¿Y por qué relacionarla con el sexo o la reproducción?

Imagínense: una célula hambrienta engulle a una vecina y, por los motivos que fuere... no la digiere. Sus membranas se unen, y si no mueren, se convierten en células duplicadas. Por raro que nos pueda parecer, algunos de estos entes se reproducen. Pero no pueden duplicar *ad infinitum* todas sus partes: es cuando aparece la meiosis, el tipo de fusión genética heredada por los humanos, que no duplica el número de cromosomas: ¡Síííí! ¡Sexo!

Ya sé que les parecerá poco romántico, pero no por ello es menos real: «Nosotros», la «especie elegida» de Dios, la «cumbre de la evolución», sólo somos el resultado de una indigestión bacteriana. Elevado destino, ¿eh?.

Pero no nos deprimamos: a pesar de que nuestra mochila lingüística se abra de vez en cuando para recordarnos sabiamente qué somos, no dejemos de pedirle al amante que nos «devore otra vez». Vuelta y vira, agujetas y a reír de nuevo, que son cuatro días... ¡y dos, laborables!

«Los niños chicos están para comérselos». También les recomiendo que sigan la letra: ahora que mi hijo adolescente confunde la pubertad con el *pubertaje*, efectivamente lamento no habérmelo comido.

YO NO, SR. JUEZ, FUERON LOS CELOS...

¿Verdad que bajo la niebla de los celos se siente un excitante *nosequé* muy difícil de admitir?

Pues ya no: unas pruebas de laboratorio, realizadas en Manchester, ponen de manifiesto que los hombres que saben o intuyen que les están cornamentando producen más y mejor semen en cada eyaculación que los que confían en la fidelidad de sus mujeres.

¿Inferencias? Que la infidelidad es una estrategia sexual a la que estamos obligados por diseño evolutivo y que, ¡sorpresa!!!, los celitos bien llevados son afrodisíacos.

Se acostumbra a decir que los celos son la principal causa de la violencia doméstica. Pero éstos no son una causa en sí, sino un mecanismo irracional regido por las hormonas que defiende la pervivencia del genoma propio frente al de otros.

¿La verdadera *causa*? Enmascarada o abiertamente, los celos se activan ante la convicción o *la sospecha* de una infidelidad. O lo que es lo mismo, ante la posibilidad de que un miembro de la pareja esté prefiriendo combinar sus genes con los de otro, *abriendo la posibilidad a una fecundación*, tanto si ésta se produce finalmente como si no.

Los celos activan un estado de alerta, del que pueden derivarse comportamientos vigilantes o violentos. Y aunque ahora puedan parecernos inadmisibles, fueron clave en la pervivencia y evolución de nuestros antepasados, y lo son en nuestro humano presente: el complejo Reptiliano, parte arcaica del prosoencéfalo heredado desde los primeros reptiles, sigue activa. Por algo será.

¿Se han fijado en que, generalmente, hombres y mujeres viven los celos de manera diferente? A los hombres les cuesta muchísimo perdonar una infidelidad. A las mujeres nos cuesta muchísimo perdonar un abandono.

¿Por qué? Porque cada género tiene funciones sexuales diferentes y, lógicamente, estrategias distintas, aunque el objetivo sea el mismo: reproducirse. ¡Qué vida ésta, ¿verdad?: siempre elogiando la diversidad! Pero analicemos:

Toda hembra fértil tiene garantizada su reproducción «si quiere». Su misión consiste en conseguir el mejor genoma/padre para la especie y el mejor mantenedor para la prole. Como es muy raro que ambas cualidades coincidan en un solo individuo, compartir al mejor fecundador no va contra los intereses evolutivos. La ciencia ha visto en este arreglo «dominación del macho», o «harenes al servicio masculino». Pura ceguera: empleados, es lo que son.

Otra cosa es compartir al mantenedor. Eso sí que no, porque supondría cargar sola

con las crías. Ante un abandono, las hembras las matan y vuelta a empezar. No hay *para qué* sentir celos. Excepto las humanas: al censurarnos el infanticidio, los celos sí que tienen sentido: la alerta permite intentar evitar el abandono.

¿Cómo? Matar al compañero suele ser un error biológico y raramente las hembras lo comenten: prefieren autolesionarse o deprimirse. La infidelidad se entiende, está en nuestros genes. Y además, ¿por qué matar al mantenedor, el sustento y, sobre todo, la oportunidad de amargarle cada uno de sus segundos sobre la Tierra? Las hormonas nos hacen creer que es amor, ellos se sienten queridos y ¡ea!, todo el mundo a seguir.

El macho, en cambio, nunca tiene garantía de reproducirse: su continuidad genómica depende de la fidelidad de una hembra. Los celos le dan vigor para vigilarla a ella y para eliminar al rival *if necessary*.

Pero hay una diferencia sustancial entre el hombre y otros machos: ni aves, ni mamíferos, ni primates (éstos sólo ocasionalmente) amenazan, atacan o matan a sus compañeras ante una infidelidad. De haber violencia, es contra el macho rival.

Se argumenta que la agresión de hombres a mujeres fue posible por la gran diferencia de tamaño y fuerza: en la mayoría de los animales es mínima, por lo que una víctima potencial puede recibir, pero también dar lo suyo. Fisiológicamente es cierto, aunque evolutivamente habría que considerar otras variables: la infinita vocación del macho humano por el extravío, p. ej.

Bien calculada, la agresividad o la amenaza de usarla puede evitar una infidelidad, tanto en hombres como en mujeres. Pero calculando mal, los hombres van también en su contra porque: a) ellos eligen mujer por su calidad paridora: mantener la salud de ésta, por tanto, es esencial *para su propia reproducción*; b) tribalmente, la familia suele defender la línea genómica haciendo desaparecer al machito y, con él, a *toda* su posible descendencia; y c) culturalmente se sanciona al abusador con aislamiento o reclusión y, entonces, más de lo mismo.

Las investigaciones de Manchester —y otras— dan esperanzas: estos descubrimientos mitigarán ignorancia y sufrimiento. Y en lugar de las habituales noticias de Sucesos, quizá algún día podamos encontrar algo así: «Cegado por los celos, proporcionó a su compañera una semana de indescriptible frenesí».

HOLA, ¿ESTÁS SOLO?

Los chimpancés comparten con los humanos muchos rasgos genéticos. La secuencia de aminoácidos revela una enorme afinidad, mayor que con cualquier otra especie viva de animales. Bien.

La conocidísima antropóloga Jane Goodall observó en cierta ocasión que una chimpancé llamada Flo, muy excitada durante el estro y con los glúteos agrandados y rojos, se apareó con casi todos los machos del grupo. Esta atleta sexual fue capaz de copular unas sesenta veces en un solo día con doce machos diferentes.

¡Fuerte puta!, dirán algunos. Puede ser. ¡Obligada a promover la competencia espermática!, dirán otros, y no les faltará razón. ¡Selección familiar neodarwiniana!, vaticinarán los de más allá... y a saber.

Pero, oiga, ¿y si sólo fuera indecisión?.

En lo que a reproducción se refiere, la elección de pareja es un factor clave en el éxito de una persona. (Y en otros órdenes, ¡puuffff!, qué les voy a contar) En el caso de las mujeres, además, la tarea es ciertamente compleja. Veamos por qué. Lo del amor y la poesía y tal, es precioso, sin duda. Pero al elegir a un (o unos) hombre con los que «compartir su vida», la mujer ha de considerar, en realidad, dos cuestiones cruciales de orden biológico, a saber:

- a) ¿Está el candidato capacitado para participar en la crianza de los hijos?
- b) Sus genes, combinados con los míos, ¿darán como resultado crías sanas, fértiles y con capacidad de tener éxito sexistencial?

Parece frío y calculador, ¿verdad?. Pero no se me entristezcan. Simplemente es una generosidad de otra índole: natural, ecológica, sin carga moral, que garantiza la continuidad y mejora de la especie.

La principal dificultad a la que se enfrenta una mujer para elegir pareja sexual es que tiene mucho más donde elegir cuando se trata de buscar genes que cuando se trata de encontrar compañero estable y/o duradero: ya saben, el sexo dura unos minutitos y la crianza toda la vida. Por ello el objetivo femenino principal, como refleja la sabiduría popular, es obtener el mejor compromiso posible: la crianza uniparental es agotadora, créannos.

La segunda dificultad es que la mayoría de los hombres no tienen capacidad, ni energía ni recursos para mantener dos familias a la vez. Así que la búsqueda queda restringida a los que no estén ya pillados.

La tercera es identificar al mejor compañero de entre los pocos disponibles: si están emparejados, a mirar hacia La Gomera: menudas panteras hay por ahí vigilando

a su mantenedor; si están libres, sospecha: ¿Por qué? ¿Qué pruebas hay de que sea bueno?

Para un encuentro sexual breve todas y todos buscamos los mejores cuerpos, incluso si hay fecundación. Pero, para un compromiso perdurable, el aspecto físico del hombre pasa a un segundo plano (ya lo hemos hablado en otros artículos, ¿recuerdan?). En este caso, y para abreviar, que nos entenderemos perfectamente, lo mejor es tener en cuenta tres cuestioncillas: que tenga pelás (potencial de riqueza, posición social o estabilidad, si les parece más romántico), que sea afectuoso y que sea más o menos estable psíquicamente.

Una vez conseguido, otro escollo: que él asuma el papel que se le asigna en favor de la humanidad. Inicialmente suelen resistirse, egoístas, pero como son débiles de carácter por naturaleza, ahí les tienen, pensando como Dios manda.

«Las que eligen son ellas», dicen. Y es verdad, pero ¿se van dando cuenta de lo ardua que es la soberanía? Y aún nos faltan más escollos, que tendré que dejar para otro artículo : los métodos para lograr «el mejor compromiso posible», esto es: un equilibrio entre el mejor suministrador de genes posible y el mejor papá posible.

¿Les parece ganas de crearse problemas? Sí, sí, miren el patio y luego hablamos.

¡MENUDAS PÁJARAS, ELLAS!

La observación biológica adjudica a la familia alada la fama de ser «muy» monógama. Pero siempre aparecen más excepciones que las prometidas: las hembras del herrerillo intentan aparearse con los machos genéticamente superiores que, lógicamente, también son los que tienen el mejor patrimonio: el mejor territorio y la mejor capacidad para conseguir recursos. Las afortunadas que lo logran son totalmente fieles.

¿Pero qué pasa con las hembras menos afortunadas, emparejadas con los machos genéticamente inferiores?

Pues que aprovechan todas las oportunidades que se les presentan para aparearse con los machos superiores: entran calladitas la boca en sus territorios, solicitan sexo y regresan al nido del compañero engañado a poner el fruto de su infidelidad.

Decíamos el domingo pasado que, en lo que a reproducción se refiere, la elección de pareja es un factor clave en el éxito de una persona, y detallábamos los problemas que han de enfrentar las mujeres al elegir compañero. Hoy hablaremos de los métodos para conseguir los mejores genes.

Las mujeres —las hembras en general— deben tomar en consideración dos factores al elegir pareja: a) que el macho porte el mejor paquete genético posible, para procrear las mejores crías; b) que, además, esté capacitado para la crianza, es decir, que pueda ofrecer un compromiso estable y duradero para que las crías sobrevivan competitivamente, que menuda es la naturaleza para deshacerse sin compasión de los débiles.

Como es realmente raro que ambas cualidades cohabiten en el mismo macho, la mujer —la hembra— ha de buscar «el mejor resultado posible» entre las condiciones a) y b) impuestas por la evolución. ¿Cómo? ¡Pues usando a 2 machos, como las herrerillas! ¿Se les ocurre algo mejor?

Como promedio, un tercio de los polluelos de cualquier nido de herrerillo no ha sido engendrado por el compañero de su madre. Los niveles oscilan entre el 0% en los nidos de machos favorecidos y el 80% en el de los menos.

Sorprendentemente, el patrón humano es muy similar: aunque el promedio es sólo del 10%, son los hombres que tienen un bajo nivel de riqueza o de posición social los más engañados. ¿No se lo creen? Bien, pues datos: las cifras van del 1% en los sectores de alto *standing* de Suiza y los EEUU, pasando por el 6% para los varones de *status* medio en Gran Bretaña y EEUU, al ¡10- 30%! para los varones que ocupan puestos inferiores en la escala social de Gran Bretaña, Francia y EEUU.

¿Y con quién son infieles las mujeres? En el pasado, y en todas las culturas, los hijos de las mujeres emparejadas con hombres de posición alta tenían muchas más probabilidades de sobrevivir, de estar sanos y de ser fecundos. Estas conclusiones siguen siendo válidas.

La expresión del título refleja, pues, lo que siempre se ha sabido: que los hombres que poseen mayor riqueza y mejor posición social consiguen compañeras con más rapidez, empiezan a reproducirse antes, tienen menos probabilidades de que sus compañeras sean fecundadas por otros hombres y más posibilidades de que las infidelidades sean cometidas con ellos. O sea, que tienen más potencial para tener éxito reproductor que los de peor posición social... y que las hembras están obligadas a preferir a éstos.

Ya ven que no hay «maldad» femenina intrínseca, mas bien al contrario, pues los problemas no acaban ahí para las hembras: si recurre a la infidelidad, recurre también a todos los riesgos que conlleva; ¡ah!, y además tiene que «contentar» reproductivamente al compañero pues, igual que con los herrerillos, casi nunca se da el caso —a menos que sea estéril— de que todas las crías sean de otros.

Aunque por distintas razones, los hijos con más probabilidades de ser engendrados por otro hombre son el primero y el último. El momento en que la mujer es menos proclive a la infidelidad es en las semanas o meses inmediatamente anteriores a la concepción de su segundo hijo. Parece que la motivación de darle *alguna* oportunidad de paternidad a su compañero es asegurarse su ayuda.

Aunque la moral masculina, siempre ofendida, denomina «pájaras» a las mujeres por estas conductas naturales, es injusto: de no haber sido así, es muy probable que *la mayoría* de machos-compañeros no hubiera tenido *ninguna* oportunidad de reproducirse y ahora, probablemente, seríamos una especie partenogénica o de hembras con pocos machos-objeto para suministrar genes.

Aunque pensándolo bien... No, no... No. ¿Para qué fantasear ya con esta posibilidad, que no ocurrirá hasta dentro de 20 años por lo menos?

¿ME DARÁS UN VARÓN?

Procrear no es nada fácil, a pesar de que intentarlo nos guste más que comer con cubertería de plata. Dice Desmond Morris de este asunto: «En primer lugar, cada animal debe encontrar una potencial pareja; en segundo, debe identificarla como de la especie, la edad y el sexo adecuados; en tercero, debe atraerla y conseguir una estrecha proximidad; en cuarto, debe excitarla sexualmente para que esté fisiológicamente dispuesta al apareamiento y, en quinto, debe asegurarse de que su nivel de excitación esté perfectamente sincronizado con el de su pareja. Sólo entonces puede tener éxito la cópula». Arduo, ¿eh?

Pues si creían que ya habían acabado las exigencias, ¡ja!. Falta la perreta histórica de los machos humanos: que el resultado de todo ese esfuerzo sea un hijo varón. ¡Qué ricos son, ¿verdad?!

Los criterios que utilizan las mujeres en la selección de su pareja —preferencia por los hombres ricos y de mejor posición social, a los que son más fieles— tienen una consecuencia fascinante: los hijos de esos hombres logran un mayor éxito en la reproducción que los de peor posición social. Y esto es así en sus relaciones estables y en las ocasionales, ya que al ser preferidos por las mujeres para cometer sus infidelidades, también tienen más probabilidades de engendrar hijos con las compañeras de otros hombres.

Potencialmente, un hombre puede tener muchos más hijos que una mujer: mientras ellos producen una media de 400 millones de espermatozoides en cada eyaculación, nosotras producimos unos 400 óvulos en toda nuestra vida. Mientras ellos pueden tener hijos con varias mujeres, nosotras... ya saben. Un hijo con éxito reproductor, por tanto, puede darle a una mujer muchos más nietos que una hija con éxito.

Dado que la riqueza y la posición social se pueden heredar —al igual que el potencial genético para conseguirlas—, sería de esperar que las parejas de nivel social alto produjeran más hijos varones que las de extracción social más baja. Y así es: estudios realizados en todo el mundo estiman que la proporción es de 115 varones por cada 100 mujeres nacidas.

¿Por qué entonces —se dirán Uds.— no hay un exceso de hijos varones?

Pues hasta cierto punto lo hay: como promedio nacen unos 106 chicos por cada 100 chicas. Pero ellos tienen más probabilidades de morir durante la niñez, por lo que, llegado el momento de reproducirse —y de hacer las estadísticas— la proporción es casi la misma.

Los mismos estudios revelan no sólo que una mujer bien emparejada tiene más

probabilidades de tener un hijo varón que una con menos ojo, sino que las que no tienen compañero estable tienen más probabilidades de producir hijas. ¿Por qué?

Pues porque un chico es —conste que no estoy opinando, ¿eh?— una opción reproductora más precaria que una chica. A pesar de su potencial para producir muchos descendientes, tiene más probabilidades de morir antes de empezar a reproducirse y muchas más posibilidades de no reproducirse, como bien sabemos, aún intentándolo con verdadera vocación.

Y no es que yo tire para mi bando, juradito, pero una hija es una opción más segura, como mínimo, por dos razones: una, porque aunque las mujeres produzcan menos nietos, en términos relativos son muy pocas las que no consiguen producir ninguno; dos, porque como decía mi abuela: «Hijo de mi hija, mi nieto es; hijo de mi hijo, ¿de quién será?».

Así pues, gustos individuales aparte, sólo cuando existan grandes probabilidades de que un hijo varón sobrevivirá y que, además, será competitivo reproductivamente, «valdrá la pena» producir un chico.

Bueno, ahora ya saben los chicos en qué circunstancia pueden exigir «un machillo». Pero, claro, para ello van a tener que espabilar, o lo que es lo mismo: ofrecernos un compromiso estable, unos genes altamente competitivos, ponernos un buen chalet para estar cómodas cuando fecundemos, garantía de buena crianza, una tarjeta de crédito ilimitado, unas expectativas profesionales mejorables, un patrimonio a nombre nuestro, una vida feliz y sin sobresaltos, seguridad afectiva... En fin, nada peor que tener y criar a «una pobre niña».

¿POR QUÉ SON TAN ESTRECHAS?

¿Conocen el «efecto Coolidge»? ¡¿No?! Pues lean, lean, que es muy divertido.

Cuentan que, con ocasión de un viaje oficial, el presidente norteamericano Calvin Coolidge y su esposa tuvieron que visitar una granja. Cada uno fue conducido por un guía que les iba dando explicaciones. Al llegar al gallinero, la Sra. Coolidge quedó impresionada por la intensidad amorosa con que un gallo cubría a una gallina. Preguntó cuántas veces era capaz el gallo de entregarse así y el guía le dijo que más de una docena de veces al día. «Por favor, dígame eso al presidente», dijo la señora Coolidge, sonrisita en ristre.

Al cabo de un rato el presidente llegó al gallinero y fue informado de la virilidad del macho y, cómo no, del comentario de su esposa. «¿Y lo hace siempre con la misma gallina?», preguntó Coolidge. «Oh, no, señor presidente; cada vez es con una hembra diferente», contestó el guía. «Pues, por favor, dígame eso a la señora Coolidge», añadió Calvin triunfalmente.

Toda mujer, incluso la que se desplaza en escoba, ha recibido ofertas sexuales por parte de algún hombre que la acusa de *estrecha* cuando obtiene una negativa. Para compensar, ellos son calificados de *salidos* incluso cuando ni han abierto la boca, los muy transparentes. ¿Negarse al sexo indiscriminado es una modalidad femenina de autosatisfacción perversa, una variante cultural —también perversa— o hay razones biológicas que justifican tal cautela?

En unas pruebas realizadas en una discoteca inglesa se ensayó lo siguiente: ellos, voluntarios, proponían sexo a chicas tan desconocidas como sorprendidas. Invariablemente, la respuesta femenina fue «¿Estás loco?», «¿Qué has bebido?», «¡Quítate de mi vista, desgraciado!» o «¡Charles, este tipo me está molestando!».

Cuando fueron las chicas las que propusieron lo mismo, tampoco hubo variaciones: todos los chicos contestaron inmediatamente que sí. Bueno, todos no: uno se excusó diciendo que no podía, que su novia estaba cerca y tal... pero no dijo que no.

Tres datos sugieren que, por naturaleza, los hombres se muestran más predispuestos a entregarse al sexo que las mujeres: 1) la mucho mayor actividad sexual observada entre los homosexuales masculinos frente a la de las lesbianas; 2) el tipo de fantasías sexuales de hombres y mujeres: mientras ellos muestran una mayor tendencia a fantasear sobre sexo en grupo o con personas desconocidas, ellas tienden a concebir fantasías con alguien conocido, a solas y en un ambiente sereno y afectuoso; 3) el número y frecuencia de las masturbaciones.

¿Por qué estas diferencias? Pues, en realidad, porque somos unos pringados, oiga.

Física, psíquica y conductualmente sólo somos envases complejos de los organismos verdaderamente protagonistas de la vida: los genes. Éstos, buscando su propia inmortalidad, son los que nos hacen practicar el sexo, condicionando muchos de nuestros comportamientos, en especial los sexuales.

Y fíjense qué bien atrapados nos tienen: las mujeres nacemos con unos 400 óvulos que vamos liberando, uno a uno, en cada ovulación. Éstos, que contienen y protegen a los genes, son para la vida un bien escaso y precioso que no debe ponerse al alcance de cualquier macaco viripotente, sino del hombre que esté mejor dotado para establecer un compromiso emocional, única garantía de que los genes resultantes de la fusión sexual sobrevivirán gracias a los cuidados que se les dispensen. A este espejismo le llamamos amor —o afecto, o ternura— y las mujeres lo exigimos para copular.

El esperma, por el contrario, se produce continuamente. El número de espermatozoides de cada eyaculación masculina es unas 175.000 veces superior al número de óvulos que una mujer produce en toda su vida. No es de extrañar, pues, que ellos «quieran» copular siempre: semejante producción *tiene* que ser liberada porque de no ser así, entre otros dramas, el olor a mofeta encelada de sus portadores sí que haría necesaria una intervención de la OTAN. Y como no es un bien escaso ni precioso, los hombres intentan regalártelo a poco que te mires las uñas.

Pero, he de ser sincera, desde la anticoncepción segura y otros triunfos femeninos, veo con simpatía esta pauta natural masculina. Eliminados los riesgos de embarazo, de nueve meses de gestación, de muerte en el parto, de meses de lactancia, de maternidad en solitario y de entrega y dedicación de por vida a una cría, las razones que encuentro para negarme al alegre intercambio de fluidos son, ¡viva el progreso!, exclusivamente librealbétricas.

No me digan que no promete el futuro, para mujeres y hombres. Como queramos entendernos, nos lo vamos a pasar *chupi*. Y a los genes, por esta vez, que les den pomada.

¿QUÉ QUIEREN DECIR CUANDO DICEN NO? (1)

En las riberas de un pantano, un lagarto de cola de látigo explora a una hembra con la lengua. Ella le rechaza, él la muerde en el cuello, le rasguña los costados y la aprieta contra el suelo.

Bajo la oscuridad que proporciona un coche, una gata chilla, clava las garras, araña y escupe al macho que la corteja.

Unas praderillas de la semihelada Siberia quedan manchadas por una armiño que ha resistido hasta la sangre los enérgicos argumentos de un pretendiente que se empeña en ofrecerle una romántica velada.

Es difícil no perturbarse ante ciertas conductas masculinas que van desde la molestia al daño físico. Sin embargo, y pese a su resistencia inicial, lagartas, gatas y otras hembras acaban permitiendo que uno de los machos perseverantes y agresivos copule con ellas.

Y eso no es lo más sorprendente: las armiñas, por ejemplo, no ovulan si no experimentan un trauma físico a manos del macho.

Por muy desconcertante que pueda parecernos ahora, la concordancia entre sexo y violencia fue, durante el Paleozoico, un aspecto clave para la supervivencia de los reptiles, predecesores de todos los mamíferos y, por tanto, abueletes nuestros.

En los tiempos prehumanos la violencia sexual no sólo fue activada genéticamente: en la medida en que eliminaba o disminuía la competencia, también fue recompensada con una descendencia más competitiva y con un linaje más duradero. De hecho, los juegos violentos y los forcejeos aún son muy frecuentes en los cortejos sexuales de los animales mientras toman decisiones sobre la conveniencia u oportunidad de aparearse: en la búsqueda del éxito reproductivo, este tipo de *tira-y-aflojas* puede reportar importantes beneficios para ambos géneros. Veamos por qué.

Debido a las carísimas repercusiones que para las hembras tiene una preñez, la genética se ha encargado de diseñarnos cautas, precavidas y muy selectivas. Los machos, por el contrario, están diseñados para manejarse con urgencia y aprovechar cualquier oportunidad sexual, pues para ellos no hay coste de gravidez. Su precio, sin embargo, lo paga teniendo que demostrar y convencer a la hembra de que es el mejor candidato para la cópula.

En este contexto, y con el objeto de recoger información sobre el pretendiente, el cuerpo y la conducta de las hembras de aves y mamíferos están diseñados para someterlo a una serie de pruebas. En función de las que supere —en comparación con

otros candidatos disponibles y, créanme, *siempre* los hay— la hembra lo aceptará o lo rechazará. La cualidad masculina que se pone a prueba es, básicamente, la destreza para manejar el cuerpo de la hembra y la capacidad para hacer frente a la conducta femenina. Por ello, la hembra necesita poner pruebas que constituyan un reto pero que no sean imposibles de superar: si son pruebas demasiado fáciles o demasiado difíciles, no le servirá de nada.

Estas pruebas constituyen un procedimiento importante: la hembra las utiliza para identificar qué macho puede engendrar descendencia sexualmente competente.

En general, las pruebas que pone la hembra son de competencia entre machos —modalidad de cortejo, luchas, capacidad patrimonial, proezas, hazañas...— pero la prueba específica es de fuerza: la habilidad para franquear la resistencia femenina es, de hecho, *la* prueba. Cuanto más fuerte y más realista es la resistencia, más efectiva será la prueba.

Se trata sin duda de un juego peligroso. Sin embargo, el hecho de que ni hembras ni machos resulten dañados con los forcejeos nos da idea de la precisión con que la selección natural ha moldeado este aspecto de la actividad sexual.

Con los humanos —como mamíferos— ocurre similar aunque no igual: la herencia reptiliana no ha desaparecido de nuestra configuración cerebral/hormonal y, por tanto, se mantienen ciertos comportamientos y tendencias. Sin embargo, conciencia y lenguaje —evolución— han dotado al «no» femenino humano de significados tan sutiles como poco atendidos, dejándonos sólo con dos opciones extremas —justificación de la violencia masculina o hipercorrección política— y el mismo desconocimiento.

¿Qué quieren decir *las mujeres* cuando dicen no?

¡Ja! ¡Trampa!: Van a tener que leer esta página la próxima semana. ¡No se lo pierdan!

¿QUÉ QUIEREN DECIR CUANDO DICEN NO? (Y 2)

En las relaciones sexuales de los humanos, la resistencia femenina está presente en el proceso de selección de pareja: en la búsqueda de información acerca de las cualidades genéticas y conductuales del hombre, el no de la mujer fuerza a éste a demostrar cuánto está dispuesto a aprender del cuerpo y la naturaleza femenina.

En especies que forman relaciones sexuales duraderas, como la humana, los juegos y forcejeos tienen mucha importancia en las fases iniciales del noviazgo: las imágenes de púberes retándose, haciéndose aguaduras en la playa, correteándose hasta caer uno encima del otro, provocándose verbal o físicamente, son familiares y admitidos porque el uso acertado de aquéllos reporta beneficios tanto a mujeres como a hombres: la mujer obtiene la información necesaria para elegir y el hombre, de ser su comportamiento satisfactorio, acceso a la posibilidad de reproducirse.

En la gran mayoría de los casos, los juegos y forcejeos se desarrollan sin que mujer u hombre sufran daño. No obstante, estos comportamientos pueden ser peligrosos pues hay muy poca separación entre el acto sexual precedido de forcejeos consentidos y la violación. Esto es lo que se denomina «violación de la cita»: cuando el hombre fuerza el acto sexual con una mujer que, al menos, lo encontró suficientemente atractivo como para quedar con él, o lo bastante como para besarse y manosearse.

¿Cuál es la diferencia entre una y otra? La línea divisoria debería ser diáfana: si la mujer dice que no, pero aún así el hombre fuerza el acto sexual, estamos ante una violación. Sin embargo, las cosas no son tan simples porque, en muchos aspectos de la vida, la gente acostumbra a decir no cuando lo que realmente quiere decir es «Veamos si puedes persuadirme». Éste es el caso de la violación de la cita, mucho más frecuente de lo que creemos pero oculta porque a veces ni siquiera las mujeres podríamos decir si ha habido violación o no.

Una investigación publicada hace unos años sobre estudiantes norteamericanos, descubrió que las chicas que se habían visto expuestas a un intento de violación de la cita tenían más del triple de probabilidades de reanudar la relación con el hombre en cuestión si su intento de copular había tenido éxito que si había fracasado.

Presumiblemente, todas esas chicas que declararon haber sido objeto de la violación de la cita dijeron que no en algún momento y lo dijeron en serio. Sin embargo, casi la mitad (el 40%) reanudó más tarde la relación. Si el hombre fracasaba, entonces 9 de cada 10 (el 87%) se negaba a seguir con el hombre.

¿Qué lectura tienen estos comportamientos?

Políticamente, es delicadísimo. Jurídicamente, tarea de especialistas.

Biológicamente, la misma que para nuestros parientes aves y mamíferos (ver artículo anterior): sin que signifique justificación de ningún exceso, estos comportamientos son resultado de la «obligación» que tienen las hembras de establecer pruebas de competencia y fuerza para los machos como parte de su proceso de selección de pareja.

Desde luego es una herencia peligrosa: si la mujer ofrece escasa resistencia, la prueba no le ofrecerá ninguna información; si ofrece una resistencia excesiva, el varón, voluntaria o involuntariamente, puede causarle daño. De ahí que la selección natural haya moldeado con tanta precisión un rasgo sexual potencialmente peligroso: lo más habitual es que ni hombre ni mujer sufran daño y que la situación se viva más como un juego sexual que como uno de guerra.

Sin embargo, la violencia *innecesaria* falócrata —la crueldad— ha provocado tal desconfianza entre géneros que el Estado se ha visto obligado a intervenir, intentando proteger a las mujeres de la ceguera masculina. Pero el sustrato biológico de la relación sexo-violencia es tan antiguo y tan arraigado, que cualquier legislación o vigilancia *previa* a una situación de violencia es contraproducente además de inútil.

¿Cómo protegerse, entonces, del macho extraviado?

No se me ocurren otras respuestas que conocimiento y soberanía: el uno nos dará la clave de lo que se esconde tras nuestros extraños comportamientos sexuales para poder evitarlos, modificarlos o admitirlos; la otra, la única garantía de que ni estados ni violadores manejarán nuestras vidas desde la hiperprotección o desde la agresión.

906 696969 ¡LLÁMAME!

Un macho de mosca de la familia de los émpidos, desasosegado y nervioso, espía un enjambre de mosquitos. Tiene un gran plan para esta noche: en cuanto haya cogido un ejemplar bien gordo, lo envolverá con seda de sus glándulas salivares e irá, agitado, a un conocido meetingpoint, buscará una hembra que esté «de servicio» y le ofrecerá su obsequio.

¿Cómo?! ¿Que la prostitución es una práctica exclusivamente humana? ¡Ja!: cuando la mosca encuentre una hembra que acepte su ofrecimiento, y mientras desenvuelve y come el regalo, él podrá copular con ella. Cuanto más grande sea el regalito, más tardará la hembra en comerlo, más tiempo podrá él estar pegado. Una vez que el macho se haya ido, la hembra «paseará» a la espera de que llegue otro macho con comida.

En muchas especies, las hembras tienen tanto éxito con la prostitución que no les hace falta buscarse la comida ellas mismas.

Hace dos o tres años, la presidenta de la Coalición Mundial contra la Trata de Blancas y autora del libro *La esclavitud sexual de la mujer*, declaraba que el negocio carnal hacía del sexo femenino «un ser de segunda clase», que, por tanto, debería entenderse como una variante de violación y que debería prohibirse la prostitución y la pornografía.

La doctora K. Barry, socióloga de la Universidad de Pensilvania, respondió que había que tener cuidado, ya que la postura de la presidenta podía ser recogida por grupos fundamentalistas opuestos a la emancipación jurídica de las mujeres, pero era partidaria de dictar severísimas penas contra prostitutas y pornógrafas, pues «nada degrada y humilla tanto a la condición femenina como el negocio carnal».

Biológicamente, prostitución es el amoral intercambio de sexo por recursos — sean éstos comida, refugio, protección o dinero—, verdadero cimiento del pacto reproductivo entre géneros. Por lo 87 tanto, más que subordinación femenina o miseria capitalista, la prostitución se revela como una de las estrategias reproductoras de la familia sexual. Y muy fructífera para las hembras, por cierto: en ningún lugar se dan cita tantos espermatozoides esperanzados como en el tracto de una hembra prostituta: ¡miles de millones, en un solo día, sometidos a la guerrita espermática!

La ventaja filoestratégica de la prostitución es la misma que se obtendría si cualquier mujer promoviera la competencia del esperma a través de orgías: ellas obtienen muchos espermatozoides para elegir el mejor y ellos los largan por aspersión. ¿Pero por qué, entonces, unas mujeres se prostituyen y otras no?

No se sabe si hay una predisposición genética para la prostitución. Pero, de ser

así, ésta sólo sería ventajosa para la especie *si y sólo si* el número de personas que la pone en práctica es pequeño: estando todas las mujeres disponibles para todos los hombres, el valor potencial de la prostitución en la búsqueda del éxito reproductivo sería, lógicamente, nulo.

De no haber predisposición genética, entonces significaría que *todas* las mujeres somos prostitutas potenciales, pero que sólo algunas encuentran condiciones ambientales en las que, a su juicio, los posibles beneficios superan los costos (en sociedades «avanzadas», riesgo de embarazo, de enfermedad, de subordinación, de violencia, de desprestigio; en sociedades «primitivas», casi ninguno. Mas bien al contrario, las prostitutas son sagradas).

Una y otra situación sugieren, en cualquier caso, que ni sanción ni prohibición remediarían el problema que causa la naturaleza sexual femenina al feminismo fundamentalista, todavía debatiéndose entre el arquetipo de la Virgen María — subordinada a su asexualidad— o el de Afrodita —libre *pero* sexual—, sin comprender que podemos pensar en la libertad gracias a que la modalidad sexual de reproducción nos ha evolucionado conscientes.

Cuando a la socióloga Barry se le preguntó qué pasaría con las rameras voluntarias, contestó que la ONU declara «imposible» semejante actitud (¡), convirtiéndose por derecho en una aliada 88 del patriarcado explotador: la mujer no tiene sexualidad propia (si existe es «al servicio de»), es idiota (no puede elegir por sí misma), y además imbécil (puede sentir la vocación de doblar las rodillas para limpiar pisos, pero no de abrir las piernas).

Les sugeriría yo a la presidenta de la Coalición y a la Sra. Barry que, en lo que estudian algo de sexualidad y biología femenina, se dedicaran a amenazar con sancionar la triple jornada (trabajo doméstico, trabajo materno, trabajo remunerado) para lograr una emancipación real y no sólo formal.

Mientras tanto, yo voy a sentir por las prostitutas vocacionales tanto respeto como envidia. ¡Que no me haya tocado a mí un genecito de éstos, *mecachis* en Zeus!

EL TRAUMA DE HILLARY

¿Cuál es el animal más monógamo de todos?... ¡El pájaro bobo, qué otro podría ser!

Pero ¿por qué? ¿Qué mandamiento ecológico constriñe al macho a renunciar a las pulsiones aspersionas y promiscuas del genoma?

Aunque también pueden ser de zonas templadas, la mayoría de las especies de pingüinos viven en las zonas más frías del planeta. El pingüino emperador, en concreto, cría en la Antártida, donde las temperaturas extremas han obligado a desarrollar una serie de adaptaciones fisiológicas y etológicas para minimizar las pérdidas de calor y el gasto de energía.

Así, por ejemplo, estos pingüinos han suprimido el comportamiento agresivo. O se apiñan en grupos de hasta 5.000 individuos para resistir las gélidas y tormentosas ventiscas. O reducen la actividad al mínimo y mantienen la misma pareja para evitarse cortejos y piruetas desgastadoras.

Los rigores climáticos, pues, aparecen ligados a la conducta sexual de los individuos y actúan como nexo de unión de la pareja. Es muy similar a lo que ocurre en EEUU, donde los rigores políticos mantienen unidos a Bill y a Hillary.

Hillary Rodham, alias Hillary Clinton, dice que Bill, Clinton, sufrió de pequeño una situación familiar inestable que le provocó un trauma que no ha podido resolver ni con la ayuda de Dios y que, por desgracia, le obliga a esparcir su esperma por el entorno más veces de las que ella quisiera...que se sepa.

Lo que esta absurda salida psicoanalítica quisiera enmascarar, pero delata, es la solidez del vínculo pingüinesco que une a la primera pareja del país moralmente más hipócrita del mundo.

Ella sabe desde antiguo de las excursiones genito-orales de Bill y sabe, también, de la más que remota posibilidad de que su maridito deje embarazada a ninguna señorita por tan ectópica vía.

Ella sabe que es más conveniente mandar una prenda maculada a la tintorería que mandar una becaria —¿o sería mas bien «bocaria»?— a la clínica abortiva.

Ella sabe, como se ha sabido desde antiguo en el occidente judeo-cristiano, que el más sólido de los recintos monógamos es el que tiene más huecos al exterior: queridas, burdeles, boquitas ansiosamente entreabiertas...

Y si *Ella* sabe todo eso y más, que es muy lista, ¿a qué viene la ramplonería psicoanalítica que liga la activa infelicidad del niño Bill a su senecta «fellatio»?

Dado que hasta un tercio de los varones «made in usa» proceden de matrimonios rotos, ¿se imaginan el fragmento de conversación erótica más repetida en los

cincuenta estados norteamericanos?:

—¿Me la chupas, cariño?

—Ahora mismo; siento lo de tus padres.

—No te preocupes, tú chupa.

Además Bill, quien defiende que fumar marihuana sin tragarse el humo no es delito, sostiene que hacerse lametear sin que se le traguen el semen no es «sexo», lo que Hillary, sin duda, avala.

Entonces, insisto, ¿a qué viene la psicoanalítica disculpa?

Pues viene a que *Ella* ha cambiado; a que *Ella* tiene planes. *Ella* quiere ser Gobernador. Y es que *ellas*, conseguidos sus objetivos de contar con un nido sólido y ya reproducidas, cambian.

Y si no que se lo digan a Michael Douglas, a quien su mujer ha pedido el divorcio basándose en su «adicción al sexo», que fue, con toda probabilidad, lo que de entrada la enamoró.

USA, puritano país de locos, ha enviado a la Antártida un equipo científico multidisciplinar con la trascendental misión de averiguar el porcentaje de becarias de que disponen los monógamos pingüinos o, alternativamente, a confirmar que realmente son pájaros bobos. El futuro político de Hillary y la estabilidad de su matrimonio dependen de la respuesta.

¡BUEEENO, VAAALE, SI INSISTES...!

Con los ojos fuera de las órbitas, la mirada perdida, un hilo de baba que desciende lentamente de su boca semiabierta y una desternillante inconexión, un babuino macho deambula por entre los miembros de su grupo como si estuviera hechizado. Realmente lo está: ha olvidado comer y dormir, persiguiendo la imagen más bella que su sensibilidad pueda imaginar: la vulva y el ano, hinchados y rojísimos, de una hembra que ha conquistado sus testículos.

Aunque el comportamiento del babuino nos recuerde a la de algún que otro conocido, no es habitual que los humanos mantengan tan psicótica conducta más allá de la fase de enamoramiento. Mas bien al contrario, según se va estabilizando, lo normal es que la pareja se sumerja en el aburrido «sexo rutinario».

Sean de Nueva York, de La Gomera o del Reino de Tonga, la mujer y el hombre medios realizan el acto sexual entre dos y tres mil veces a lo largo de su vida. Sin embargo, incluso cuando no se disponía de los anticonceptivos modernos, la mayoría de las parejas no tenían más allá de siete hijos, lo que, haciendo dedos, da un cómputo de unas quinientas inseminaciones por vástago. ¿Para qué hacen falta tantas cópulas cuando, la mayoría de las veces, ni siquiera se busca la concepción?

A que ya están pensando que es porque el acto sexual da gustirrinín y tal ¿no?. Pues, como siempre, no. Y si tiramos de sinceridad, acordaríamos enseguida que la gran mayoría de los *polvetes* domésticos son nada apasionados, poco lubricados, menos sentidos, placenteramente casi nulos y —sobre todo para las mujeres— irritantes y culpabilizantes. Así pues, ¿qué provecho saca el mandato reproductivo del sexo rutinario, tan poco gozoso?

Racionalmente, ninguno. En realidad, nuestros cuerpos están programados para buscar relaciones sexuales a intervalos, sin que exista una motivación «cerebral» para ello. Pero irracionalmente el sexo rutinario puede marcar diferencias fundamentales —en lo referente al número y calidad de la descendencia— basándose en una máxima universal que no debiéramos olvidar nunca: lo que es mejor para un miembro de la pareja, casi nunca lo es para el otro.

Los cuerpos masculinos producen incansablemente grandes cantidades de espermatozoides. A menos que inventemos y comercialicemos pronto algún uso proteínico, su destino natural es la vagina femenina, y su objetivo mantener una población de espermatozoides coleantes en su interior para que, a poco que el óvulo mueva ficha, fecundación *hayamus*.

Los cuerpos femeninos, sin embargo, tienen planes propios respecto al momento

idóneo para la concepción, y como no suele coincidir con el masculino (que es «siempre») su estrategia es, básicamente, *confundir todo lo que se pueda al macho* para que éste no detecte nunca, ni consciente ni inconscientemente, cuándo está en periodo fértil.

Para ello, y al contrario que las babuinas, las mujeres hemos ocultado —incluso para nosotras mismas— cualquier signo externo de ovulación o celo, gracias a lo cual hemos ahorrado a los hombres vivir pendientes del mejor momento para la inseminación pero, sobre todo, les hemos ahorrado el lamentable espectáculo que ofrece el babuino del ejemplo zoológico. De nada.

La ocultación de las señales de ovulación y una sofisticada batería de cambios anímicos y conductuales *subconscientes* respecto al sexo (que pueden ir, en unas horas, del «ni me mires, que tengo jaqueca», al «bueno, si tú quieres» o al «házmelo ahora mismo, cerdo mío»), constituyen una eficacísima estrategia anticonceptiva. Frente a ésta, ¿qué estrategia conceptiva puede practicar el desconcertado hombre? Pues, *subconscientemente*, intentar mantener una presencia espermática continua en el tracto femenino. Eso es el «sexo rutinario», reconocible porque siempre, *siempre*, lo inician ellos.

Claro que no hay estrategias sin contraestrategias: sorprendentes estudios confirman que, en las relaciones estables, las mujeres aceptamos el sexo rutinario y buscamos el sexo pasional en las dos semanas siguientes a la ovulación —cuando no se puede concebir—, mientras que evitamos cualquier modalidad en las dos semanas previas —cuando hay más posibilidad de fecundación—. ¡Que nos iban a pillar distraídas! ¡Jua, jua!

¡AYYY, TIGRE MÍO!

Robusta, lozana y arrogante, una joven leona muestra exuberancias carnales y conductas propias de la época de apareamiento. De cerca, demasiado-de-cerca diría yo, el macho que ha elegido como inseminador y padre de su prole, habitualmente tan melencólico como apático, no la pierde de vista. Sabe que, para variar, tiene un arduo trabajo mientras a la hembra le dure el periodo fértil: por un lado, vigilarla estrechamente para que no tenga la menor oportunidad de cometer infidelidad; por otro, copular unas mil veces para tener alguna posibilidad de fecundación.

Pero no hay motivo para ponerse verdes, chicas, que se proyecta mucho complejo falócrata en la leyenda del «rey de la selva»: la monta del león dura poquísimos segundos y, además, no se ha podido recoger ni un solo testimonio visual de una leona satisfecha.

El interés masculino por el sexo rutinario (aquel que practican *en sus relaciones estables* mientras siguen un partido de 3ª regional) no se debe únicamente al mandamiento fisiológico de mantener una población de espermatozoides fértiles en la vagina de su compañera por si un óvulo le da carta de hombre aprovechable.

Dado que el cuerpo femenino está diseñado para alojar el esperma de dos o más machos con el fin de que se promueva una competencia espermática cuyo resultado, de haber concepción, será una cría *con los mejores genes posibles*, las relaciones sexuales rutinarias también tienen otro objetivo: prepararse para la guerra de espermatozoides.

¿Y cómo?

Pues subconscientemente, que de haber confiado en el cerebro consciente hace tiempo que serían, más objeto de estudio de Historia que de Biología. Así, el cuerpo masculino «estudia» el riesgo de guerra espermática que pudiera encontrarse en el tracto femenino, registrando el tiempo transcurrido desde la última vez que estuvo haciendo cochinas con su *compa*.

Como cualquier persona curiosa habrá notado, la cantidad de esperma eyaculado no es siempre la misma y esto se debe, básicamente, a que el cuerpo del hombre «decide» el número de espermatozoides que se cargan y eyaculan en una práctica sexual rutinaria, sopesando las probabilidades de que su compañera pueda contener los espermatozoides de otros hombres.

La estrategia es burda, pero les da resultado: si el hombre ha pasado mucho tiempo con su compañera desde la última inseminación, hay pocas probabilidades de que le haya sido infiel. Si ha pasado poco tiempo con ella, hay muchas —en realidad,

bastantes— probabilidades de que su tracto vaginal ya contenga otro(s) ejército(s) de espermatozoides rivales de campaña electoral. Lógicamente, para aumentar sus posibilidades de ganar la guerra, ha de introducir más espermatozoides.

Pero ¿cómo regula el hombre el número de espermatozoides que tiene que cargar e introducir?

Ayyyy, mis niñas, por la cuenta de la vieja, que no hay cera para sofisticaciones: si desde la última inseminación la pareja ha estado junta el 50% del tiempo, el hombre inyectará la mitad de lo habitual, unos 300 millones de espermatozoides; si han pasado todo el tiempo juntos, y no hay riesgo de infidelidad, introducirá sólo unos 100 millones; si ella no ha podido ser vigilada desde entonces, él estará obligado a dar todo de sí: unos 600 millones.

¿A que ahora los «¡Cuánto me alegro de verte, mi amor!», «No he hecho otra cosa que pensar en ti», o «¡Me llenas de deseo!» se entienden de otra manera, a la luz de lo que *realmente* ocurre? Se nos van a partir las muelas de la risa cuando nos susurren al oído estas semi-sinceridades y podamos hacer cálculos: «¡¿Que sólo te alegras 200 millones de verme?!» o «¡¿Cómo!! ¿¿Sólo me deseas la mitad de tu capacidad espermática?!»

Otra cosa, que hace menos risa, es el asunto de la «estrecha vigilancia», tan propia de la naturaleza masculina que les ha llevado a todo tipo de conductas criminales: desde la cólera celosa a la invención del matrimonio...

¡¿Qué dice usted?! ¿Que el matrimonio es un invento femenino? ¡Ja! Nos vemos aquí mismo la próxima semana y lo discutimos. ¿Hace?

¡PORFI, PORFI, CÁSTATE CONMIGO!

Las casi doscientas especies de primates conocidas, entre las que se encuentra la humana, comparten características evolutivas que dejan asustados y malhumorados a quienes todavía no operan con su pertenencia al reino «animal».

Pero, para su tranquilidad «espiritual», la nuestra presenta marcadas diferencias. Además de otras de carácter anatómico, las más notables son: la reducción general del índice de reproducción; el retraso de la madurez sexual; el alargamiento de la esperanza de vida; y una creciente complejidad de la conducta social que ha dado lugar al ritual reproductivo más extraño y peligroso de todos los conocidos: ¡el matrimonio!

Siempre se ha hecho saber que el matrimonio es el resultado de la intrínseca perversidad femenina, que el único objetivo vital de las mujeres es «pescar» un marido y que los hombres, lerdos y faltos de reflejos (es una deducción lógica, ¿eh?), se han visto y se ven continuamente atrapados en este mecanismo diabólico, fruto, cómo no, de la eficaz *conspireta* femenina internacional.

Pero dado que el pensamiento, la literatura, la ciencia, los soportes de divulgación oral y escrita y el diseño de las estructuras sociales han estado en manos masculinas en los últimos milenios, es fácil colegir que la mentira y la distorsión también. De modo que, en aras de una mejor coexistencia futura, pongamos algunos humildes puntitos sobre sus íes. Porque vamos a ver:

1) ¿No dice la *sabiduría* masculina que «en el fondo todas las mujeres son unas putas»? Bien. Pues protestarán, seguro, pero esta «sentencia» encierra, en realidad, una confesión: ellos *saben* que, en la búsqueda del éxito reproductivo, la naturaleza *obliga* a las hembras a ser promiscuas o infieles para conseguir los mejores genes. Pero les cabrea igual.

2) ¿No es cierto, entonces, que el rencor testosterónico, proyectado como insulto, encierra en realidad otra humillante confesión?: «¡Oh, cielos, si no soy elegido es que soy un excremento inútil!» Es decir: efectivamente, también *saben* que, en la competición genética, la mayoría de los hombres no serían elegidos ni para procrear órganos sueltos.

3) Como apunte lingüístico-antropológico, sin otro ánimo que el *molestandi*: ¿No son ellos los que, tradicionalmente, *piden* matrimonio?

4) ¿No les parece que si el matrimonio institucional fuera una exigencia femenina, todavía andaríamos manifestándonos por lograr ese derecho?

La reproducción de los machos está en manos de las hembras: han de ser

elegidos, como en un prostíbulo, en virtud de sus cualidades fenotípicas y genotípicas. Y, aun así, nunca tienen la certeza de que la prole en la que invertirán energía y recursos sea suya. Por ello, han de emplear tácticas variables que les permita: a) evitar la competencia espermática con otros candidatos; b) defenderse de otros genes mejores; c) asegurarse de que las crías porten su genoma.

Sabiendo que *muy pocos* pasarían el tamiz de selección femenino, ¿cuál es la mejor táctica para que *todo hombre* tenga una oportunidad? ¡Premio!: monopolizar el acceso sexual a una mujer estableciendo «vínculos de unión». ¿Y cómo? Pues, en la prehistoria, apartando coléricamente a las hembras fértiles de la promiscuidad del grupo. Y en la historia moderna, igual: ¿saben quién institucionalizó el matrimonio monogámico? Cecrops, rey ateniense. Con esta medida, la suspensión del derecho de sufragio y la obligatoriedad de que todo hijo llevara el apellido de su progenitor, pretendía *castigar* a las mujeres por haber elegido patrona de la ciudad a Atenea, diosa que exigía que toda mujer se entregase, al menos una vez en su vida, a un desconocido. ¿Lo pillan?

Así pues, en términos generales y específicos, la institución matrimonial es una criminal superestructura gremial de vigilancia y control sexual que, exigiendo la virginidad de las solteras, la fidelidad de las casadas, la lealtad sexual de las viudas y la violencia sobre las «putas» que quieren separarse, ha reportado a los hombres mayores ventajas reproductoras que ninguna otra combinación de tácticas.

Eso sí, las cosas como son: han tenido que trabajar como micos de circo para sustentar semejante aparataje. Y no les queda nada, compañeros: yo me voy a dar una vuelta por Loewe, por si alguno tiene los corajes de *pedir* mi mano. Abierta se la voy a dar.

¿ESO ES IMPULSO?

¡Trufas! ¡Ñam, ñam! ¡Bocato di cardinale! Hongos subterráneos, parientes de las criadas majoreras, crecen entre las raíces de los robles y avellanos. Durante mucho tiempo disfrutaron de la fama de ser afrodisíacas, por lo que su búsqueda se intensificó y su precio, lógicamente, se disparó hasta la estratosfera. Pero, ¿saben cómo se descubren? ¡¿No?! ... Pues les cuento.

Las trufas, enterradas, pasan desapercibidas para el ojo humano, pero no para el olfato de cerdas y perras, por lo que sus buscadores se sirven de estos animales. Pero no es que ellas se hayan enganchado a la alta *cuisine*, no: lo que ocurre es que las trufas contienen alfa-androsterol, un compuesto similar a una hormona que se encuentra en el sudor axilar masculino, por lo que las hembras, en realidad, creen estar siguiendo el rastro de una tarde de revolcón y refocile.

Hace unos años, un anuncio televisivo de desodorante presentaba —quizá lo recuerdan— a un chico que caminaba distraídamente hasta que un olor lo sacaba de su ensoñación, identificaba éste en una chica, salía corriendo, compraba flores y las ofrecía a la sorprendida joven. El eslógan rezaba que «si un desconocido te regala flores, eso es *Impulso*», pues así se llamaba el producto.

Bien. Pues una de dos: o el desodorante contenía alfaandrosterol —que también está presente en la orina de las hembras— y funcionaba como las trufas a las cerdas (lo cual hubiera constituido el *chollo* afrodisiaco del siglo), o lo que ocurría era, exactamente, lo contrario: que el perfume industrial «disimulaba» el auténtico olor de la chica, el de hembra. Pero el mensaje invisible, el de que «olfato» y «sexualidad» están relacionadísimos, era correcto.

De todos nuestros sentidos, el olfato es el más vinculado al aparato emocional porque los olores, ancestralmente, están vinculados al periodo de fertilidad femenino —el estro—, a la excitación sexual y al acto de apareamiento. Y aunque su importancia en la comunicación de los primates y los humanos haya disminuido, siguen influyendo decisivamente en nuestros comportamientos a nivel inconsciente.

Allá por los setenta, los científicos descubrieron que los animales se comunicaban no sólo por el olfato, sino también por el órgano vomeronasal, un órgano sensorial localizado en la nariz pero independiente del olfato. Los impulsos detectados por éste van directamente al hipotálamo, el hogar de nuestra actividad emocional. Pero ¿para qué, cuál es *el* objetivo?

Klaus Wedekind, zoólogo suizo, realizó un estudio divertido: hizo que diversas mujeres olieran camisetas sudadas de varios hombres, al tiempo que analizaba su sangre para observar el comportamiento de su complejo de histocompatibilidad

(MHC), unas proteínas que informan al sistema inmunológico de posibles infecciones.

Ni *jarta* de anfetaminas quisiera yo haber sido una de las «probadoras» —¡hay cada mofeta suelto!—, pero por eso mismo se agradece el resultado que ofreció el sacrificio de las sufridoras: las mujeres se sienten mucho más atraídas por los hombres cuyo MHC es totalmente diferente al suyo.

Wedekind sugiere que las parejas son más fértiles dependiendo del grado de diferencia que exista entre sus MHC porque, al elegir así, la pareja se está asegurando de que la descendencia estará más protegida de un espectro de enfermedades más amplio. Estudios más recientes parecen confirmar esta hipótesis, pues las parejas con un MHC parecido tienen más problemas para concebir que las que tienen un MHC opuesto.

Así pues, es más que probable que, en las épocas prehistóricas e históricas, nuestras acciones estuvieran inspiradas por los aromas, siendo el olfato *el medio* para percibir la disponibilidad o conveniencia para la relación sexual.

Aún hoy, y como cada cual sabe, las sutiles indicaciones odoríferas son capaces de hacernos sentir atracción o rechazo por alguien, de cambiar nuestras relaciones si cambian los olores de nuestra pareja, de aumentar la intimidad, de provocar repulsión o instintos protectores, como el olor de los bebitos.

De hecho, el olfato es un sentido sexual tan importante que un estudio norteamericano reveló que el 25% de los hombres con pérdida de olfato —denominada *anosmia*— desarrollaban algún tipo de disfunción sexual.

Lo que no ha *confesado* el estudio, pillines ellos, es *cuántos* hombres sufren de anosmia.

QUE 20 CMS. NO ES NADA...

Estando al cuidado de seis amiguitos de cuatro a doce años, más o menos, una tarde dominguera nos disponíamos a terminar el merecido asueto con una sesión de tele, a modo de somnífero.

—¿Hay algo que valga la pena?, pregunté.

—¡Un documental sobre costumbres sexuales de los animales!, dijo alguien.

—¡¡Bieeeeeen!!, gritamos todos.

Tras 20 minutos de ejemplos diversos de apareamientos, una de las niñas, de 11 años, se apartó del grupo y se puso a leer. Lógicamente, le pregunté por el motivo de su aislamiento.

—Es que me aburre, porque siempre es lo mismo: hagan lo que hagan las hembras, los machos las montan, se mueven y ya está, las montan, se mueven y ya está. ¡Como a mí me pase eso me voy a coger un cabreo...!

«¡Todos los hombres son iguales!». Locución popular que piensan, asienten o manifiestan a coro las mujeres, señalando, no sin reproche, la ausencia de singularidad y sutileza en el comportamiento masculino.

Pero, con sinceridad, ¿es realmente cierto? ¿Se puede insistir en el aserto, a la luz de la moderna biología y de la psicología evolutiva, sin temor a ofender las legítimas ansias de individuación de nuestros amigos, compañeros e hijos?

Eh... ejem... esto... pues sí: en origen —es decir, en lo referente al sexo— los hombres *son* mucho más parecidos entre sí que las mujeres. ¿Por qué?

Porque las diferencias de diseño morfológico entre hembras y machos —evolucionadas así para buscar la reproducción *desde estrategias distintas*— condicionan *ad nucleam* la conducta de unas y otros: nosotras, portadoras de un bien escaso, los óvulos, hemos de ser celosas custodias de los mismos y chinchosamente selectivas con los candidatos a fecundarlos. La conducta femenina, por tanto, aparece como «esquiva», «caprichosa», «voluble», «difícil de entender», porque *necesariamente* ha de disponer de una tan variada como sutil galería de comportamientos para despistar a los machos y evitar fecundaciones inconvenientes.

Ellos, sin embargo, portadores de un producto abundante, los espermatozoides, sólo tienen que quitárselos de encima, so riesgo de intoxicación cerebral, y para ello bastan gestos *mecánicos*, condicionando una naturaleza conductual también mecánica, monocorde, sin variaciones ni sutilezas.

Así, mientras todos los hombres eyaculan (salvo anomalías orgánicas), no todas las mujeres tienen orgasmos; mientras prácticamente todos los hombres se masturban, una cuarta parte de las mujeres no lo hace; mientras casi todos los hombres tienen

poluciones nocturnas, el 60% de las mujeres no las tienen nunca. En lo que sí se diferencian los hombres, en cambio, es en las formas de buscar el éxito en la reproducción. En términos generales, existen cuatro estrategias distintas: la bisexualidad (raro, ¿verdad?; pero ya hablaremos de ésta), la violación (también hablaremos, vive diosa) y, en los extremos del espectro, los que se especializan en la competencia espermática o los que la evitan.

En medio de estas dos últimas se encuentra la mayoría de los hombres, combinando, de la manera más productiva posible, una y otra.

¿Pero cómo se especializa cada hombre? ¿Es una decisión personal? ¿Es una elección librealbédrica? ... No. Nada más lejos de la bioquímica masculina que la libertad —entendida como *consciencia de la necesidad*. La estrategia concreta que un varón *está programado* para adoptar depende, en gran medida, de su tasa de producción de espermatozoides y ésta, a su vez, depende ... ¿Lo digo? ... ¿He oído «sí»? Bien: ¡¡Del tamaño de sus testículos!! ¡Ea! ¡Ya está dicho!

Los hombres tienen un par de testículos de tamaño desigual que... Pero no, no. Mejor dejo esta información para la próxima semana, que tiene sustancia. Tanta, que puede afirmarse que «por su tamaño les conoceréis». ¿A que mola?

DIME QUÉ TALLA GASTAS Y TE DIRÉ...

El tamaño de los testículos determina la estrategia en que se especializará cada hombre en la lucha por tener hijitos. Básicamente, existen cuatro estrategias: la bisexualidad, la violación, la promiscuidad y la fidelidad, siendo estas dos últimas las más practicadas. Como el número de espermatozoides emitidos es fundamental para la fecundación y éstos son producidos por los testículos, está claro que su tamaño condicionará la tasa de producción espermática, y ésta, a su vez, el empleo de una u otra estrategia. ¿Cómo?

Los hombres que tienen testículos más grandes fabrican más espermatozoides, eyaculan más a menudo e introducen más espermatozoides en cada coito. Por tanto, la estrategia para la que están *programados* es la promiscuidad, es decir, para buscar o provocar guerras entre espermatozoides distintos porque vencerán, con toda probabilidad, debido a la cantidad de espermatozoides que producen.

Los hombres altos y más pesados (pero no obesos) tienen testículos más grandes. Aunque no es una regla general, lógicamente. En realidad, y en el caso de no poder realizar una inspección genital detenida, es más fácil reconocerles por otros rasgos: además de ser un poco chulillos, pasan menos tiempo con su pareja, son más propensos a ser infieles y a elegir a una compañera también propensa a la infidelidad.

Los hombres de testículos pequeños, por su parte, están *programados* para todo lo contrario: debido a que su tasa de producción de espermatozoides es baja, en la competencia espermática llevarían todas las de perder. Defender a la pareja, practicar la fidelidad y exigirla —intentando evitar que se desencadenen guerras de espermatozoides— es, por tanto, la estrategia con la que pueden conseguir mejores resultados reproductivos.

Pero, entonces ¿cuál de los dos grupos tiene más posibilidades de éxito?

Pues, por los estudios realizados, parece que... ninguno de los dos. Bueno, las cosas como son: si se trata sólo de *mojar* es evidente que los promiscuos tendrán una contabilidad más saneada; pero tratándose del «éxito reproductivo», da la impresión de que la evolución ha logrado tal finísimo equilibrio, que no existen diferencias entre los niveles de éxito de unos y otros, pues los de testículos grandes tienen mayor potencial, pero los de testículos pequeños tienen mayor certeza.

El asunto tiene su lógica, cómo no: si uno de los grupos, pongamos que el de mayor potencial, tuviera más éxito que el otro, en unas pocas generaciones el número de hombres con testículos grandes crecería, debido a que este rasgo es genético y se puede heredar. Esta situación, paradójicamente, encerraría desventajas serias porque: a) en la guerra espermática, los hombres de testículos grandes tendrían que jugársela con otros de su mismo tamaño; b) sus mujeres también estarían siendo inseminadas por otros; c) el riesgo de contraer enfermedades es mayor en una población

promiscua.

Así pues, en una comunidad con demasiados hombres de testículos grandes quien tendría ventajas, en realidad, serían los hombres peor dotados, ya que dedicarse a una sola pareja ofrece más probabilidades de reproducción; la ausencia de promiscuidad, menos riesgos de enfermar; la fidelidad de su pareja, garantía de que la cría será suya; y, por último, y aunque parezca irrelevante: los testículos pequeños son menos vulnerables a los accidentes.

Pero además hay que tener en cuenta otra cosa: la mayoría de los hombres tiene, cuenten lo que cuenten, un tamaño intermedio y practican, por tanto, la estrategia del «sopito y sorber». Esto es: intentar conseguir el mejor acuerdo posible entre fidelidad y promiscuidad. Ya sé, ya sé que conceptualmente parece contradictorio, pero no se puede negar que la contradicción y la paradoja coadyuvan al desarrollo de la inteligencia. Y si no, que nos pregunten a las mujeres.

El caso es que la presencia de esta «mayoría mixta» tampoco modifica los niveles de éxito de unos u otros. De hecho, la conclusión es que siempre que un hombre emplee la estrategia adecuada al tamaño de sus testículos, le irá bien.

Bueno... «Bien, bien» en el caso de que no existieran las mujeres y su infinita — infinita, ¿eh?— variedad de comportamientos sexuales. ¿Pero por qué los hombres son tan iguales entre sí y las mujeres tan distintas que «no hay quien las comprenda»? ¡No se pierdan el próximo episodio!

¡¡NO HAY QUIEN LAS ENTIENDA!!

Una araña común europea, hembra, se deja inseminar sucesivamente por varios machos mientras engulle las presas que le ofrecen a cambio. Cuando ella olisquea el presente, el primer macho la monta; pero, antes de acabar, se lo quita de encima con sus patas traseras y, entonces, termina de comerse la apetitosa mosca. Cuando llega el segundo macho, se zampa la polilla que trae, se deja montar, realiza movimientos arriba-abajo y, literalmente, lo expulsa. Con el tercero el ritual inicial es el mismo, pero ella le retiene con su abdomen, prolongando muchíííísimamente el coito. Al cuarto, que quiere permanecer más tiempo del que quiere ella, se lo come. Con el quinto... Bueno... Creo que el quinto decidió estudiar Filosofía, a ver si entendía algo.

En comparación con los hombres, tan iguales entre sí (prácticamente todos alcanzan orgasmos, se masturban y tienen sueños húmedos), las mujeres presentan una variedad desconcertante de características sexuales: un 3% nunca tiene un orgasmo; el 5% tiene orgasmos múltiples y encadenados; el 10% nunca alcanza el clímax durante el acto sexual; otro 10% llega siempre; algunas son totalmente pasivas; otras prefieren ser activas; el 50% se masturba con regularidad; un 20% no lo hace nunca; de los orgasmos nocturnos disfruta un 40%; otras ni saben lo que son...

Encima, a estos «patrones» orgásmicos hay que sumarles características *individuales* de sensibilidad corporal (hay a quien la nuca le hace estremecer; quien no siente nada en los pezones; quien tiene el bulbo del clítoris demasiado sensible; quien no responde a la estimulación...) las cuales, a su vez, están relacionadas con los planes reproductivos *inconscientes* de la mujer, con la pareja elegida y con la atmósfera creada en *cada* coto, dando lugar a cambios de ánimo impredecibles para nosotras mismas pero, sobre todo, exasperantes para ellos.

Y lo más gracioso es que no podemos hacer nada, *nada*, por aliviar el desconcierto masculino, ya que las características reproductoras y eróticas a las que hemos ido a parar como especie, tras millones de años de evolución, están basadas en una consigna irreversible: *confundir al macho todo lo que se pueda en todas las situaciones que se pueda*: en la seducción, en el cortejo, en la conquista, en la fecundación, en la paternidad, en la crianza, en la manutención, en la fidelidad...

Se llega a comprender, pues, que el papel de «tonto de la especie» haya terminado por derrotar a muchos hombres, parapetados tras un defensivo «No hay quien las entienda», a pesar de que los que se han empeñado en conocer/entender a sus mujeres afirman tener una vida afectiva, erótica e intelectual infinitamente más apasionante y una imagen de La Mujer mucho más respetuosa.

Pero dado que no es sólo a título individual que las mujeres confunden a sus compañeros, sino que es *la población femenina* la que, en su conjunto, está *programada* para confundir mediante la variedad, es fácil deducir que, diferenciándose de las otras, las mujeres obtienen beneficios.

En primer lugar, se consiguen datos sobre la experiencia y competencia del hombre. Su comportamiento, experto o ingenuo, nos dirá rápidamente si tiene iniciativa o es pasivo, si ha conocido a muchas mujeres o a pocas, si resulta atractivo a otras o indiferente... Esta información es crucial porque, en función de ella, podremos elegir al hombre que mejor le vaya a nuestros planes, conscientes o inconscientes.

En segundo lugar, mientras el hombre intenta conocer los variables comportamientos de la mujer para sintonizar sexualmente con ella, ésta controla y maneja la situación, disponiendo de un tiempo precioso para juzgar si el hombre le gusta realmente o no.

En tercer lugar, y una vez que acepta a un hombre como compañero, la mujer puede instruirle sobre sus necesidades eróticas, obteniendo de él un tiempo y una atención que le impida, prácticamente, ser infiel. ¿A que no era tan difícil?

La estrategia femenina de confundir al macho tiene, por tanto, una razón de ser muy sólida. Pero ¿incide la presencia o ausencia de orgasmos en la psicología femenina y en la elección de sus estrategias sexuales? ¿Qué categoría de mujeres tiene más éxito: las anorgásmicas o las multiorgásmicas? ¿Y cómo les va a las de enmedio? ¿Podrán los hombres entendernos algún día? ... ¡Se aceptan apuestas!

¡SÍ HAY QUIEN NOS ENTIENDA!

¡Atención!, chiste:

—¿Por qué fingen orgasmos las mujeres?

—Porque creen que nos importa.

Debo confesar que cuando mi hijo lo *bajó* de Internet y lo contó en casa, me hizo soltar una carcajada. Él creyó que me iba a molestar, y con esa palmaria intención de desafío a «mi parte feminista» lo perpetró, lo sé, que aquí somos pocos y nos conocemos mucho.

Pero lo que en realidad me hizo reír fue: a) que *ya* no es un chiste machista «en sentido clásico», sino uno de hombres jóvenes y/o modernos que *confiesan haber intentado* comprender el comportamiento sexual femenino... y han fracasado. Ya saben, como en la fábula del zorro y las uvas; b) que el *rencorcillo* inseparable del andamiaje testosterónico sigue presente, aunque desideologizado y devuelto al territorio en el que todavía puede reportar alguna ventaja, el de la indomable irracionalidad. ¡Bien!

El chiste delata, sin embargo, que lo que ellos quieren, ¡oh, Naturaleza!, es fornicar más, eso está claro. Aunque tengan que hacer un esfuerzo por «comprender a las mujeres». Y no es fácil, hay que reconocerlo, porque diversidad y complejidad, profundas fuerzas de La Vida, se han encarnado en el género femenino, qué le vamos a hacer.

Pero es que, además, la cultura machista por un lado, y la de la anticoncepción y la libertad sexual por otro, nos han hecho olvidar que la función del sexo no es el placer, sino la reproducción. El placer es una estrategia *de la vida* para tentarnos a hacer lo que le interesa a ella, esto es, fornicar *para* reproducirnos, y es este mandato y no el otro —buscar placer— el que todavía condiciona más nuestros comportamientos.

En cualquier caso, el placer, sea función o premio, es algo que existe para los dos géneros. Sin embargo, estando todas las mujeres dotadas anatómicamente para el placer ¿por qué unas son anorgásmicas y otras multiorgásmicas? ¿Por qué unas sólo obtienen placer delante de un hombre y otras todo lo contrario? ¿Por qué unas disfrutan de toda la galería de orgasmos posibles y otras de algunos, de sólo uno o de ninguno?

El escaso valor que las sociedades falócratas conceden al orgasmo femenino influye decisivamente en un incremento de la anorgasmia *cultural*, de eso no hay duda. Y que hay inhibiciones psicológicas *propias* que obstaculizan el disfrute sexual a algunas mujeres, también es innegable. Sin embargo, el amplísimo y variadísimo

espectro de orgasmos de las mujeres (o su ausencia) y de formas de alcanzarlos, hacen pensar que, más que rasgos de carácter o patologías psicológicas, son estrategias reproductivas.

De ser así, nos preguntaremos todas —y espero que todos—, ¿para qué *hum-hum-hum* puede servir una estrategia anorgásmica, pero qué es esto?!

Pues, ¡alivio!, para lo mismo que el otro extremo de la escala, el multiorgásmico: para «realizarse». En la anorgasmia, el placer —que como otras muchas manifestaciones del mundo vivo, es una «cantidad de energía termodinámica»— se desplaza hacia otros aspectos del entorno sexual y reproductivo. La «renuncia» al orgasmo puede iluminar la vida familiar de una mujer que ha apostado por la fidelidad... y la de su pareja, claro. En este sentido, algunos estudios constatan que este tipo de mujeres se casan más con hombres de testículos pequeños, es decir, con los también «programados» para perseguir la fidelidad.

La multiorgasmia, por el contrario, sería la estrategia de la mujer que promueve la competencia espermática, la que le interesan más unos buenos genes que un compañero fiel y la que busca la reproducción, por consiguiente, a través de la promiscuidad.

Y, entre unas y otras, lógicamente, toda la gama de comportamientos respecto al orgasmo ha de tener un sentido, porque si alguna modalidad fuera patológica, hace tiempo que habría sido barrida por la evolución: menuda es ésta para librarse de gastos energéticos innecesarios.

De todas maneras, puede que esta teoría no se sostenga dentro de poco. Afortunadamente, asistimos a una era muy dinámica de la ciencia, los hallazgos son diarios y los sistemas teóricos tan efímeros como... como... ¿como un orgasmo?

Sin embargo, frente a las teorías psicológicas que patologizan a la clienta por enfocarse sobre el orgasmo y no sobre la felicidad, esta teoría biológica resulta tranquilizadora. El éxito de la mujer estaría entonces en que la elección de su pareja y su conducta fueran compatibles, no en el régimen de orgasmos para el que está programada. Y, si algo falla, siempre podemos recurrir a presentarle un psicólogo a él.

¡HUMM... SÍ, SÍ, ASÍ... MUY BIEN!

Un *gavioto* adolescente está de suerte: una hembra joven ha admitido su cortejo. ¡Podría, por fin, ser papá, uyy qué nervios! El joven intenta ponerse de pie sobre la espalda de ella para pisarla, pero se cae varias veces. Cuando lo consigue, tiene que transferir los espermatozoides... pero no sabe cómo. Después de varios ensayos, la hembra, furiosa, picotea al aprendiz hasta hartarse y luego se pone en cola para ofrecerse a un macho más experto.

En otro hábitat, un sano y primerizo chimpancé es seducido por una madurita que sabe lo que hace: la erección del joven es enorme y su excitación, palmaria. La hembra le pasea sus olorosas nalgas por las narices mientras él chilla y brinca como poseso: ¡se va a comer el mundo! Agarra su reventón miembro, examina a su generosa dama y... y... ¡Ay, dios! ¡¿Y ahora qué se hace?! Impaciente, la hembra le da un capón bien dado y se va gruñendo. Él se retira a disimular su sonrojo y a mirar cómo lo hacen los demás.

Una de las broncas más fuertes que se recuerdan en el Olimpo fue la que tuvieron Zeus y su hermana/esposa Hera con motivo del placer que experimentan hombres y mujeres. «Disfrutáis vosotras más que nosotros», tronaba Zeus, lo que provocaba la ira de su mujer, quien insistía en lo absurdo de tal aseveración.

Para dilucidar el asunto recurrieron a Tiresias, el único ser capaz de emitir un juicio, ya que, durante siete años, se transformó en mujer y como tal vivió. Sin vacilar, Tiresias sentenció: «La hembra disfruta nueve veces más que el varón al copular».

Del cabreo de Hera, y de las consecuencias sobre el pobre Tiresias por contrariarla, se ocupan con amplitud —cuando no con indisimulado acojono— los mitógrafos. Sin embargo, el pesimismo de la todopoderosa diosa hace pensar que incluso a Zeus —¡dios de la masculinidad!— le hubiera venido bien un cursillito de educación sexual.

La técnica sexual no es un regalo del instinto ni un don de la divinidad. Hay que aprenderla. Para las hembras es fácil: la erección y la eyaculación son tan automáticas que se puede aprender a arrancar felicidades a los tíos mientras lees un Mortadelo y Filemón.

Pero para ellos el asunto se complica. El orgasmo femenino es todo lo opuesto a «automático»: es impredecible, variable, voluble y distractor, pero decisivo reproductivamente: un macho que no sepa proporcionar placeres orgásmicos tiene muchos boletos para ser el último de su estirpe, ya que, en la guerra espermática, el cuerpo de la mujer siempre favorecerá al candidato más cachondón.

De hecho, se ha podido observar —como señala la parábola zoológica— que cuando las hembras de diferentes especies ven a otra/s hembras copulando con un mismo macho, se ponen en cola. Esto quiere decir que un macho competente resulta atractivo para otras hembras y esto es un atractivo en sí mismo. Y no hay motivos para pensar que las hembras humanas sigan criterios más tontos.

El hombre no sólo ha de despertar el apetito sexual de la mujer. Ha de mantenerlo el tiempo suficiente para poder inseminarla y ha de proporcionarle algún orgasmito si quiere que su espermatozoide sea recibido con vítores por el útero de su compañera. Un hombre competente resulta atractivo a más mujeres, tiene más éxito reproductivo, su descendencia hereda estos rasgos y etcétera etcétera.

¿Pero cómo se aprende a ser competente sexualmente si los patrones orgásmicos femeninos varían tanto, incluso en una misma mujer?

Estudios amplios demuestran que los/as jóvenes que experimentan más antes de la pubertad, sobre todo si hay contacto genital, tienen más éxito sexual y reproductivo a lo largo de su vida. Tanto es así que, en muchas culturas, se estimula abiertamente la experimentación sexual en la prepubertad, especialmente la de los chicos, bien con compañeros precoces bien con adultos. Por sorprendente que parezca, estas sociedades raramente sufren patologías sexuales.

En las sociedades «avanzadas», por el contrario, se retrasa legislativamente el despertar sexual y se penaliza el aprendizaje temprano. Sin embargo las patologías, la insatisfacción femenina y los delitos sexuales no paran de aumentar. ¿Seguro que todo va bien?

ME LLAMAN MALA PERSONA

Unos ruidos de hojarasca alegran el silencio de un bosque cruzado por un río. Juguetona, una osa y su retoño de pocos meses saltaperican y se revuelcan sobre la tierra húmeda, dejando escapar gozosos ronroneos de vez en cuando. De pronto, la madre detiene bruscamente el rifirrafe y estira el hocico hacia el cielo: ha olido una presencia. Rápidamente intenta proteger a su hijo pero, antes de poder dar una indicación, un enorme oso se abalanza sobre ellos. La hembra quiere atraer hacia sí la violencia del macho, mas éste tiene demasiado claro cuál es su objetivo: la cría. A pesar de las embestidas de la hembra, el cuadrúpedo consigue agarrarla por el cuello. Sus afiladísimos dientes se convierten en un cepo del que el osito, descuartizado y sanguinolento, ya no podrá escapar. Cuando la bestia haya terminado con él, intentará aparearse con la hembra. Y ella probablemente aceptará.

Es duro, ¿verdad?, pero no cruel. Si quieren saber lo que es crueldad —violencia innecesaria—, lean: un individuo acaba de ser detenido porque se ha descubierto ahora que, hace cuatro años, asesinó a su mujer y a su hijo. Al decir de una familiar de la víctima, el sujeto, autoconvencido de que el hijo que esperaban no era suyo, rajó la barriga de su cónyuge, a punto de dar a luz, extrajo a la criatura, la mató en presencia de la madre y, después, la mató a ella, la descuartizó y enterró sus restos en cuatro municipios distintos.

¿Qué diferencia al macho oso del macho humano?

El infanticidio es una práctica habitual entre muchos mamíferos y algunos primates: los machos matan a los cachorros que pueden haber sido engendrados por otros machos, y abandonan a las hembras. ¿El objetivo? Aumentar las posibilidades de transmitir los genes propios a la siguiente generación y, de cara al futuro, eliminar posibles competidores. De hecho, los celos y la cólera son mecanismos biológicos que «ayudan» a los machos en estos comportamientos.

Pero, ¿para qué evolucionaron tácticas y mecanismos tan destructivos? Pues parece que para *evitar la competencia entre espermias* en especies cuyo natural es elegir, entre varios, los mejores genes para la propagación. La mayoría de las hembras de estas especies no muestran interés por el sexo cuando están preñadas, ni pueden concebir mientras amamantan. El infanticidio renueva el ciclo menstrual y la fertilidad, de lo que el macho, lógicamente, se aprovecha.

En nuestra especie, sin embargo, hace mucho mucho que la evolución tomó una dirección distinta. La primatóloga Sarah Hrdy sugiere que la prehistórica capacidad orgásmica de la mujer ya intervino en defensa de los bebés: si los pre-hombres eran

tan brutos como para matar a las crías con tal de recibir atención sexual, la expectativa de obtener placer permitía a las hembras aparearse durante la preñez o la lactancia. En consecuencia, estar dispuestas para el sexo en cualquier momento defendía a las crías del homicidio.

Otro biólogo, John Alcock, aporta un punto de vista más. Al igual que todos los estudiosos, piensa que el orgasmo femenino ha sido clave en la evolución de la especie humana pero, en concreto, que ha sido decisivo en el aumento de los cuidados paternos: un hombre al que le preocupa si su compañera alcanza o no el orgasmo se preocupa también de los hijos.

Así, y desde entonces —cientos de miles de años, que tampoco fue ayer—, hemos aumentado nuestra masa cerebral, habilidades y potencialidades; hemos desarrollado conciencia y lenguaje, estructuras relacionales y afectivas. Y, con estos cambios, la maldad predatoria, el homicidio, la violación o el infanticidio se han hecho innecesarios aunque, es evidente, todavía se dan entre nosotros. La diferencia entre oso y humano es que para el primero estas conductas *todavía* son necesarias y, por consiguiente, no hay crueldad.

El caso del asesino pillado nos aclara la diferencia. Por eso no tiene excusa. Habrá quien se acoja a la idea de que este sujeto es un perturbado dominado por los flecos de una irracionalidad «natural» resistente a los cambios. Nada más lejos de la verdad. Si fuera un demente, efectivamente, se le podría perdonar. Pero tuvo la sangre fría de ocultar cuidadosamente su delito (hay, por tanto, consciencia), de chulearse ante unos amigos y, además, de presentarse en el programa de televisión «Lo que necesitas es amor» (o algo así) pidiendo matrimonio a otra mujer. Es, por tanto, un semi-demente traidor que no merece perdón.

A menos, claro, que un civilizado juez dictamine que hubo provocación.

ÉL LLEGÓ EN UN BARCO...

Treinta y tres individuos jóvenes de la especie humana, etnia magrebí, han ocupado un pequeñísimo hábitat de una isla del noroeste africano llamada Fuerteventura. Debido a las rudas condiciones naturales y políticas de su lugar de origen, y arriesgando sus vidas en el trayecto, se han desplazado un poco más allá en busca de supervivencia y recursos. La etnia que ocupa mayoritariamente la ínsula, de la misma especie, ha acogido solidariamente al grupo extraño y todos cooperan para lograr una convivencia pacífica. ¿Todos? ¡No! Una patrulla de jóvenes machos locales, alentada por las arengas de un adulto viejo y armada con piedras, palos y cuchillos, ha agredido a los extranjeros, con la excusa de que los magrebíes trataron de relacionarse con «sus» mujeres.

Los humanos compartimos con los chimpancés rasgos genéticos, comportamientos y la anatomía masculina, que parece haber evolucionado así debido al condicionante de la competencia espermática. Tanto es así, que las Ciencias de la Vida estiman que el comportamiento sexual de los chimpancés se parece al de nuestros antepasados bastante más de lo que nos gustaría admitir.

Michael Ghileri es un antropólogo estudioso de los chimpancés africanos, concretamente de las formas esenciales de su comportamiento psicosexual. Él ha observado dos cuestiones de sumo interés para la comprensión de nosotros mismos, a saber: 1) los chimpancés son sexualmente muy abiertos, dándose la particularidad de que las hembras se aparean con los machos emparentados entre sí... ¡y ellos no se cabrean!; 2) a pesar de que durante mucho tiempo se les tuvo por seres tranquilos, los machos patrullan su territorio y pueden ser sorprendentemente agresivos, llegando incluso a matar a los chimpancés extraños al grupo.

En relación al primer punto, Ghileri ofrece una interpretación neodarwiniana: la aptitud masculina para compartir hembras favorece al grupo, debido a que muchos machos son familia y comparten genes. En relación al segundo, afirma que los chimpancés machos expanden su territorio para conseguir alimento... ¡y hembras! ¿Pero qué tiene que ver esto con las criaturas elegidas de Dios?

Al igual que otros muchos estudiosos, Ghileri piensa que, como los chimpancés, los primeros hombres también se agruparon en bandas familiares para matar a otros genéticamente extraños y para obtener, además de territorios, hembras genéticamente distintas. De este modo, pues, la inclinación humana hacia el racismo y el sexismo tendría elementos genéticos, que se confirman en comportamientos como la violación y el pillaje en tiempos de guerra, en que bandas de hombres emparentados asesinan a los rivales y violan o se casan con sus mujeres e hijas.

De ser cierta la teoría sociobiológica de Ghileri, significaría que la tendencia a odiar al extraño estuvo activa en fases tempranas de nuestra evolución y que «permitió» a los primeros *Homo sapiens* sobrevivir a los homínidos contemporáneos. Y la lectura genetista explicaría lo que la cultural o económica no pueden: que comportamientos tan odiosos como la violencia xenófoba persistan entre algunos individuos de *todas* las sociedades actuales, o que *todos* sintamos xenofobia a poco que las condiciones nos parezcan amenazantes.

Pero hay más: otras observaciones revelan que chimpancés hembras, monas rojas y macacas practican la xenofilia. Esto es, que les gusta aparearse con desconocidos y que es un factor clave en la elección de pareja, sobre todo cuando se trata de una infidelidad. Y lo hacen incluso cuando el recién llegado es de rango inferior al de los machos del grupo. El criterio es que, si dos machos satisfacen por igual a una hembra, ella seguramente preferirá al desconocido. ¿Por qué?

Básicamente por dos razones: a) porque si el nuevo macho llega a ocupar una posición de poder en el grupo, ella y su descendencia se verán favorecidas; y b) porque la variedad genética es clave en la evolución, y ésta está, a su vez, encarnada en las hembras, por lo que es su naturaleza promoverla.

En este sentido las mujeres nos comportamos como primates típicos y, probablemente, por las mismas razones: ¿Conocen casos de agresión xenófoba o racista en los que hayan participado mujeres?

Lógicamente, el conocimiento de la genética del comportamiento prehistórico no excusa vilezas actuales. Mas bien al contrario, nos ayuda a encontrar remedios radicales (de raíz) para mejorar culturalmente. Uno de ellos sería, propongo, dejar de llamar racismo al racismo; la raza humana es una sola, y sus variedades, etnias. Llamémosle, en todo caso, *etnismo*. Y otro, que podríamos sufragar entre todos por una módica cantidad: mandar al lengualarga gorilón de las dunas a la Universidad. En un tarro bien cerrado llenito de formol.

CARIÑO, ¿DE QUÉ ES ESTA MANCHA?

Tenía una erección tan grande que apenas podía moverse. En realidad parecía que le dolía más que le gustaba, y se hubiera provocado rápido alivio de no ser porque no podía dejar de mirar y desear las formas de ella, que se mostraba ante sí rotunda, caliente, con el trasero bien levantado gimiéndole sexo.

La habría embestido hasta desaparecer, la habría arañado, le habría mordido el cuello y habría chillado el clímax al mismo tiempo que ella para que la vida tuviera constancia de su entrega. Pero estaba atrapado: todo su cuerpo iba convirtiéndose en pene, la sensibilidad crecía y sólo quiso estallar cuando ella se le acercó sumisamente para que la penetrara. La convulsión le hizo pegar tales saltos que su ama se asustó y le despertó por si ocurría algo grave.

El gato no dio las gracias. Con su habitual desdén, abandonó la alfombra calentita y se alejó de su entrometida dueña.

Los machos humanos no son los únicos que eyaculan espontáneamente mientras duermen. Se sabe de gatos y de ratas y, aunque no hay constancia documental, se cree que le ocurre a la mayoría de los mamíferos, sobre todo durante la pubertad.

Uno de cada cinco hombres tiene su primera eyaculación inesperadamente. Normalmente ocurre durante un sueño erótico, pero a algunos, pobrecitos míos, les pasa estando bien despiertos y en público, porque, a esa edad, cualquier cosa se convierte en desencadenante: da igual que sea por ponerse nervioso en clase que por ver a la abuelita recogiendo algo del suelo.

El caso es que, después de algunas vergüenzas incontrolables, lo normal es que las eyaculaciones espontáneas ocurran en privado, durante el sueño y hasta los veinte años, más o menos. El cuerpo de los adolescentes está programado para eyacular — atención encargados/as de cambiar las sábanas— *un mínimo* de 3 veces por semana; en el caso de que no haya habido relaciones sexuales (que casi nunca las hay) o masturbación (que siempre la hay, pero para este artículo vamos a imaginar que tiene las manos escayoladas, ¿vale?), el jovenzuelo tendrá poluciones nocturnas con toda seguridad, porque éstas tienen el mismo fin que la masturbación.

Una vez traspasada la adolescencia es más difícil que los episodios húmedos tengan lugar, a pesar de que, invariablemente, los hombres sigan teniendo erecciones nocturnas y sueños eróticos, *cada noche*, durante la fase más profunda del sueño.

En este sentido, la leyenda de que los hombres *siempre* están pensando en el sexo, se encarna en una constatación: ni siquiera enfermos dejan el sexo de lado porque, durante las gripes o las fiebres altas, los espermatozoides se deterioran y deben salir

de su prisión corporal. ¿Y cuál es la manera natural de escapar? ¡Pues provocando que su portador sienta ganas de masturbarse! De no haber ocasión (los enfermos casi siempre están acompañados) o fuerzas, el cuerpo forzaría un sueño erótico... y otro cambio de sábanas.

Dicen las teorías biosexuales, actualmente tan conscientes del *activísimo* papel de las hembras, que las poluciones nocturnas en los hombres se interrumpen cuando empiezan a dormir —aunque sea de vez en nunca— con una mujer, y que es ésta la que dirige los cambios en la función del sueño húmedo, pasando de ser un refuerzo eyaculatorio a convertirse en acontecimientos esporádicos.

Claro que también hay observadores vocacionales que afirman que la erección nocturna de los adultos se debe a las heces que se acumulan durante la noche en el último tramo del colon, estimulando la próstata. De ser cierto, tal mecanismo explicaría la exhibición canora de los reclutas que, me cuentan, se oye en los cuarteles cada despertar: «Todas las mañanas / cuando me levanto / tengo la pilila / más dura que un canto».

Puede parecerles una bobada, pero me da que esta teoría casera, que relaciona caca con eyaculación, también explicaría tres cuestiones más: a) el hecho de que casi todos los chicos se encierran en el baño tanto tiempo que parece que estén intentando memorizar la Enciclopedia Británica; b) que, para obtener pruebas de semen, los urólogos estimulen la emisión desde atrás; y c) que algunos hombres piensen que esa posibilidad no debe ser exclusivamente médica y la reclamen para su vida íntima.

Lo cierto es que, sea por poluciones o por masturbación, la frecuencia con que un hombre se deshace de sus espermatozoides da pistas cruciales acerca de sus planes sexuales. Por eso desaparecen las eyaculaciones espontáneas en cuanto hay compañera, y por eso es tan importante mantener en secreto cuándo se masturban. Pero han sido descubiertos. ¿A que les cuento la próxima semana?

¡DIME EN QUIÉN ESTÁS PENSANDO!

Seguro que han visto este documental: Una pareja de fieles monos busca alimento. Aunque van juntos, de vez en cuando se alejan un poco el uno del otro para capturar las tentadoras frutas que cuelgan de los árboles. Otros miembros del grupo también comen, juegan o se despiojan alrededor. Como quien no se da cuenta, uno de los jóvenes va acercándose por detrás a la hembra de la pareja, mientras vigila con la mirada los pasos del entretenido macho.

Si no lo han visto es difícil de creer, pero lo que sigue es tan cierto como tronchante: el mono joven ya «padece» una erección que oculta al macho astutamente dándole la espalda, pero no así a la hembra a la que, cada vez que el macho adulto deja de mirar, toca en el hombro con una mano mientras se masturba con la otra. Aparentemente la hembra no presta caso, pero tras cinco o seis «llamadas», y en un visto y no visto, la fiel hembra acepta la proposición y copulan protegidos por los ramajes.

Todo era de esperar, ¿verdad?. Excepto una cosa: la masturbada. ¿Qué función cumplió?

Hay algo que la antropología y la biología han descubierto: la vida sexual de un hombre consigo mismo es tan aburrida (los expertos la llaman *rutinaria* por cortesía) como suele serla con una compañera. La práctica masturbatoria, por tanto, se rige por unas pautas muy fáciles de seguir: a) o intenta evitar la guerra espermática manteniendo el útero de su compañera entretenido con unos espermatozoides sanos, o b) está preparando una infidelidad. Pero me explico.

Todos los hombres —y muchíísimos animales: ciervos, jirafas, ratas, elefantes, ballenas, puercoespines...— se masturban, aunque la frecuencia depende, básicamente, de la edad y de la frecuencia con que eyaculan por otros medios (coito y sueños húmedos). Contra lo que se ha creído tradicionalmente, la masturbación no es una sustituta del coito, sino «otra» manera de deshacerse de los espermatozoides. Pero una manera *que permite adaptar* la próxima eyaculación a circunstancias previsibles. Y aquí entramos en materia.

Aunque automático, mecánico y sin sutilezas, el cuerpo masculino también tiene su cerebritito, a qué negarlo, y ha aprendido a distinguir las eyaculaciones provocadas por la masturbación o por el coito, porque, lectores míos, no es lo mismo: el coito tiene el diáfano destino de perseguir la fecundación y, por consiguiente, factores como si la pareja es ocasional o fija, el tiempo transcurrido desde la última inseminación o la posibilidad de participar en una guerra espermática, influyen decisivamente en la cantidad y calidad del semen emitido.

La masturbación, por su parte, no tiene finalidad fecundadora, y el único factor que tiene en cuenta el cuerpo masculino para masturbarse es el tiempo transcurrido desde la última eyaculación. Los espermatozoides envejecen, se deterioran y pierden su fertilidad cada cierto tiempo. Sin embargo, los hombres —los machos— *deben* disponer permanentemente de ejércitos espermáticos sanos, vigorosos y en periodo fértil para poder afrontar con cierta posibilidad de éxito cualquier oportunidad reproductora que se les ponga entre pierna y pierna.

La masturbación, pues, es un mecanismo que «actualiza» y prepara las columnas de espermatozoides fecundadores, pero ¿en función de qué?

Pues de las expectativas refocilonas que albergue el sujeto: si es joven y/o no tiene pareja, estará fijo pegado porque, ya saben, en esas circunstancias *siempre* están esperando que ocurra el milagro. Si está emparejado, lo más probable es que ya esté inmerso en el fascinante universo del sexo rutinario; en estos casos, las parejas —normalmente— han adquirido costumbres horarias para el sexo (el sábado *sabadete*), por lo que la masturbación renueva *rutinariamente* los espermatozoides que han de inyectar a sus compañeras para mantenerles el útero ocupado. Lo corriente es que un hombre sienta ganas de masturbarse *dos días antes* de mantener relaciones con su compañera, que es el tiempo ideal para «fabricar» espermatozoides nuevitos y dinámicos.

Pero lo más divertido es cuando se está oliendo la posibilidad de una infidelidad. Entonces el onanismo, aun teniendo la misma función, activa alborotadamente la vida sexual del hombre, provocando cambios en sus hábitos que, ¡oh, mundo caótico!, no se basan en las certezas, sino en las expectativas. Sin embargo, si pudiéramos seguir por un agujerito las pautas masturbatorias de un hombre ilusionado, podría vaticinarse casi con exactitud el momento en que nos van a poner los cuernos. Por eso es tan importante mantenerlas en secreto.

Pero también hay más razones para el secreto, que no tienen que ver con las mujeres sino con la competencia entre los propios hombres.

¿Quedamos para contarnos?

Quedamos.

¡TE QUEDARÁS CALVO, SO GUARRO!

Hay algo aún más divertido que la masturbación masculina rutinaria y sus transparentes pautas: el secreto con que los hombres gustan de envolver tan sana y jacarandosa práctica.

Dado que la masturbación tiene la función de renovar los espermatozoides para que los ejércitos estén jóvenes y fértiles en todo momento, es comprensible que un hombre emparejado prefiera ocultar sus planes a su compañera si está preparando una infidelidad. No por cobardía, no, sino porque morir rajado por un pelapapas tiene poco *glamour*.

Pero a lo nuestro, que la cuenta de la vieja no engaña: si un hombre tiene previsto cometer cuernos, aumentará la frecuencia de sus clandestinos encuentros con Onán; por el contrario, un descenso en su rutina masturbatoria, de conocerla, alertaría a la compañera: podría significar que ya está inyectando sus genes en otra persona y que no necesita de la masturbación para fabricar nuevos espermatozoides.

Pero no siempre la situación es ésta. Es decir, que no siempre los hombres están emparejados y *que casi nunca*, je, je, aberrunta infidelidad. ¿Por qué, entonces, interesa a los hombres ocultar cuándo se masturban?

El rechazo social a la masturbación y la hipocresía sobre su práctica son tan antiguos como los insultos y los términos ofensivos que la describen. Y no sólo en la cultura judeocristiana, ¿eh?: la mayoría de las culturas y religiones disponen de una refinada batería de amenazas destinada a lograr que los hombres no se masturben o que, al menos, no lo digan. Y dado que en la mayoría de esas culturas son los propios hombres los que han establecido las reglas y normas sociales, no es desatinado pensar que hay un interés intrínsecamente masculino en el secretismo que rodea la masturbación. Veamos por qué.

Si un hombre da a conocer su patrón de masturbación, no sólo su compañera —de tenerla— tendría claras ventajas sobre él y sus planes sino, lo que es más grave, *otros hombres también*. Esto quiere decir, por ejemplo, que si nuestro hombre aumenta repentinamente el número de sus masturbaciones y *otros lo saben*, también sabrán que está previendo una infidelidad ¡y que podría ser con cualquiera de sus compañeras! ¡Aaaamigo, y eso sí que no!

Pero hay más: aunque nos parezca una aberración insoportable, la hipocresía se activa por este mismo motivo, de tal manera que podríamos decir que, más que aberración, la hipocresía es un mecanismo de defensa. Pero vamos a ver si consigo explicarlo bien, que esto de ponerse en cabeza masculina conlleva serias y arriesgadas dificultades, ustedes ya me entienden.

Bueno. La masturbación es una táctica que permite al hombre afrontar con ventaja la carrera hacia el éxito reproductor a través de la competencia espermática,

ya que, si se planifica bien, podrá presentarse a las guerras de espermatozoides bien armado. Por tanto, un varón obtendrá máximos beneficios si se masturba pero, sobre todo, *si disuade a otros hombres de hacerlo*. En este sentido, la crítica o la discriminación a quien se masturba (aunque quienes critiquen también lo hagan) es una estrategia en sí misma, pues con ella se intenta eliminar competidores.

¿El resultado? Fácil: quien disponga de un ejército joven y vigoroso tendrá más éxito reproductor que quien disponga de uno que pide naftalina a gritos. Y no hay que olvidar el aspecto erótico, tan importante en la reproducción: un hombre que se masturba sin temor al castigo eclesiástico seguro que tiene una sexualidad más gozosa, y quien tiene una sexualidad gozosa contará con las preferencias de la dama candidata a ser inseminada, porque no hay que ser Cicciolina para saber que es mejor un tío que te deja pegada al techo que un sieso puritano, por muy decente que sea.

Pues, mis niñas, esta es la explicación que está dando la biosocio- antropología a la masturbación masculina. A mí me resulta convincente, pero ya saben lo que pasa con los descubrimientos científicos: que se convierten en mitología a poco que pestañees. Aunque si el asunto les interesa y quieren saber algo más, lo mejor es hacer investigación propia: actualmente se venden unas minicámaras fácilmente instalables en el baño, a precios baratíísimos y que no se notan nada nada.

¡¡¿CÓOMO QUE YA ESTÁ?!!

El «acentor común», una variedad de pájaro pequeño, tiene fama de ser el arquetipo de la monogamia. Bien. El biólogo Robin Baker cuenta que, en cierta ocasión, pudo observar a una pareja de «acentores» picoteando trocitos de comida, de aquí para allá, en una zona de césped. Cuando llegaron a un arbusto, el macho se fue hacia un lado y la hembra hacia otro pero, *pero*, en cuanto el arbusto la ocultó totalmente de su compañero, la hembra voló hacia una zona de vegetación espesa y allí copuló con un macho que la esperaba escondido. Con la misma velocidad con la que había ocurrido todo, volvió «volando» a la zona donde su compañero podía verla y, no es broma, se puso a silbar como si no hubiera pasado nada.

Las condiciones ambientales y culturales que envuelven la práctica del sexo «hacen» evolución, a pesar de los riesgos que normalmente conllevan. Pero, frente a los desarrollados y conscientes hombres, el resto de los machos disponen de una ventaja: ninguna hembra acusará nunca a su compañero sexual de fornicar demasiado rápido.

Que no salga de Europa, por favor, que lo que les voy a contar pertenece a la hermandad femenina y me puede caer un coscorrón por deslenguada. Pero verán: en la sexualidad masculina hay dos nudos que, de puro divertidos, han facilitado la liberación femenina, a saber: 1) el tamaño del pene de nuestros hombres; y 2) la eyaculación precoz.

Del primero, la mayoría de las mujeres «hétero» —yo la primera, las cosas como son— nos hemos reído hasta dolernos las mandíbulas. Básicamente porque, en contra de lo que ellos creen, no hay rencor sino todo lo contrario: ganas de mejorar la vida banalizando *un complejo masculino* muy tonto. «Dos de cada tres hombres creen que tienen el pene pequeño... y uno no lo confiesa», dicen las estadísticas. En plena batalla contra el falo y sus derivaciones socio-político-religiosas, díganme: ¿cómo íbamos a desaprovechar tan tronchante ocasión? Bien.

A la «eyaculación precoz», sin embargo, es mucho más difícil tomarle el pelo porque la han convertido en enfermedad, y está feo hacer risas en público sobre un «enfermo», así que nos reímos cuando no hay hombres delante.

¡Fuertes brujas!, *me* estarán ustedes pensando ya. Pero no — estoy convencida— y me explico.

Muchos (muchos) hombres se preguntan en soledad, pobrecitos míos, si la duración de su potencia eréctil «será suficiente», y muchos (muchos) temen los encuentros sexuales — incluso con sus compañeras habituales— porque creen «que

se van» demasiado rápido y que «no cumplen» satisfactoriamente. Efectivamente, la duración de su potencia eréctil suele ser insuficiente, se van demasiado rápido y no cumplen. Esta vez, sin embargo, no es un complejo lo que nos da pie para la risa y el cotilleo, sino la constatación de una realidad. Una realidad que, como la misma medicina dice, la mayoría de las veces no tiene orígenes orgánicos, luego no es enfermedad.

Entonces, ¿qué es lo que hemos visto las mujeres que nos impide dramatizar la eyaculación precoz?

Pues mis niñas y mis niños, La Naturaleza y, en concreto, la naturaleza del sexo reproductivo. Porque —aféenne si no es verdad—, a poco que observemos, se da una cuenta de que la urgencia fornicadora y la rapidez en la inseminación son factores crucialmente ineludibles para la reproducción masculina. «La vida», en los animales, es el conjunto de oportunidades reproductivas aprovechadas (como muestra el ejemplo zoológico de arriba), y lo demás son constructos alucinados de la conciencia humana.

Pero ocurre que aquí, Houston, tenemos un «evolutivo» problema: las mujeres necesitamos un tiempo erótico-sexual y una atención mayor que el de los hombres para que el sexo ¡y el amante! sean objeto de cariño y de deseo perdurable.

Y vale que la erótica masculina padezca de «urgencia»; vale que ellos «son» rápidos porque su esperma les obliga y blablablá; vale que la potente y abundante energía cósmica les haya pasado de largo, vaya por dios; incluso vale que, *a veces*, el polvete rápido también tiene morbo para las mujeres porque, a menor cortejo, mayor deseo y eso es muy rico y tal... ¡¡Pero es que todos se duermen después del primero!! ¡Y cuando resucitan de su sobada, en lugar de atendernos, ponen cara de eyaculadores precoces porque saben que nadie se enfada o se burla de «un enfermito»!! ¡Ni hablar! En estos casos, todas sabemos que la «eyaculación precoz» es en realidad, y sin compasiones biologicistas, una mezcla de mala educación, egoísmo narcótico y eyaculación única que hay que sacudirse de encima. Y, con sinceridad, díganme: en plena batalla contra el falo y sus derivaciones socio-político-religiosas, ¿ustedes hubieran desaprovechado la ocasión?.

¿LLEVARÁS NEGRO POR MÍ?

Las babuinas son monas que colorean tanto su rostro y su cuerpo para anunciar el periodo de ovulación, que ningún caso interesó y dejó más perplejo a Darwin. «Me parece probable», escribió Charles, «que esos colores brillantes, ya aparezcan en el rostro, en los cuartos traseros o en ambos, como en el caso del mandril, sirvan como ornamento y atracción sexual».

Sin embargo, las primates actuales —nosotras— no conservamos hinchazones corporales, coloraciones ni signos de disponibilidad reproductiva. La biología moderna sostiene que nuestras antepasadas directas eliminaron estas señales para evitar a los machos platas cuyo único interés residía en aparearse, escaqueando los vínculos emocionales de pareja o paternidad.

Es evidente que nuestros cuerpos ya no «avisan» del estro. Pero es muy probable que, psicológicamente, sigamos necesitando de algunas señales porque, si no es así, ¿qué sentido tiene que las mujeres admitamos, casi siempre a petición de nuestros hombres, lucir lencería y cuero?

Lynn Margulis es, si se me permite la vehemencia, la figura más eminente de la biología contemporánea. Su elegantísima teoría sobre La Vida, expuesta en varios libros imprescindibles, ha dejado boquiabierto a la comunidad científica por su fina intuición científica y por su brillantez expositiva pero, sobre todo, por su incontestable visión holística. Y dado que —confieso— no consigo entender ni moco de las motivaciones profundas del asunto este del cuero (¿seré ya *demasiado* moderna?), me remito —les remito— a lo que piensa tan *evolucionadora* mujer.

Lynn dice que «la gente puede iniciar la vida como bebés vulnerables pero, después de haber pasado por la pubertad, el joven adulto surge más bestial, más física y quizá también más mentalmente parecido a un mono. El adolescente pierde el contacto con lo que quizá sea más humano: su desnudez, su apertura infantil, su inocencia expuesta. El vello púbico y del sobaco acercan más al joven a la apariencia física de los mamíferos salvajes; sucede con frecuencia que la aparición de un nuevo interés por la moda en el vestir, por aparecer sexualmente más deseable, coincide con la tímida entrada del ser humano en la edad adulta».

Pero ¿cómo se produce el desplazamiento de las señales del estro (tan físicas ellas), al *gusto* (tan psíquico él) por el maquillaje, el tinte o el «guonderbrá»?

Lynn dice que «la pérdida del estro se vio transportada desde el cuerpo a la mente, desde la fisiología de las mujeres que entraban cíclicamente en celo, a la conciencia de las mujeres que elegían cuándo querían estar más atractivas». Y que, de hecho, «existe una extraña similitud entre la hinchazón y los brillantes colores de las

partes inferiores de las monas con estro, y los ajustados pantalones de color rosado de una prostituta callejera, que mantiene el trasero ligeramente levantado, no de modo momentáneo, como hace la hembra del chimpancé para inducir al macho a montarla, sino durante toda la noche, gracias a su ajustado pantalón de cuero».

¡Ajá! ¡Y aquí quería yo llegar!: el encaje y el cuero. ¿Qué tienen que ver con nuestra sexualidad ancestral? ¿Cómo aparece el fetichismo? ¿Por qué estos materiales y no otros?

Lynn dice que la mejor explicación del fetichismo es un mal funcionamiento psicológico en el desarrollo de los niños que no han estado debidamente expuestos al «objetivo» sexual evolutivo, esto es, a la visión de los genitales de la mujer. Glen Wilson, psicólogo familiarizado con el comportamiento animal, apoya la tesis: «Si no se ven las partes pudendas de la mujer, los niños no pueden fijar la impronta sexual natural y la sustituyen por artificios como los zapatos de tacón alto (fácilmente visibles desde el nivel de visión de un niño), por la ropa interior o por el material húmedo, brillante o con pelo (reminiscentes del pubis de una mujer)».

En relación a esto último, Lynn explica la atracción por el cuero: «En las sociedades ganaderas bebedoras de leche, los niños habrían visto, tocado y olido el cuero con mucha frecuencia. El ganado ha formado parte del desarrollo de nuestra especie. (...) El gusto generalizado por los objetos de cuero no se diferencia tanto de la fetichización del cuero en una relación sexual dominante/sumisa. En ambos casos hay algo ligeramente bestial, como si nuestra larga relación con las vacas nos hubiera infectado con su imagen».

En realidad, pues, y en ausencia de una verdadera imagen de la mujer/madre, el fetichismo humano por el cuero, según Lynn, puede terminar resultando útil porque, agárrenseme, «solidifica los lazos humanos con el ganado, en aquellas sociedades ganaderas que se alimentan de los productos del ganado, como la leche, la mantequilla, el queso y la carne».

Sigo sin poderlo entender. Pero lo dice Lynn.

¡LAS MUJERES Y LOS NIÑOS PRIMERO!

Es primavera: los pajarillos cantan y las nubes se levantan. En las vegetaciones bajas de prados y jardines se detecta una incesante actividad. Una de las familias de insectos más evolucionadas y complejas, desde el punto de vista del comportamiento, planifica su supervivencia.

Organizada en sociedades con estricta división en clases, produce individuos diferentes especializados en funciones diversas: las reinas, para reproducirse; las obreras, hembras estériles, para llevar a cabo las labores de mantenimiento del grupo; y los zánganos, para fecundar los huevos.

Sin embargo, los machos no son «necesariamente necesarios» en la reproducción sexual: muchas, muchas especies de insectos, reptiles, peces, plantas, y hasta mamíferos, les han eliminado, convirtiéndose en partenogénicas, esto es, en especies compuestas sólo por hembras.

Me llamarán mala persona, lo sé, pero ¿a que ustedes ya se están preguntando lo mismo?: ¿Son realmente necesarios los hombres?

La palabra zángano tiene otra entrada en el diccionario, que ha aportado alegría a la batalla entre los sexos: «Hombre holgazán que se sustenta con el sudor y trabajo ajenos». La de veces que hemos podido utilizarla pero, las cosas como son, no es del todo justo. Más bien al contrario, lo que ocurre es que, al igual que los machos de abejas, avispa y hormigas, los hombres tienen funciones tan, tan específicas y reducidas que si la evolución les eliminara no se notaría nada pero, mientras existen, el esfuerzo vital de las hembras es mucho más llevadero.

La vida es femenina. La aparición, continuidad o metamorfosis de los organismos vivos complejos depende, primordial e indisociablemente, del género femenino, de sus órganos preparados para la reproducción. El género masculino es, digamos, una especialización, que no fue necesaria hasta que apareció el sexo meiótico como forma de generar individuos con genes procedentes de más de un progenitor.

El sexo meiótico se inició con los protistas, unos organismos descendientes de las primeras formas de vida, las bacterias. Éstas comenzaron a reproducirse, por fusión o canibalismo, intercambiando sus paquetes genéticos. Pero sus núcleos —y todo su equipaje: ADN, nucleolos, mitocondrios y cloroplastos— quedaban duplicados. La meiosis «reduce» esta duplicación cromosómica y devuelve a las células el número perdido. Los humanos pertenecemos a este linaje de protistas, aunque son óvulos y espermatozoides las únicas células afectadas por la meiosis. El resto conserva dos juegos de genes y la capacidad de replicarse o reproducirse por otros medios, por lo que, es obvio, gracias a la meiosis tuvo lugar la aparición y mantenimiento del género

masculino, que aporta únicamente su propia especificidad.

La aparición se puede entender, la vida es puro azar y no tiene propósitos concretos. Pero, sabiendo que han existido, existen y existirán especies partenogénicas, ¿para qué mantener el género masculino, con lo costoso que resulta en términos de energía cósmica?

Tengo un amigo que dice que los machos sexuados no son sólo un saco espermático y que, en concreto los superiores, son necesarios porque tienen un *importantísimo* empleo subsidiario: el de defensa de las hembras y de las crías —La Vida— y que, por ello, son incluso capaces de sacrificar sus vidas. Y es verdad. El título de este artículo da pistas: los machos se han especializado en «protegernos». ¿Pero de qué?

La bio-socio-antropología moderna nos confirma que existen dispositivos conductuales intrínsecamente masculinos, que se han ido desarrollando *para* proteger «el nido» de riesgos y agresiones. En este sentido, y según la genética reduccionista furibunda, la territorialidad, los celos violentos, las luchas, las guerras, las violaciones, el pillaje, el asesinato, el canibalismo, el infanticidio serían *conductas necesarias*, por lo que se colige necesario el género masculino.

Pero, digo yo, ¿no son *las conductas necesarias*, en realidad, los verdaderos «riesgos» para madres y crías?

De no existir los hombres, ¿existirían esos riesgos?

Y, aun existiendo éstos u otros peligros —o ninguno— ¿son los hombres *necesarios* o no?!

¡Vaya! Me he quedado sin tabaco. No se muevan de ahí, vuelvo enseguida.

¡¿PERO QUÉ LE HAS VISTO?! (1)

Estamos en Australia. Un ave poco vistosa, llamada pergolero, trajina incansable en un claro del bosque: seguro que, éste, será el año de «Su Reproducción». Pero antes debe causar buena impresión: sobre un pequeño territorio ha construido varios túneles sin techo, conectados entre sí y orientados en dirección norte-sur para que la hembra pueda inspeccionar su trabajo con comodidad. Dentro, el suelo reluce de puro limpio; unas ramitas finas, cuidadosamente amontonadas aquí y allá, parecen mullidos sillones; algunas plumas de colores decoran el ambiente, jugando con la luz; mezclando su saliva con unas bayas azules ¡ha pintado las paredes!... Fuera, «en el porche», un ramillete de flores da la bienvenida a la hembra; conchas de caracoles, frutos, cristales, plumas, piedras o huesos son combinados mimosamente para crear una puesta en escena espectacular a la que no le falta ni la banda sonora: su propio canto.

¿Logrará pareja después de tanto esfuerzo?

¡Quién sabe! Las hembras son tan caprichosas... Pero, de conseguirlo, ¿se preguntará lo mismo que los humanos?: «Entre tanta competencia... ¿por qué, por qué yo, dios mío?»

Los motivos por los que los animales sexuados elegimos una determinada pareja, y no *cualquier otra*, son tan numerosos, probablemente, como los individuos de cada especie. Sin embargo, es innegable que el «impulso de emparejamiento» es un *patrón de conducta* condicionado por el mandamiento biológico de reproducirse, que si no de qué nos íbamos a buscar problemas, ustedes ya me entienden.

La idea actual de *patrón* es el resultado de una vieja discusión entre substancia (materia, estructura, cantidad) y forma (*patrón*, orden, cualidad). En su *Crítica de la razón pura*, Kant, desautorizando la visión mecanicista de Descartes, apuntó algo definitivo sobre la naturaleza de los organismos vivos: son autorreproductores, sí, pero también *autoorganizadores*. Desde entonces para acá, las funciones biológicas, más que reflejar la organización de un solo organismo como un todo, se han ido percibiendo como la interacción de los organismos integrantes de un *sistema*.

Un sistema es «una estructura multinivel» con diferentes niveles de complejidad que opera con distintas leyes, pero que aparece «como una sola cosa», en términos de conectividad, relaciones y contexto. Una de las características clave de los sistemas es su *tendencia a configurar relaciones ordenadas*, de tal manera que las propiedades de un sistema son las propiedades de un patrón: el estudio de éste, por tanto, es crucial para comprender la naturaleza y comportamiento de un sistema vivo. Bueno.

Helen Fisher es una antropóloga que ha estudiado los patrones de la tendencia humana a la monogamia, el adulterio y el divorcio. Y ha descubierto varios, de comportamiento, que se dan durante el flirteo, durante la búsqueda, consciente e inconsciente, de pareja. A saber:

a) Respuesta al olor. Antes de que nos *demos cuenta* de que alguien nos interesa, las astutas feromonas se ponen a bullir, despidiendo a través de nuestras glándulas un inconfundible aroma propio que denuncia tanto nuestra pertenencia a la misma especie (es importante no cometer pecado con otras), como nuestra singularidad, como nuestra disponibilidad sexual. Cualquier persona en fase sexualmente receptiva se pondrá en alerta e, inmediatamente, desplegará toda la batería de recursos de atracción de que disponga, ontogenéticos o filogenéticos.

b) Activación de un «mapa de preferencias». Durante la infancia, los estímulos exteriores van cincelandando en nuestro cerebro un material que iremos convirtiendo, a lo largo del crecimiento, en «modelos» mentales de lo que nos gusta o nos disgusta, de lo que nos atrae o nos provoca rechazo. Así, en este periodo, la imagen de la pareja ideal toma forma, como también las conversaciones que nos enriquecen o las prácticas sexuales que nos excitan. Ante un estímulo de cortejo, sacamos nuestro mapa del trastero cerebral... y comparamos con el que nos ofrece la potencial víctima.

(Lo siento, el espacio no da para todo el asunto. ¿Nos vemos la próxima semana y terminamos? ... ¡Guay!)

¡¿PERO QUÉ LE HAS VISTO?! (Y 2)

¡Hola! ¡Ya estamos aquí otra vez! Me alegro de verles.

Decíamos la semana pasada que la antropóloga Helen Fisher había descubierto que, durante el flirteo (durante la búsqueda consciente o inconsciente de pareja), se dan varios patrones de conducta, comunes para todos los integrantes del «sistema vivo humano»: el primero es una respuesta inconsciente al olor; el segundo, la activación de un «mapa de preferencias» cincelado a lo largo del camino hacia la madurez.

El c) —y aquí me quedé—, es el gusto por un «modelo promedio». Éste es muy divertido, sobre todo porque es un argumento poderosísimo contra el *etnismo* o *racismo*, verán.

Desde los años setenta se realizan estudios sobre nuestras preferencias estéticas... y los resultados no cambian: los hombres tienden a preferir a las mujeres rubias, de ojos azules y piel clara; las mujeres prefieren a los hombres de piel más oscura. Pero ¡sorpresa!: a ellos no les gustan los grandes pechos, ni las mujeres muy delgadas ni con apariencia masculina; y a nosotras no nos gustan —me incluyo— los hombres tan musculosos que parecen una batata contrahecha. En definitiva, que nuestro patrón de gustos tiende al «promedio»: ni demasiado altos ni demasiado bajos; ni demasiado claros ni demasiado oscuros; ni demasiado delgados ni demasiado gordos. Todos los extremos son rechazados. De hecho, el prototipo de «cara masculina» y «cara femenina» más hermosa, seleccionadas por personas de diferentes culturas, son el resultado de una combinación de las características faciales *de todas las razas*... ¡hecha por ordenador!

Lógicamente, estamos hablando de patrones filogenéticos. En la realidad cultural e individual, como sabemos, hay gente «pa tó». Pero, a pesar de la paradoja, el siguiente patrón nos confirma la existencia de éste.

d) El embellecimiento del cuerpo. Si no gustáramos de los modelos promedio no buscaríamos nuestro embellecimiento, aunque las especificidades del ideal de belleza estén marcados por subpatrones de nuestro entorno cultural inmediato. Así, por ejemplo, en Europa no nos gustan los labios vaginales colgantes, pero a los nama del África meridional sí, por lo que las madres masajean tenazmente los labios de sus hijas, desde que son pequeñas, para lograr ese efecto decorativo. Del mismo modo se comportan otras etnias: las que ven más belleza en unos dientes limados, en unos cuellos estirados por anillos, en la gordura, en las narices perforadas o en las pieles decoradas. Pero *la belleza* es perseguida por todas las culturas.

e) Sin embargo, ojo al dato, también en la idea de belleza hay patrones comunes (¿van notando la «compleja estructura multinivel»?): las mujeres y los hombres *de todo el mundo* se sienten atraídas por un buen cutis; y por la gente limpiita; y por el

pelo brillante y sano; y por los dientes blancos; y por una personalidad viva; y, ellos, por las mujeres jóvenes, dinámicas, rollizas y de caderas anchas; y ellas por los hombres con patrimonio o pelotas en efectivo, qué le vamos a hacer.

f) Éste me encanta: el misterio. El acierto y mérito de Helen Fisher está en decir cosas *que todos sabemos que son verdad*. Así, ella asegura que «una cierta falta de familiaridad resulta esencial en el enamoramiento»... y los demás sólo podemos asentir: son muy pocas las personas que se emparejan reproductivamente con otras que han sido amigas de toda la vida porque, queridos/as míos/as, está constatado que perdemos el interés sexual por aquellos a quienes hemos frecuentado regularmente.

Y no es extraño, digo yo: para que el amor romántico aparezca se ha hecho necesario que sintamos el interés de conocer al otro *descubriéndolo*: somos organismos dinámicos, cambiantes, y por ello nos autoestima más que alguien se interese por quien estamos siendo *ahora* que por quien fuimos en el pasado. El afecto o desafecto de otra persona nos hace saber más de nosotros y de nuestra evolución que una interminable terapia psicoanalítica. Y esta potencialidad de poder distinguir «quién soy yo» de «quién es el otro», sumada a la pulsión irracional de reproducirse, nos capacitan para *ver*, más allá de lo tangible, cuál es la persona que nos interesa, biológica o psicológicamente. ¿Verdad que es bonito?

Tanto, que ahora comprendo, por fin, lo que me contestó una amiga hace años cuando, indignada por la elección sexual que había hecho, le espeté: «¡¡¿Pero qué has visto en ese tío?!! Y ella me dijo: «Pues, *exactamente*, lo que no le has visto tú».

¿POR QUÉ LE LLAMAN AMOR...?

En el siglo XII un clérigo francés escribió lo siguiente: «El amor es un cierto dolor innato derivado de la visión de una belleza del sexo opuesto, acompañada de una exagerada meditación sobre ella, que lleva a cada uno a desear por encima de todas las cosas los abrazos del otro».

Aunque sólo se refiere al amor heterosexual (siglo XII, no se olviden), la sentencia es muy poética y hasta cercana a «eso» que los humanos somos tan proclives a sentir y tan incapaces de describir.

Sin embargo, cuentan las crónicas científicas que el caso más espectacular de enamoramiento conocido no fue protagonizado por un humano, sino por un alce. Sí, sí: en 1988, en EEUU, cómo no, fue presentado un informe que documentaba que, antes de darse por vencido, este hechizado cuadrúpedo persiguió tenazmente, durante 76 días, ¡a una vaca!

¿Qué hacemos? ¿Humanizamos al romántico alce con la frase del clérigo Capellanus? ¿Le adjudicamos la famosa de Chaucer, «El amor es ciego»? ¿O quizá debiéramos revisar primero qué es «el amor»?

Hubiera dado mi peluche favorito con tal de presenciar las «señales y embestidas amorosas» que, dicen los privilegiados testigos, pudieron observar en el comportamiento del astado. Sin embargo, el hecho de que un herbívoro pueda sentir y exhibir los síntomas característicos del enamoramiento humano, sugiere, en principio, que el amor es más una manifestación física que espiritual. Mas, si es así, ¿podría cualquier organismo vivo, simple o complejo, «sentir» amor?

Una propiedad fascinante de la materia es la sensibilidad a las condiciones iniciales. Pero eso no es amor, evidentemente. Más bien parece que el amor sea una consecuencia tardía y compleja asociada a la reproducción sexual. Y la reproducción es, a su vez, una consecuencia de la 2ª Ley de la Termodinámica: «Repeticiones químicas que satisfacen una función de disipación de energía [Vida] y degradación material [Muerte] en un cosmos constreñido —desde nuestra perspectiva animal— por el flujo unidireccional del tiempo», en palabras de Lynn Margulis, organismo superinteligente.

Nosotros somos, pues, estructuras complejas de materia sensible autoorganizada *electroquímicamente*. Los organismos con cerebro localizamos en éste toda actividad «superior». En el caso humano, concretamente, en 3 secciones generales: la más primitiva, el Complejo Reptiliano, gobierna las conductas instintivas (apareamiento, territorialidad, agresividad, jerarquización social, etc.); el sistema límbico gobierna las emociones básicas (miedo, odio, cólera, alegría, tristeza, repugnancia); y el córtex procesa funciones básicas (vista, oído, habla, capacidad matemática o musical), aunque la principal consiste en integrar nuestras emociones y pensamientos.

A lo largo de nuestra historia evolutiva y cultural, hemos ido convirtiendo la instintiva atracción animal, imprescindible para la reproducción sexual, en poesía: «envolvente *sensación*», «*anestesia* de los sentidos», «*locura* incontrolable que nos arrebatara la voluntad». Pero si todas éstas son sensaciones físicas, de hecho *muy* físicas... ¿por qué adjudicamos al espíritu la capacidad de enamorarse y amar?

Me llamarán materialista, es inevitable. Pero, tan sabia como amnésicamente, las palabras que utilizamos para intentar describir el amor romántico (*sensación*, *anestesia*, *locura*, *dolor*) denuncian más la presencia activa de elementos químicos que de elementos divinos. De hecho, hay personas que aseguran no haber experimentado nunca el enamoramiento. ¿Es que padecen, pobres, el abandono —o peor: la ira— de los dioses?

Afortunadamente, no: lo que padecen es una irregularidad denominada hipopituitarismo, en la que el mal funcionamiento de la pituitaria provoca problemas hormonales (químicos, en definitiva) y, éstos, a su vez, una especie de «ceguera al amor» ¡que se puede remediar suministrando a estas personas una anfetamina natural emitida por el cerebro (la feniletilamina), implicadísima en la química del amor!

No afirmo que espíritu y amor no existan, pero qué tranquilizador, ¿no?: gracias a la química empezamos a comprender, por fin, lo que *realmente* son; y, gracias a la farmacopea, podemos remediar los problemas que suscitan.

Claro que habrá quien se escandalice por hacer apología de la química y la farmacopea. Pero mientras dioses y psicólogos no ofrezcan servicios mejores y con menos efectos secundarios...

¿PARA SIEMPRE, *SIEMPRE*?

¿Verdad que las cigüeñas son entrañables? No sólo se ocupan de perpetuar su especie, sino la nuestra: el puritanismo humano ha puesto en sus alas la responsabilidad de «traer», también, nuestras crías. Desconozco por qué, exactamente, nuestra imaginación eligió estos animales para defenderse de la molesta curiosidad de los nenes, pero no me extrañaría que fuera por la fidelidad que exhiben, verán:

Fielmente, cada primavera las cigüeñas reaparecen para aparearse; fielmente, regresan al mismo nido que abandonaron la temporada anterior; fielmente, el macho, primero en llegar, prepara el nido; fielmente, puede incluso espantar a una hembra lagarta que suspira por su pico; cuando vuelve la hembra, fielmente, se hacen reverencias y frotaciones en señal de cortejo como, ¡sniff!, la primera vez; fielmente, recombinan sus genes; fielmente sacan adelante a la cría y, cuando llega el frío, fielmente se van.

¿Pero saben lo que ocurre entonces?

Pues que, también fielmente, hembra y macho se perderán de vista hasta el próximo apareamiento.

¡Qué sabio, ¿verdad?! Sin embargo, la cultura judeocristiana no sólo exige monogamia sino, lo que es peor, *duración* del vínculo *amoroso*: separación o divorcio son *fracasos existenciales* que deben evitarse aun a costa del sacrificio individual, como bien saben nuestros pobres abuelos.

¿Aparecería el divorcio entre las cigüeñas si obligáramos a las parejas a permanecer juntas más allá del tiempo reproductivo?

Estoy convencida de que no sólo aparecería el divorcio, sino una cólera natural que intentaría poner fin a una aberración: el comportamiento de las cigüeñas, igual que el del resto de animales «sin consciencia», está enteramente dominado por pautas químicas: durante la infancia, ciertas señales les enseñan a defender su supervivencia; al llegar la adolescencia, otras les recuerdan que hay que aparearse; al llegar la crianza, les obliga a sacrificarse por la continuidad del genoma; y, al volver la época no reproductiva, la química les aconseja poner aire por medio.

Claro que éstos son animales «inconscientes», me pensarán ustedes. ¿Pero qué pasa con nosotros, los animales conscientes?

Pues que, en la infancia, la adrenalina nos activa conductas adecuadas para la supervivencia (cólera, miedo, alegría); en la pubertad, la actividad hormonal termina de definir el género sexual; en la juventud, la feniletilamina, una anfetamina natural, nos provoca los temibles «flechazos» para recordarnos nuestra «obligación» de

procrear; durante la crianza, la oxitocina nos «empuja» a sentirnos felices y a creer que reproducirnos es lo mejor que nos ha podido pasar en la vida... ¡¡Andá!! ¡¡Pero si es muy parecido a lo que les ocurre a las cigüeñas!!

Excepto una cosa: la pareja humana intenta seguir conviviendo *después* de que a la cría no le haga falta la alianza cooperativa de sus padres para sobrevivir. Sin embargo, está constatado que mostramos tanta tendencia a la monogamia como al divorcio: entre dieciocho meses y tres años después de haberse emparejado, *como todos hemos sufrido*, los defectos de la pareja abofetean y aparecen las dudas sobre la conveniencia de emparentar con un pelanas. ¿Qué ha pasado? ¿Nos han cambiado el novio sin darnos cuenta?

Pues no: es sólo que la ebriedad feniletilamínica —que también nos «mantiene» enamorados: eufóricos, entusiasmados, dispuestos a acariciarnos y a escucharnos incansablemente— ha dejado de actuar. Mas, desaparecida la sensación de enamoramiento y sus deseables emociones asociadas ¿deberíamos separarnos a los dos años en punto —por poner— y volver a intentar otro apareamiento cuando las fuerzas bio-químicas, psíquicas y culturales estuvieran de nuevo a favor del refocile reproductivo?

Pues tampoco: dice Liebowitz, el psiquiatra evolucionista que ha estudiado la química del amor, que no podríamos: cuando el arrobamiento desaparece, emergen otras formas de afecto (apego, dilección, aprecio, cariño, estimación), muy propias de los humanos. Parecería entonces que, por fin, nos adentramos en los territorios del Espíritu, allí donde La Libertad y el Libre Albederío instalan sus tiendas de campaña.

Pues no, todavía no: parece que este universo también está afectado por un sistema químico, el opiáceo: durante la «fase del apego» segregamos endorfinas (morfina endógena), que «serenan la mente, eliminan el dolor y reducen la ansiedad», proporcionando a los amantes «una sensación de seguridad, estabilidad, tranquilidad» y consiguientemente, pienso, un tiempo singular que permite incursionar, ahora sí, las propiedades del espíritu.

Claro que, antes, habrá que ponerse de acuerdo sobre qué es el espíritu, ¡jo!.

¡NO TE VAYAS, PAPÁ!

Reserva de Gombe Stream, Tanzania, hábitat natural de nuestros primitos los chimpancés comunes. Allí, entre selva tupida y claros sabanosos, una centena de clanes, reunidos en comunidades de quince a ochenta individuos, ofrece a la investigación científica imágenes aproximadas del pasado humano: buscan y reparten el alimento, organizan la defensa del grupo, ensayan jerarquías morales, juegan hasta el cansancio, celebran encuentros entre clanes y cuando llegan los partos, después de múltiples y cruzados apareamientos, las hembras preñadas se alejan del grupo a parir solas y a criar en el grupo de las madres.

Pero, ¡atención!, también se observan comportamientos liberticidas: de vez en cuando, algún macho pretenciosamente dominador se emperreta con una sola hembra e intenta monopolizarla sexualmente. Para conseguirlo tendrá que vigilarla siempre y, cuando llegue el fruto de su pasión, atenderlos a los dos. Si el pobre supiera que esa conducta pueden inaugurar el «sentimiento» de paternidad, se lo pensaría dos veces.

Las peores guerras entre parejas que quieren separarse se desatan muchas, muchas veces, «por los hijos»: quién se ocupa de la tutela, quién de la custodia, quién de la educación, quién de la manutención. Aparentemente son conflictos privados que debieran resolverse privadamente. Sin embargo, el hecho de que la cultura de género haya hecho suya esta batalla, que ésta se haya saldado con la paternidad como «un derecho» y que, al mismo tiempo, no sepamos a qué, exactamente, obliga éste a los hombres, delata dos cuestiones cruciales: a) que sabemos qué es la maternidad; b) que no tenemos ni idea de qué es «la paternidad». Pero es que, en nuestra especie, probablemente fue una introducción tardía.

Gorilas, chimpancés, orangutanes, humanos, tenemos ancestros —y por lo tanto comportamientos— comunes. Se sabe que la organización grupal en torno a la crianza difiere de una a otra especie. Los gorilas, por ejemplo, forman harenes que las hembras pueden abandonar o transgredir, pero no así los machos: la paternidad como la maternidad, por tanto, no son funciones inherentes al individuo sino al sistema, pues las crías están al cuidado del grupo. Los chimpancés bonobo, por su parte, se parecen más a nosotros porque exhiben una rica vida erótica y sexual que «utilizan» como elemento de cohesión social además de como método reproductivo, aunque hay diferencias fundamentales: no establecen parejas a largo plazo, por lo que «marido», «esposa» o «padre» son funciones también desconocidas entre ellos.

¿En qué momento, entonces, nuestra estirpe se diferenció de sus parientes y diferenció, en consecuencia, su comportamiento en relación a la crianza?

Nosotros somos la primera y única especie —*vaya por Dios*— cuyas parejas reproductoras quieren vivir juntas *para siempre*: hasta que las hembras pre-humanas perdieron el periodo de celo que caracteriza a otras primates y pudieron aventurarse en los territorios del erotismo, el sexo era casi exclusivamente reproductivo, estando los apareamientos limitados a la fase fértil. Las hembras no volvían a estar disponibles sexualmente hasta que se producía el destete de la cría, momento en el que la hembra recuperaba el celo y la pareja la libertad para reproducirse con otro individuo. ¿Por qué habría de «quedarse» un macho, sufriendo la crianza sin gozar del sexo?

Sabemos que las parejas de *Australopithecus afarensis*, antepasados directos que vivieron en el África oriental hace unos cuatro millones de años, criaban juntos hasta que la criatura podía valerse por sí misma y participar en la vida comunitaria, unos cuatro años, más o menos. Luego, se separaban y formaban otras parejas reproductivas. Es decir, que la proto-paternidad debió de producirse antes, entre que nos bajábamos de los árboles y caminábamos erguidos.

Dicen las viperinas bio-antropológicas, tanto machistas como feministas, que la paternidad es un invento, que los hombres son unos mandados y que es la omnipotente *necesidad* femenina la que adjudica papeles y funciones. Puede ser: hace nada una comunicación nos «confirmaba» que, durante el embarazo y la lactancia, las mujeres disponemos de un sistema químico que activa en el hombre el sentimiento de paternidad y le prepara para sentirse feliz y cooperador.

Aunque este descubrimiento vuelve a responsabilizar al principio femenino de ser el director de la orquesta, no me desagrada la idea: algo tenía que ayudar a los chicos porque, de haber evolucionado únicamente como inseminadores, hace tiempo que serían sustituibles por inyecciones de espermatozoides de venta en tabaquerías. Pero no me aclara una cosa: ¿qué fue primero, el sistema químico femenino o el monopolizador?

¿NO ES UNA MONADA?

Tres millones de años antes de Cristo. Etiopía. Lucy y sus amigos recorren los bosques y llanuras, probablemente en busca de alimento y emociones. Miden alrededor de un metro, su cerebro tiene el tamaño del de un chimpancé, exhiben arcos superciliares enormes, labios delgados, piel y ojos oscuros, mentón recesivo y unas mandíbulas poderosas con dientes centrales salientes y colmillos afilados. Se diría que son simios, excepto por una sutil diferencia: aunque sus pies y manos están todavía curvados —lo que significa que aún frecuentan los árboles—, la configuración de cadera, rodilla y tobillos indica que estos individuos ya son bípedos y caminan erguidos: ¡La raza humana ha hecho su aparición!

Los restos fósiles de Lucy fueron encontrados en 1974 por Donald Johanson y su equipo de antropólogos. Dicen que murió con unos veinte años de edad y que sufría artritis: magnífica ironía, la de los primeros pasos hacia la humanidad. Aunque, en pureza, los *Australopithecus afarensis* no son el origen de la línea humana: entre los antepasados cuadrúpedos y los bípedos tuvo que haber una transición: ¿quiénes fueron los abuelos de Lucy y qué pasó para que *todo* desembocara en «nosotros»?

Por aquellas fechas —unos cuatro millones de años atrás— el continente africano ya reflejaba las modificaciones geomórficas que un violento cambio climático había iniciado unos veinte millones de años antes. Los bosques se replegaban, y extensas llanuras, las sabanas, se abrían paso, provocando la desaparición o movilidad del alimento y, por tanto, la desaparición o movilidad de muchas especies. Pero también la aparición de otras: la pulsión vital —la energía— no se crea ni se destruye, se transforma.

La ciencia todavía debate, y le queda, sobre el eslabón perdido entre el mono y el humano. Pero la bioquímica ha encontrado semejanzas demasiado interesantes entre la sangre humana y la de unos antepasados arcaicos de los orangutanes: los ramamorfos. ¿Pudieron ser estos hominoideos (antecesores de simios y humanos) «el antepasado común» que inauguró la línea humana que ahora conocemos?

La gente de ciencia intenta, evitando absolutismos pasados, «aproximaciones a la verdad». Pero ya saben que no hay disciplinas más especulativas que la antropología y la arqueología: como te pillen distraída te montan una novela a partir de un diente viejo. Así que, además de unos restos fósiles mínimos (huesecitos sueltos que no llenan ni una caja de zapatos), el conocimiento humano sólo dispone de una cosa segura: dudas.

Y aquí, les ruego, permítanme hacer una arbitraria digresión: puestos a no tener todavía una respuesta convincente sobre nuestro origen, hablemos de *la* duda, que no

es asunto baladí ni anticientífico, todo lo contrario.

Quienes consumimos los temas científicos vivimos desde hace años en un puritito sobresalto. La teoría estándar sobre los orígenes de la humanidad está basada en cuatro huesitos dispersos en el espacio y el tiempo, arrojados por una hipótesis climática y ambiental irritablemente mudable: cada nuevo fragmento óseo que aparece, derriba el sombrero de nuestros orígenes y nuestra radiación adaptativa como especie. Los progenitores de la teoría preexistente polemizan durante años con los que traen nuevas noticias, mientras hallazgos aún más recientes hunden en la irrelevancia las polémicas anteriores.

A su vez, se esboza en el horizonte un gigantesco «majo y limpio» en el campo de las dataciones y, también, —¡vaya!, ¡hombre!— en las hipótesis paleoclimáticas sobre el momento en que empezamos a ser gente: no les extrañe pues que, al final, alguna teoría postule que Dios no fue nuestro creador, sino *El* eslabón perdido.

Por si fueran poco movedizas las arenas por las que torpemente chapoteamos, la unificación de etología y psicología, la psicología evolutiva, se está cargando nuestro queridísimo dualismo civilizatorio, hasta el punto de preguntarnos si tiene sentido suponer la existencia de un punto de partida, un «big bang» para la conciencia, el espíritu, la inteligencia, la moral o, incluso, para el lenguaje: nuestras más confortables y, creíamos, exclusivas señas de identidad.

En temas científicos, la inyección de honradez y duda, produce gerundios: vamos comentando lo que se va conociendo, añadiendo unos datos y descartando otros: vamos haciendo hipótesis verosímiles sobre las formas cambiantes y evanescentes de las nubes... y esto sí es específicamente humano.

Jopé, se me acaba el espacio. Ustedes van a tener que perdonarme: mi propósito, lo juro, no era descargar sino divulgar. Pero, coño, qué tranquila me he quedado.

¡ES QUE ES TAN ESPECIAL!

Ray, un babuino tan guaperas como solitario, estuvo rondando una manada de babuinas. Durante meses y meses observó las actividades del grupo sin atreverse a participar en ellas, hasta que se fue haciendo amigo de Naomi: un día se sentaron juntos a comer y, a partir de entonces, también durmieron pegaditos todas las noches.

Los babuinos son matriarcales: una manada está compuesta por varias familias, cada una gobernada por una hembra rodeada de sus crías y, en muchas ocasiones, también de sus hermanas con las suyas. Cuando los machos alcanzan la pubertad, deben abandonar la manada. Entonces pueden vagar solos o unirse a un grupo de machos. Pero en el caso de querer desarrollar vida social o reproducirse tienen, como Ray, que ganarse la «amistad especial» de una hembra de otra familia, quien, poco a poco, irá consiguiendo que el resto de la manada le acepte.

Cómo empezaron nuestros antepasados a emparejarse monógamicamente más allá de la época de crianza y destete (unos cuatro años) es un misterio y, probablemente, seguirá siéndolo. Pero las costumbres de los babuinos ofrecen, al menos, una posibilidad de especular sobre el porqué.

La monogamia es muy rara entre las especies mamíferas: sólo un 3% de ellas forman pareja a largo plazo con un solo cónyuge, y esto es así porque, básicamente, a la vida no le interesa la limitación genética, sino la variedad. Bajo este mandato, entonces, es mejor organizar la vida reproductiva en harenes, como hacen los gorilas, en los que los machos pueden copular con varias hembras y traspasar más genes. O bien, como prefieren muchas especies, formar grupos sólo de hembras que copulan con sus visitantes abriendo, igualmente, las puertas a la diversidad.

¿Qué pasó, entonces, con los humanos? ¿Qué circunstancias concurren para que los beneficios de la pareja monógama superaran los de la promiscua libertad?

Mientras aún vivíamos en los árboles maldita falta que nos hacía emparejarnos, y menos duradera y monógamamente: ningún simio pare varios hijos a la vez porque éstos caerían constantemente de los árboles al no poder ser vigilados; además, los bebés no son altriciales (cachorros indefensos e inmaduros). Estas dos características hacen innecesaria una atención mayor que la que puede proporcionar un solo progenitor —casi siempre la madre— o el grupo.

Pero, hace unos veinte millones de años, el edén africano conocido por nuestros «primeros padres» cambió debido al clima: los bosques se retiraron y aparecieron las sabanas. Nuestros antepasados, probablemente, tuvieron que organizarse en grupos

pequeños que permitieran la movilidad para buscar alimento fuera de la protección que antes ofrecían los árboles. ¿Y cuál pudo ser la mejor manera de atravesar con menos riesgos las ahora extensas llanuras? ¡Pues poniéndose de pie! Se inauguraba, así, nuestro específico linaje.

Las consecuencias «inmediatas» del bipedismo fueron varias: sí, ahora los homínidas disponían de los miembros superiores para cazar, cosechar o acopiar alimento pero, siendo nómadas, ningún macho podía monopolizar un rico territorio para «recibir» a sus amantes porque, sencillamente, los ricos territorios ya no existían. Por lo tanto, tampoco podía acopiar recursos suficientes para mantener un harén. Y, además, con tanta movilidad ¿cómo podría vigilar constantemente a *sus* hembras para defender su genoma de las visitas seminales de otros machos?

¿Solución? Vigilar y alimentar a una sola hembra. Monogamia. Aunque no promueve la variedad genética, al menos el macho obtiene cierta garantía de reproducción. Y menos trabajo. Bueno, no sé: las hembras no son sólo las hembras, son las hembras *y su progenie*, así que los machos se encontraron, ji, ji, con la sorpresita del compromiso paternal, un accidente evolutivo que les va a tener currelando *for ever, ever*.

Pero el bipedismo, con toda lógica, también afectó decisivamente los intereses femeninos: caminar con dos pies obligó a las hembras a cargar con las crías para disminuir el riesgo de atravesar los peligrosos pastizales y, por lo tanto, a necesitar protección adicional y comida extra para preservar las vidas que, casi siempre, colgaban de sus pezones. Hacía falta un «amigo especial». Machos dominantes y otros eufemismos se autodenominaron ellos posteriormente pero, en cualquier caso, una pareja fija proporcionó a las hembras protección y alimento y, consiguientemente, un relajado tiempo para la recreación y el juego con las crías, ya que ahora había alguien que se ocupara de la vigilancia.

Así pues, el vínculo de pareja y la monogamia humana —¿el amor?— han sido, más que victorias femeninas o masculinas, resultado de un conjunto de condicionantes ecológicos y biológicos que no nos han dejado otra salida. Mejor dicho: la evolución no nos dejó otra salida, pero la verdad es que, ¡celebrémonos!, la humanidad la encontró. Y no una, sino dos: ¿qué son, si no, los saludables cuernos y el esperanzador divorcio?

¡ES QUE ES MÁS JOVEN QUE TÚ!

Una letal hembra de araña remienda confiadamente su tela. Es tan poderosa y mortal que no necesita vigilar: son los demás animales los que se cuidan mucho de no perturbarle el humor. El único que «debe» correr el riesgo es un *araño*: para perpetuar sexualmente las especies, la evolución ha dispuesto que los machos no tengan más objetivo existencial que fornicar. Así es como la vida obtiene lo único que le interesa de ellos, el esperma que portan. Y si el individuo muere cumpliendo su misión, ninguna pena: más abonadita que está la Tierra.

Bien. Pues nuestro obediente protagonista preparó una oronda mosca y se la ofreció a la hembra para fecundar los huevos mientras ella comía. Pero, cuando terminó la inseminación, ¿saben lo que hizo? Pues que, en lugar de salir zumbando para salvar la vida, el muy capullo decidió recuperar el trozo de mosca que la araña no había engullido aún, seguramente con la intención de aprovecharla para copular con otra hembra. ¡El pobre! En un pispás pasó de macho de las cañadas a bocado.

Tener que aprovechar todas las oportunidades de cópula posibles es un mecanismo biológico troquelado en la naturaleza masculina del que no escapan los hombres. Sin embargo, y paradójicamente, las estrategias reproductoras de más éxito para el *mono Sapiens* han sido monogamia y matrimonio, «lugares» donde el hombre ha de tener mucho cuidadito en su elección porque no hay cosa que nos ponga la mano más larga a las mujeres que un abandono.

Pero ocurre que «genio y figura hasta la sepultura». Y ocurre que, «inexplicablemente», muchos hombres abandonan a sus «compañeras sentimentales y madres de sus hijos» para «intentar reencontrar el amor perdido». Y, casualmente, siempre lo encuentran con una jovencueta que no ha tenido tiempo ni de perder las bragas, cuanto más de haber encontrado el amor. ¿Por qué?

Todo es culpa de la selección sexual. En la recombinación de genes —el sexo—, es un imperativo para cualquier animal buscar la mejor pareja reproductora posible. Y ésta es, para machos y hembras, quien más hijos sanos pueda procrear. Pero dado que nadie lleva tatuado en la frente esta información, no hay más remedio que fiarse de otras señales. Y para nuestros machos, como para otros, la juventud es una de ellas porque indica potencialidad reproductora.

Fíjense qué datos, obtenidos por varios estudios: unánimemente, los hombres de todas las culturas prefieren a mujeres más jóvenes que ellos, siendo la media mundial de 4 años de diferencia. Pero eso no es todo: a medida que envejecen se inclinan por mujeres cada vez más jóvenes, de tal manera que los de 30 años las prefieren unos

cinco años menores, pero los de 50 prefieren que lo sean ¡diez o veinte años! ¡Oh, el amor, qué ojo más romántico tiene, ¿verdad?!

Y aparte del orgullo, ¿por qué nos cabrea tanto a las maduritas que nuestro hombre se vaya con otra más joven «después de haberle entregado lo mejor de nuestra vida»?

Pues, precisamente, por eso: porque «lo mejor de nuestra vida», nuestra capacidad reproductora, se acaba y dejamos de ser atractivas para La Vida que, en esta ocasión, se encarna en los ojos masculinos. Es lógico, creo yo, que tomar conciencia de la proximidad de La Muerte produzca melancolía o tristeza, ¿pero por qué rencor? ¿Por qué algunas mujeres sienten tanto resentimiento que son capaces de destinar lo que les queda de vida a amargarle la ídem a su ex y a su nueva compañera?

Pues aquí sí que creo que la razón es más cultural que biológica. Y es que la falocracia ha entendido que la naturaleza inseminadora del macho es el argumento que hace al hombre más libre y más superior que la mujer. Eso da mucho coraje, claro, pero tranquilidad, que es mentira: tener que fornicar (o morir por explosión testicular) sólo indica un determinismo biológico feroz que es, exactamente, lo opuesto a libertad y superioridad.

Tanto es así que, de hecho, ellos no pueden elegir: aún con cuarenta, cincuenta o más años, tienen que seguir nomadeando genitales a ver si pueden dejar algún embrioncillo más. Y ya saben lo que esto significa: volver a cortejar, demostrar el patrimonio que se tiene (si es que ha quedado algo del matrimonio anterior), exhibir las cualidades de que se disponga (hacer el ridículo, vaya), emplear tiempo y dinero en convencer a las hembras jóvenes disponibles de que se dejen inseminar y, si tienen «la suerte» de que alguna haya olvidado el espermicida en la última fiesta, enfrentarse a otro matrimonio. Esto es: arropo y protección de la hembra durante el embarazo, alimentación y manutención de la familia para siempre, educación de la cría, acopio de patrimonio heredable, indemnización en caso de separación... ¡Qué envidia, ¿no?!

Por el contrario, tras un «abandono» de este tipo, a las mujeres se nos abre el portalón de la mejor época de nuestra existencia: la de la edad liberada. Liberada de mandatos reproductivos, de obligaciones maritales o maternas, de proposiciones venéreas inoportunas, de compromisos culturales ñoños, es decir: ¡Libres!

¿No es para estar felices?

¿POR QUÉ HABLAN TANTO?

No hay pánico más divertido que el que refleja la cara de los hombres cuando un grupo de mujeres se junta para alegar. La ironía: «¡Vaya, hombre, hoy toca congreso de loros!». El cabreo: «¡¿Pero de qué hablan tanto tiempo?!». El desconcierto: «¿Sobre qué hora acabarás, mi amor?». La educación: «No hablarán de mí, ¿verdad?». Son disfraces del miedo masculino que, sin duda, teme algo, puede que lo peor. ¿El qué?

Un reciente estudio intercultural sobre habilidad verbal concluye, en términos generales, lo siguiente: «Las niñas hablan antes que los varones, y con mayor fluidez, corrección gramatical y léxico. Sobre los 10 años destacan en razonamiento, memoria verbal, prosa escrita, pronunciación y ortografía. Aprenden mejor los idiomas extranjeros, tartamudean poco, la dislexia les afecta cuatro veces menos y casi no hay problemas en el aprendizaje de la lectura.»

«Lo peor», para ellos, ¿será la naturaleza femenina?

Hace sólo unos cien años, Darwin, tan ideólogo de la irrefutable teoría de la evolución como cautivo del machismo de su época, escribió que no cabían dudas acerca de la «natural» superioridad intelectual del hombre sobre la mujer. La justificación se basaba en el tamaño del cerebro, mayor en ellos: debido al «principio activo» —lucha por el más apto, caza, defensa de la familia, construcción de armas— los machos habían desarrollado más facultades mentales, por tanto una inteligencia superior que requería una cavidad craneal más grande.

Lo del tamaño cerebral quedó resuelto hace tiempo: no se tuvo en cuenta la diferencia de tamaño corporal. Sin embargo, aún admitiendo que el encuentro biología-cultura fue la *pole position* de la evolución humana, en el caso que nos ocupa la influencia objetiva de la cultura en el desarrollo cerebral da que pensar: después de tantos siglos, siglos y más siglos de acceso denegado a la educación, el comercio, la política, la ciencia, la filosofía, las mujeres, «manifestación del principio pasivo», ¿no deberíamos habernos convertido en una ameba? ¿Por qué, entonces, tan buenos resultados en pruebas de desarrollo cerebral y aptitud mental?

Hasta las 6 semanas, 6, de gestación, nadie es ni hombre ni mujer: es a partir de esa fecha cuando los cromosomas dan la orden de diferenciarnos, de «construir» testículos u ovarios. Y sólo cuando ya están más hechitos, sobre el tercer mes fetal, éstos empiezan a bañar periódicamente, con testosterona o progesterona, los tejidos embrionarios que, a lo largo de 9 meses, darán lugar a todos los órganos, incluido el cerebro. De modo que, lejos de esperar por la cultura para saber quién es y cómo comportarse, el cerebro —la persona— inicia su existencia con una identidad sexual

decidida por las hormonas, lo cual nos hace tan profundamente distintos en lo biológico como iguales en lo político.

¿Sorprendidos? Pues esperen: a través de 200 mujeres ha podido constatarse que la habilidad verbal femenina crece espectacularmente a mitad del ciclo menstrual, cuando la progesterona se nos sale por las orejas. Por el contrario, cuando su presencia se reduce a mínimos, justo después de la regla, también decrece nuestra capacidad oratoria, lo que no hace sino corroborar la íntima sinergia entre una y otra. ¿Pero con qué objetivo?

Rastros con tecnología puntísima muestran que los hemisferios cerebrales femeninos están mejor conectados entre sí que el de los varones, debido a que las fibras nerviosas intermedias, el cuerpo calloso, es más grueso y protuberante. Así, mientras en las mujeres se detecta una organización y una actividad cerebral «de conjunto» —que explicaría su mejor disposición para la fluidez verbal, la intuición o la psicomotricidad fina— en los hombres se detecta una organización y una actividad cerebral fragmentada. Por tanto, los circuitos cerebrales femeninos, al igual que los masculinos, reciben información de distinta procedencia —auditiva, olfativa, visual, táctil— *pero están mejor preparados para relacionarlas entre sí*. Y, miren por dónde, empieza a pensarse que esta excepcionalidad puede estar debajo de lo único que, en rigor, nos diferencia del resto de los animales y nos confiere humanidad: el lenguaje.

Y, la verdad, todo encaja bastante bien: en nuestra prehistoria, los testosterónicos hombres salían de cacería y, como bien saben los cazadores actuales, la soledad, el silencio, la agresividad y una buena memoria espacial son cruciales para esta actividad. Para las actividades femeninas de recolección y crianza, por el contrario, fue crucial la compañía, el intercambio verbal y el contacto físico, condiciones que estimularon, poco a poco, una psique tan sensible a las relaciones interpersonales que tejió la compleja red de vínculos filiales, afectivos y sociales que conocemos hoy. Y para mantener cierta armonía en grupos demográficamente disparados como el *Sapiens*, ¿qué mejor fórmula que «hablar mucho»?

«Mucho». No sé. Dada la constatable agonía de nuestra viril civilización ¿no sería más oportuno ahora preguntarse por qué ellos hablan tan poco?

¿POR QUÉ HABLAN TAN POCO?

¡Shhhh! Estamos en Indonesia, observando a los temibles dragones de Komodo. Tan ágiles como grandes y agresivos, buscan alimento, da igual un insecto que un venado. Repentinamente, y sobre el bullicio de silbidos y hojarasca, un macho eleva su portentosa cabeza, mira furtivamente hacia los lados como queriendo identificar a un llamante anónimo, clava la mirada en una poderosa hembra de más de dos metros, sobrevuela la distancia que le separa de ella con sus hercúleas patas, rápidamente le pasa la lengua por la cabeza y los alrededores de la cloaca, le sujeta cuello y hombro con sus garras para poder morderla con fervor, copula con ella... y vuelve a lo suyo. Es lo que, en humano, llamaríamos «un hombre de pocas palabras».

«Menos blablablá y más acción». «Hablar es cosa de mujeres». «Habla tanto que debe de ser maricón». ¿Sabían que en Norteamérica hay psicólogos que ofrecen terapias «sólo para hombres»? A diferencia de las clásicas, confiadas en las técnicas de interacción oral con el/la terapeuta, éstas eluden hablar para ofrecer mejoría psíquica por medio del deporte, el riesgo o el teatro, actividades, al decir de los expertólogos, más acordes con la psicología masculina, tan resistente a intimar a través del palique.

No es la única señal que apunta hacia una asunción de las diferencias en la organización cerebral entre los sexos: el plan de estudios de algunos colegios avanzados se está revisando porque, bajo la convicción científica de que las aptitudes mentales de cada género también son distintas, el actual diseño, muy basado en la transmisión oral, beneficiaría a las chicas y perjudicaría a los chicos. Y los datos que esgrimen son difíciles de refutar: desde el parvulario hasta la universidad, las mujeres destacan sobremanera en el rendimiento y las notas globales. ¿Es que somos «mejores» en todo?

No. El mismo estudio intercultural que detectaba una mayor facilidad de las mujeres para el verbo, la intuición y la psicomotricidad fina, concluye lo siguiente para los varones: «Los niños desmontan juguetes y exploran más el espacio circundante. Detectan mejor los objetos en el espacio y perciben los diseños abstractos más correctamente. Sobre los 10 años, más chicos pueden hacer girar en la imaginación los objetos percibidos visualmente, perciben correctamente espacios tridimensionales sobre un papel plano y comienzan a tener puntuaciones más altas en otros problemas espaciales y mecánicos. En la pubertad superan los resultados en álgebra, geometría y en otras materias que involucran habilidades visuales-espaciales-cuantitativas». ¡Ele! ¿Será esto a lo que se refieren los hombres cuando

insisten en que aparcan mejor que nosotras?

Los hombres están cargaditos de testosterona, la hormona que imprime características masculinas y favorece una mejor aptitud para moverse en el espacio, la competitividad y la agresividad. De hecho, las niñas que, por las razones que sea, reciben cantidades adicionales de testosterona durante la gestación, presentan durante el desarrollo aspecto y conducta varonil, afición por los juegos y deportes competitivos, impetuosidad agresiva... y mejores notas en matemáticas.

Evolutivamente, la diferente configuración biológica inicial entre sexos ha sido crucial para nosotros: a medida que la bípeda pareja humana caminaba hacia el extraño vínculo monogámico (como estrategia reproductora filogenética) y el matrimonio (como pacto interpersonal), la especialización en la búsqueda de alimento fue decisiva para la supervivencia de la especie y para el peculiarísimo salto cultural que hemos protagonizado.

Así, mientras las mujeres con sus colgantes crías se dedicaban a las tareas de recolección y desarrollaban ciertos talentos, los hombres empezaron a cazar, a rastrear animales, a perseguirlos y a acorralarlos, materializando a) por la necesidad de recordar las rutas y laberintos territoriales, más talento para la orientación espacial; b) por la necesidad de luchar y matar, mayor agresividad; y c) por la necesidad de apuntar y de descuartizar las presas, mejor coordinación motriz gruesa (velocidad y fuerza).

Como habrán notado, estas actividades requieren de poco «chucu-chucu». Más bien al contrario, el silencio es una exigencia para que la víctima candidata a bocado no huya, y el individualismo solitario una condición para el cazador nómada. Como mucho, de cazar en grupo, la comunicación debe haberse reducido a señales visuales o a sonidos guturales. No es de extrañar, por tanto, que después de cien mil años de uso del órgano cerebral en este sentido, a los hombres les saquen de quicio las *chácharas* femeninas, plenas de palabras, emocionalidad y afectos. Y que, por el contrario, gusten tanto de los partidos de fútbol en los que no hay que hablar, sino sólo descerrajarse las canillas, gruñir algún sonido simple como «te mataré, mamón hijo de puta», orientarse a través de un «campo peligroso» persiguiendo un balón y, si el resultado de la contienda es muy positivo y las emociones incontenibles, darse unas tímidas palmaditas de alegría en el culete.

Hablar —instrumento valiosísimo para la negociación y la conciliación, sea terapéutica o política— no es, efectivamente, un fuerte masculino. Y si no se lo cree, pruebe lo siguiente: espere a que su hombre esté feliz y desprevenido y, entonces, suéltele, sin más explicación, un preocupado «Cariño, tenemos que hablar». Eso sí, tenga *Valium 20* a mano.

NO SOMOS NADA

Me permitirán ustedes que hoy les transcriba, por ilustrativa, un acontecimiento que relata la antropóloga Helen Fisher en su *Historia natural de la monogamia, el adulterio y el matrimonio*.

«Una mañana de 1929, decenas de miles de mujeres, con las caras sucias de cenizas y vestidas con taparrabos y coronas de plumas, surgieron de las aldeas de Nigeria sudoriental y marcharon sobre sus centros locales de «administración nativa». Allí vivían los funcionarios coloniales británicos del distrito. Se congregaron frente a las puertas de dichos administradores y agitando los tradicionales bastones de guerra, bailaron y los ridiculizaron con canciones mordaces, mientras exigían las insignias de los hombres igbo locales que habían colaborado con este enemigo. En algunos centros de administración las mujeres se abrieron paso hasta las cárceles para soltar a los prisioneros; en otras incendiaron o destruyeron parcialmente los edificios de los tribunales. Pero a nadie hicieron daño.

«Los británicos tomaron represalias. Abrieron fuego sobre las manifestantes en dos centros y asesinaron a sesenta mujeres. Eso terminó con la insurrección. Los ingleses habían «ganado». (...) Pero nunca entendieron qué había detrás de la guerra, orquestada enteramente por las mujeres y para las mujeres. El concepto de violación de los derechos de la mujer estaba más allá de su capacidad de comprensión. En realidad, los funcionarios coloniales estaban convencidos de que la manifestación la habían organizado los hombres igbo (...) y que las mujeres se habían rebelado porque contaban con que los ingleses no abrirían fuego contra el sexo débil.

«Un colosal abismo cultural separaba a los ingleses de los igbo, un vacío que dio pie a la Guerra de las Mujeres igbo y simbolizó la profunda incomprensión europea acerca de las mujeres, los hombres y el poder en las culturas del mundo entero.

«Durante siglos, las mujeres igbo, igual que las mujeres de muchas otras sociedades del África occidental, habían sido autónomas y poderosas, en lo económico y en lo político. Vivían en aldeas patrilineales en las que el poder era informal: cualquiera podía participar en las asambleas de las aldeas. Los hombres participaban en mayor número de debates y normalmente eran los que proponían la solución de los conflictos. (...) Además controlaban la tierra, pero al casarse estaban obligados a entregarle a sus esposas algo de tierra para cultivo.

«Esta tierra era la cuenta bancaria de las mujeres. Cultivaban una gran variedad de productos y llevaban las cosechas a los mercados locales, manejados exclusivamente por ellas. Y de ese modo las mujeres llegaban a casa con artículos de lujo y dinero en efectivo que eran de su propiedad. O sea que las mujeres igbo disponían de un patrimonio propio, es decir, de independencia financiera y poder económico. Por lo tanto, si un hombre permitía que sus vacas pastaran en tierras de

una mujer, maltrataba a su esposa, violaba el código del mercado o cometía algún otro delito grave, las mujeres le hacían lo mismo que a los administradores británicos: se congregaban frente a la casa del ofensor, lo insultaban con cánticos, y a veces llegaban a destruir su casa. Los hombres igbo respetaban a las mujeres, el trabajo de las mujeres, los derechos de las mujeres y las leyes de las mujeres.

«Entran en escena los británicos. En 1900, Inglaterra declaró a Nigeria meridional protectorado de la corona e instaló un sistema de cortes regionales de nativos. Cada distrito era gobernado desde su propia sede, la corte de nativos, por un funcionario colonial británico. Semejante sistema era muy poco aceptado. Pero, además, los ingleses incorporaron a un nativo al personal de cada corte en calidad de representante de su aldea. Casi siempre era un joven igbo que intercambiaba favores con los conquistadores y no un respetable anciano de la aldea. Siempre era un hombre. Formados en el credo victoriano de que las esposas son meros apéndices de sus maridos, los ingleses no podían concebir que las mujeres ocuparan lugares de poder. De modo que las excluyeron a todas. Las mujeres igbo perdieron la posibilidad de participar.

«Luego, en 1929, los británicos decidieron realizar inventarios de los patrimonios femeninos. Temiendo la aplicación de inminentes impuestos, las mujeres igbo se encontraron en las plazas donde funcionaban sus mercados para discutir esta destructiva acción económica. Estaban preparadas para la rebelión. En noviembre, tras una serie de enfrentamientos entre las mujeres y los censistas, éstas se vistieron con los tradicionales atavíos de guerra y marcharon hacia el frente de batalla. La revuelta abarcó un territorio de diez mil kilómetros cuadrados y participaron decenas de miles de mujeres. Después de que los británicos aplastaran la revolución, las mujeres igbo solicitaron que ellas también pudieran ocupar el papel de representantes de aldea en las cortes de nativo. Fue inútil. Para ellos, el lugar de la mujer estaba en su hogar.»

Hay que ver la de cosas que aclara una excursión por la Historia, ¿eh?

¿HACE UN SERVICIO?

Ante la indiferencia de sus ya exprimidos compañeros, una chimpancé adolescente intenta calmar los picores que le produce el celo, un periodo que empieza hacia la mitad del ciclo menstrual y dura entre diez y dieciséis días. Desesperadita, se une a otro grupo de machos solitarios que vagabundea por los alrededores de su territorio. Son ocho, pero la chimpancé, ni corta ni perezosa, como si fuera la jefa de una ATT, los organiza en fila para hacerles pasar, de uno en uno, por la piedra de su objetivo: fecundarse.

Penetración, fricción y eyaculación. Penetración, fricción y eyaculación. Así hasta siete. Pero, al llegar al último, se encuentra con un desinteresado joven que le presta más atención a unas termitas que a ella. Según los letristas de la moral, habría que esperar que la hembra, bastante pendón ya, se diera por satisfecha. Pero no: desafiando a todas las iglesias, incluida la científica, le arrea un sopapo al apático y le pellizca con insistencia el pene flácido para que espabile, hombre, que así no se puede trabajar.

Menos mal que el catolicismo ha llegado tarde a la investigación genética. Si llegan a descubrir —y aceptar— lo parientes que somos simios y humanos, hace tiempo que estarían intentando adoctrinar a chimpancés, gorilas y orangutanes en la virtuosa pasividad femenina. Una pasividad que, por otra parte, una vez asumida, desesperaría hasta a los propios curas, al decir de nuestros compañeros sexuales.

Porque, paradójicamente, los hombres se quejan de que, pasada la fase de enamoramiento de la pareja, las chicas desean bastante menos los sudores eróticos y hay que insistirles para conseguir quemar grasas. Y por lo bajini, me cuentan mis *topos*, comentan entre ellos que, una vez reproducidas, ya ni la posibilidad de adelgazar por el fornicio nos resulta tentadora y tienen que recurrir a la humillación —»Cari, ¿me haces un servicio?»—, a la infidelidad —»Cari, ¿me haces un servicio?»—, o la masturbación —»Cari, me voy a hacer un servicio»— para mitigar sus apremios eyaculatorios. ¿Verdad o *trileo*?

No sólo la biología, sino otras ramas de la observación científica, nos advierten de que el deseo sexual femenino se rige por leyes distintas que la masculina, pero eso no significa que las hembras no tengan iniciativa para demandar «satisfacción». La reproducción es, si no el primero, el segundo objetivo de todo organismo, y vale que no hayamos tenido alma hasta hace poco, pero que no hayamos tenido picores debiera de ser más difícil de creer.

Dicen los chicos que nosotras, las brujas, «usamos» el sexo para pillar varón y que, una vez logrado, ya no nos interesa. Pero eso no es cierto. El macho —como

marido o como padre— no es indispensable, ni para la hembra ni para la naturaleza. No vamos, por tanto, tras ellos. Lo que sí es necesario todavía es el espermatozoides que atesoran, así que somos capaces de grandes y cachondas iniciativas para obtenerlo hasta conseguir fecundarnos.

A partir de entonces, las cosas como son, sí parece cierta una especie de narcosis del deseo sexual femenino: deben de ser los residuos evolutivos de cuando todavía teníamos, como nuestras hermanas chimpancés, periodos de celo que dejaban muy a las claras cuándo tocaba fornicar y cuándo no. Una vez preñadas, las primates pierden el celo durante todo el tiempo de crianza (entre tres y ocho años) para poder alimentar, educar y garantizar la supervivencia de la cría. Otro embarazo —otra cría a la que atender y cuidar en entornos amenazantes— pondría en peligro la vida de la madre y la de los hijos.

Admitida la hipótesis de que las hembras gobiernan con sus reclamos y recursos bioquímicos las pautas del comportamiento reproductivo de la especie, es de suponer que los machos, ante la ausencia del celo femenino, no «sientan» deseo sexual y que, gracias a ello, tampoco aparezcan recriminaciones ni violaciones. ¿Pero qué podemos hacer con las necesidades sexuales de nuestros hombres si las mujeres, aparentemente siempre disponibles para la fecundación, les mantenemos, con nuestras señales psicofísicas, siempre disponibles para el sexo?

Pues no sé: quizás, unas veces recomendarles el Penthouse del mes y morirse de risa; otras, quizás, hacerles un altruista servicio... y morirse de risa; y otras, por qué no, dejarse encender por el deseo de tu compañero: no hay nada más hermoso que una brasa que se aviva con aliento ajeno. Y morirse de risa.

¿Y TÚ QUÉ MIRAS?

¿Recuerdan cómo son los mandriles? Son esos monos feos, con colores tan insistentes en la cara y en el trasero que no sabe una si rechazar elegantemente la teoría de la evolución o tragar saliva y dedicarse a explorar las infinitas posibilidades de la inteligencia artificial.

Estos parientes lejanos se autonomizaron de nuestro linaje genético hace unos diecinueve millones de años. Sus comportamientos y los nuestros debieran, por tanto, estar igual de alejados, ¿verdad?. Pues... profunda desdicha: no. Puede que los mandriles no hayan llegado a desarrollar las habilidades cognitivas y lingüísticas de los humanos, pero, a la hora de mojar, todos los animales somos inquietantemente parecidos: dicen los etólogos que, antes de copular, durante el flirteo, la pareja de estos genuinos ejemplos de la selección sexual darwiniana pasan largo rato mirándose a los ojos. ¿Para qué?

«En primer lugar, la mujer sonríe a su admirador y levanta las cejas con una sacudida súbita mientras abre bien los ojos para observarlo. Luego baja los párpados, ladea y baja la cabeza y mira hacia otro lado. Con frecuencia también se cubre el rostro con las manos, riendo nerviosamente mientras se oculta tras las palmas». Ésta es una secuencia gestual que describió, en los años sesenta, Eibl-Eibesfeldt, un etólogo alemán que creyó descubrir patrones del comportamiento visual de flirteo gracias a una cámara trucada que, en lugar de fotografiar a quien enfocaba, plasmaba las expresiones faciales espontáneas de quienes tenía a los lados.

La mirada es la primera, y puede que más potente, técnica de flirteo y cortejo. Bueno, no sólo de flirteo, ya saben: hay quien puede «matar» con la mirada, por lo que se colige que, en ésta, el devenir evolutivo ha troquelado un sistema protolingüístico crucial para la supervivencia.

Hace unos 245 millones de años, al final del período pérmico, desapareció la mayoría de los reptiles similares a mamíferos, los sinápsidos. Hasta entonces, la visión de estos animales, como la de algunos reptiles y anfibios actuales, era puramente reactiva; esto es, reaccionaban con la misma pauta instintiva de comportamiento cada vez que un estímulo exterior tenía lugar porque la representación espacial, en ellos, no se codificaba en el cerebro, sino en la retina: no había, pues, interpretaciones.

Pero acechados por otros feroces y hambrientos animales, los pocos sinápsidos que quedaron tuvieron que refugiarse en la noche y la oscuridad para alimentarse, inaugurando las primeras modificaciones cerebrales que están en el origen de la conciencia, del lenguaje y, por tanto, de los contenidos psico-emocionales que los

humanos conseguimos transmitir a través de nuestros ojos, porque uno de los cambios más importantes que se produjeron fue la incorporación de la capacidad auditiva por parte de los primeros mamíferos.

Así, un sentido que era tremendamente útil para calcular la distancia y posición de potenciales enemigos en la penumbra o a la luz, se sinergizó con otro que ofrecía la misma información durante la oscuridad, provocando una red perceptiva que permitió cazar, luchar o reproducirse con mayor eficacia, debido a que ahora ya se podía vincular sonidos con visiones para elaborar, abstractamente, mapas más precisos del espacio.

Pero también del tiempo: para que el oído nocturno pudiera sustituir a la visión diurna, los circuitos neuronales tuvieron que «traducir» los impulsos nerviosos auditivos a un código que no fuera el territorial, más adecuado para la vista. Así, el nuevo oído produjo una «representación neural de la dimensión del tiempo» que, al permitir vincular acontecimientos dispares, aseguró respuestas unificadas de acción pero, sobre todo, concibió una «construcción del sistema nervioso diseñada para explicar la información sensorial y motora procesada por el cerebro».

¿Y por qué tiene tanta importancia la mirada para el flirteo y el cortejo?

Pues ustedes mismos, que es Semana de Vacaciones: seguro que cualquiera ha salido alguna vez «de cacería» y conoce muy bien qué papel juegan las miradas en esta situación: el contacto visual tiene un efecto inmediato que dispara la parte más primitiva de nuestro cerebro, provocando interés o rechazo. Es, pues, la mejor manera de «saber» si una aproximación mayor tendrá éxito o no. Una mirada es una invitación a pronunciarse, sea verbal o corporalmente. Y tal vez por eso se diga que los idilios comienzan por la vista más que por el cerebro. Aunque después de haber mirado profundamente a los ojos a algún pretendiente, una preferiría que el idilio hubiera empezado y acabado exclusivamente en los genitales.

¿ESTUDIAS O TRABAJAS?

«El albatros tuerce la cabeza y hace crujir el pico. Los bacalaos agrandan la cabeza y avanzan las aletas pelvianas. Las víboras y los sapos insuflan sus cuerpos. Los antílopes y camaleones se ponen de costado para parecer de mayor tamaño. Los cariacús miran de reojo para mostrar la cornamenta. Los gatos se erizan. Las langostas se elevan sobre las puntas de sus patas y extienden las pinzas bien abiertas. Los gorilas se golpean el pecho»: son, todos, gestos animales recogidos por los etólogos.

Desde que Darwin sugiriera una «evidente correlación» entre los gestos de seducción animal y los humanos, hasta la aceptación actual de tremenda intuición, han pasado muchos, muchos estudios... y unas cuantas humillaciones.

«Los hombres tienden a establecer un territorio (un asiento, la barra, el tocadiscos) desde el que llamar la atención, avanzan y mueven los hombros ostensiblemente, se estiran, se yerguen hasta alcanzar su máxima estatura, exageran los movimientos del cuerpo, elevan el volumen de la voz, se ríen con todo el cuerpo, sobreactúan los gestos más simples, se acomodan el cabello, se frotan el mentón, se acicalan».

«Las mujeres también establecen un territorio desde el que sonríen, miran fijamente, se balancean, cambian de pie, están al acecho, cruzan y descruzan las piernas, enredan los dedos entre el cabello, tuercen la cabeza, alzan los ojos con timidez, ríen nerviosamente, levantan las cejas, hacen chasquear la lengua, se lamen los labios, se sonrojan y ocultan la cara para enviar la señal de aquí estoy»: son comportamientos humanos de seducción observados por Givens y Perper, antropólogo y biólogo, en los bares y lugares que frecuentan hombres y mujeres solos.

¿Están locos estos norteamericanos?

No parece. Cualquiera que haya estado cazando en una «disco» deberá admitir con buen ánimo las conclusiones del voyeurismo científico. Porque, además, hay más: ellos afirman que, aquéllos, son sólo los gestos de un primer estadio de lenguaje corporal, tan heredado como evolucionado, mediante el cual machos y hembras manifiestan, inicial e irracionalmente, su disponibilidad sexual.

El segundo estadio suele ser el de «reconocimiento»: dominada por la mirada, esta fase comienza cuando una u otra víctima toma conciencia de las maniobras de seducción. Una mirada es una poderosa invitación a responder de alguna manera, bien sea por interés o por rechazo. La etología denomina a este gesto «mirada copulatoria» porque, como podrán vaticinar, es el preludio de lo que ocurrirá si se superan los estadios posteriores. Se reconoce porque una sonrisa o un leve cambio de

postura da a entender que se puede iniciar una conversación.

Éste, dicen, es el paso más arriesgado: el palique. Según Desmond Morris, esta etapa se distingue porque «las voces se vuelven más agudas, más suaves y acariciantes» y porque no importa tanto lo que se dice —que suelen ser memeces— sino cómo se dice. Ya saben: «¿Estudias o trabajas?» o «¿Está buena tu comida?». Bajo estas inocentes palabras, muchas veces se esconde un «¡La madre, el repaso que te podría dar!». La voz humana —sus tonos— es una máquina de la verdad: descubre toditas las intenciones ocultas, por lo que, si se consigue entrar en conversación, ¡premio!: la humedad está más cerca.

Cuarto: el sobeteo intencionado. Reconozcámoslo: ¡Qué ratos más buenos nos ha dado esta etapa!: la piel humana es, además del órgano más grande de nuestro cuerpo, el más sensible. Por tanto, «inclinarse hacia delante, apoyar un brazo muy próximo al de la otra persona, acercar un pie si ambos están de pie» son los gestos de la aproximación de vanguardia. Si la piel, que es como una antena parabólica, no lo rechaza, entonces pasaremos a «tocar al otro con el hombro, la muñeca o cualquier otra parte del cuerpo socialmente aceptable».

Dicen mis investigadores que «por regla general, la mujer toca primero, rozando con la mano el cuerpo de su festejante de modo casual pero perfectamente calculado». Y a pesar de las tuertas leyendas sobre la pasividad femenina, no es de extrañar por dos razones: a) porque casi todos los mamíferos se acarician, golpetean o restriegan durante la pre-cópula; y b) porque las hembras siempre mandan. ¡Ah!

El último estadio es uno que, con total seguridad, nos trae buenos recuerdos a todos: el baile. ¿Quién no ha sufrido febriles incontinencias, al son de Barry White, mientras los entrelazados y mamiferitos cuerpos se hinchaban a darse mensajes? ... Venga, no se me pongan puritanos, hagan memoria, verán qué rico. Mientras yo voy preparando una explicación. _¡Que disfruteen!_

¿BAILAS?

¿Han visto alguna vez el ritual de apareamiento de los calamares? ¡¿No?! Pues no se lo pierdan si tienen oportunidad. ¡Es de bonito! A ver si consigo describirlo sin cometer injusticias:

Para empezar, cuando un calamar y una calamara presienten que pueden hacer puntillitas juntos... cambian mágicamente de colores. Sí, sí, en plural: como una aurora boreal. Hay quien dice que estas modificaciones cromáticas son, en realidad, un desarrollado lenguaje que refleja los diferentes estados emocionales de estos animales, pero no sé, no sé. En fin, a lo nuestro: que, inmediatamente antes de la cópula, el macho se exhibe ante la hembra en un alado baile al que finalmente se unirá ésta, trazando en el agua unos pasos que ya quisieran los campeones europeos de patinaje sobre hielo. Quién podría vaticinar que, después de tan elaborado cortejo, la entrega de espermátóforos se produce durante un fugacíííísimos «picotazo» que dura juro que nada. Entonces la hembra examina concienzudamente el esperma: si le parece a su altura, se fecundará; si no, lo devolverá al mar tan agradecida.

¿Se imaginan que el sexo humano fueran así?: después de bailar, el macho te entrega una bolsita con su esperma, tú lo sometes a control de calidad... y al útero o al olvido, sin más rollo. Aunque, la verdad, a juzgar por lo que se ve en las discotecas...

El baile —o los movimientos sincronizados que entendemos por «baile»; por cierto, gran fallo del Creador no haber previsto una banda sonora «natural»—, en fin, es un recurso que, en algún momento de la seducción, practican todas las parejas animales: desde los cisnes a las ballenas; desde los cangrejos violinistas a los basiliscos (esos lagartos tan graciosos que corren por encima del agua); desde las luciérnagas a los humanos. ¿Por qué? Y, sobre todo, ¿por qué está estrechamente vinculado a la reproducción?

De hecho, no es que esté «estrechamente vinculado» a la reproducción, sino que el baile es, en sí, un ritual reproductivo: los *leks* son territorios en los que miles de machos de algunas especies avícolas (la chachalaca americana, el gallo de las praderas) se reúnen en la época de apareamiento; allí, cada uno se adueña de una pequeña parcela en la que exhiben sus cualidades genéticas, durante semanas si hace falta, para atraer a las hembras. Algunos de los comportamientos más llamativos son los de danzar en círculo, emitir sonidos armoniosos y patear el suelo con fuerza, comportamientos que, al decir de los estudiosos, fue copiado por los indios americanos para sus danzas rituales. Pero lo que no pueden haber «copiado», ni los

indios ni ninguna otra comunidad humana, es el impulso a bailar, porque la reproducción exige, para que pueda llegar a ser, una sincronía física total. Así, las danzas que ejecutamos los animales no son más que —en última instancia, y por sincrónicas— una representación, cuando no una constatación, de la *simultánea predisposición reproductiva* de los danzantes.

Los medlpa de Nueva Guinea, que celebran fiestas en las que el baile es crucial en la seducción y la elección de pareja, dicen que sincronía es armonía y que, mientras mejor mantenga una pareja el ritmo, más probabilidades tienen de llevar bien su vida en común. Y no es «primitiva» la observación: se sabe hace tiempo que desde el segundo día de nacimiento los bebés empiezan a sincronizar sus movimientos corporales con los esquemas rítmicos de la voz, y actualmente hay constataciones gráficas (fotos, filmaciones, encefalogramas) de la sincronía en el movimiento corporal que se establece, a modo de baile, entre amigos que conversan, entre infantes que juegan distraídamente o entre familiares que comen juntos.

"La danza es alto natural", escribe Helen Fisher, antropóloga: "En la medida en que nos sentimos atraídos por otro, comenzamos a compartir un ritmo". Y podemos terminar compartiendo los churrumbeles, diría yo menos poéticamente. ¿Recuerdan las penumbrosas *reuniones* de los setenta —modalidad de los guateques de los sesenta o de los bailes de los casinos en los cincuenta—?: aquellas miradas, aquellas risitas nerviosas, aquellos cuchicheos hasta que por fin salías a bailar con quien te gustaba y, entonces, desplegabas un universo no calculado de señales corporales... que ponían del hígado a tu padre.

«¡¡¿Y por qué?!», recuerdo haber protestado cuando quería prohibírmelos, «¡Si es un inocente baile!» «¿Acaso tú nunca bailaste?!

—Pos precisamente...

UNO MÁS Y LO DEJO

En el magnífico libro «El zoo erótico de Gaia», preciosistamente ilustrado por Eduardo Castro, Checho Bacallado, biólogo canario, escribe: «Una de las cuestiones más oscuras —por insuficientemente estudiada— es el papel desempeñado por las hembras de los simios durante el periodo reproductivo. Christiane Mignault, profesora de antropología de Montreal, al hablar de las iniciativas sexuales de dichas «fémimas», no duda en titular: «Homosexuales o lascivas, las hembras no esperan el deseo de los machos»; las hembras participan activamente en la búsqueda de una pareja y manifiestan una sexualidad elaborada y plural. Según parece, son ellas las que eligen a sus compañeros, pero los criterios que aplican siguen siendo desconocidos para los humanos».

Esto... ¿seguro que desconocidos?

Después de tantos siglos de ciencia teológica —o de teología científica, como prefieran— la ausencia de vocación por la castidad en las hembras está dejando a los estudiosos con un ojo dentro de otro. Y no quiero ni pensar en el sufrimiento del clero católico: fíjense si será grande, que asocian esta época de liberación con la de la llegada del Anticristo. Pobres, para ellos mi más sentido ánimo.

Pero en realidad no querría agitar viejos rencores sino confesarles algo: desde hace bastante tiempo mantengo la tesis —y la praxis— de que a los dos años en punto de mantener una relación sentimental, ésta empieza a hacerse pesada y que, como de repente, los defectos del otro te abofetean la paciencia. El esfuerzo sentimental que requiere convencerse de mantener una relación por razones teológicas no siempre es salvable, de ahí que, después de veinte o treinta años de vida sexual, hayamos mujeres que atesoramos en nuestro currículum un número de amantes molesto para la decencia y el buen nombre de la sociedad.

Ante los cariñosos insultos de la peña monogamista —desde «chocholoco» a egoísta, desde transgresora a inhabitable— sostenía yo que esos dos años son el tiempo «natural» para conocer a alguien con cierta profundidad, para saber si nos gusta realmente o no, y que, concluido este periodo, estamos ecológicamente legitimados para elegir si esforzarnos en continuar o en abandonar una relación.

La indignación monogámica amiga se puede comprender por el también natural miedo al dolor que provoca una separación. Por ello, admitir de una vez por todas que una relación que no dura «toda la vida» no es un fracaso y que, bien al contrario, esos dos primeros años son los más festivos de una pareja, permite incorporar alegría a la vida porque, en lugar de ir de fracaso en fracaso, una va de enamoramiento en

enamoramiento. Y les juro por mis churumbeles que, desde este punto de vista, la autoestima se dispara y así —sé que no soy la única— hemos ido viviendo tan ricamente algunas mujeres, incluso defendiendo nuestros motes como lo que son: argumentos.

Pero miren por dónde: dos psiquiatras evolucionistas han descubierto que «habemos» adictos a la fase de enamoramiento. Como lo leen. Al parecer, mis hombres notaron en ciertas personas un «ansia por las relaciones amorosas» que inician y abandonan cierto tiempo después (¿mis dos años?) y no se sienten felices hasta que retoman la búsqueda de otra. Indagando, indagando, encontraron que durante la fase de enamoramiento está presente una anfetamina natural, la FEA, que nos mantiene excitados, alegres, optimistas, sociables. Para demostrarlo, administraron a cobayas humanos un inhibidor que descompone la FEA y otros neurotransmisores festivos (norepinefrina, dopamina y serotonina), confirmando que el comportamiento enamorado de estas personas variaba ante la ausencia de FEA.

Por supuesto que me lo creo, no es ninguna novedad: todo comportamiento está asociado a procesos químicos y viceversa. Y me hubiera quedado más redonda que un ocho con esta confirmación si no hubiera leído las premisas descaradamente morales de la investigación científica. Agárrense: «El adicto al *idilio* padece alteraciones en sus conexiones románticas, sufre ciclos de *desafortunadas aventuras* amorosas y se siente profundamente desgraciado o profundamente dichoso, según la etapa de sus *inadecuados idilios*». (Las cursivas son mías)

¡¡¿El adicto?!! ¡¿Qué manera es ésa de entender el mundo, hombre?! ¿Acaso no es la incertidumbre emocional condición de la vida misma, y la química componente de ambas? Patológico no es lo que va contra la moral, sino contra lo natural. Creer lo contrario avala la tesis de estos siervos de la SS: que gracias al tratamiento inhibidor, «las personas enfermas de pasión empiezan a poner más cuidado en la elección de la pareja». ¡Caray! ¿Esto qué quiere decir? ¿Que ya no les interesa la seducción? Y por otra parte, sin advertencias químicas, ¿quién decidirá el perfil de la persona que nos conviene «para toda la vida»? ¿El terapeuta... con su propio sistema químico?

Yo no sé ustedes pero, literalmente, ni «jarta» de anfetaminas pienso iniciar un tratamiento contra el amor. Lo que nos faltaba era que nos lobotomizaran incluso el impulso a buscar pareja las veces que nos dé la gana. Los médicos, los militares y los curas deberían intervenir cuando lo creemos conveniente nosotros, no cuando lo creen conveniente ellos.

¿ENVIDIA DE QUÉ?

Cual niño que acabara de descubrir su nuevo juguete favorito, un mono ardilla se asoma varias veces al espejo que le han colocado los investigadores. Ajeno a la comprensión del fenómeno, pero hipnotizado por él, la proyección de su propia imagen le desencadena unas erecciones que no podría soñar ni Rocco Sifreddi, porno-star italiano célebre por las dimensiones de su quinto miembro y por un infatigable entusiasmo venéreo.

¿Tan simio y narcisista, el mono?

No. Es sólo que si reptil fuiste, reptil eres: el cerebro mamífero conserva en el prosoencéfalo el complejo reptiliano, una región que aún gobierna los comportamientos instintivos básicos. En el caso de nuestro protagonista, su erección no es, evidentemente, sexual, sino que es signo de un lenguaje preverbal relacionado con la agresión, la dominación y la sumisión: cuando el mono cree ver a otro, lo entiende como rival y enarbola, para atemorizarlo, todo el poder de que dispone: su erecto miembro.

Pene y poder han mantenido tan sólida relación, que no sólo ha dado lugar a un sistema de gobierno, la falocracia, sino, dicen, a una enfermedad «mental» específicamente femenina, la envidia. Sin embargo, y a tenor de los estudios más serios que se van realizando sobre el pene y sobre el poder, quienes en realidad sienten envidia de otros penes son los propios hombres.

La presencia del pene en el lenguaje preverbal tiene, también, otros fines: ya en 1876, el naturalista J. von Fischer registró el comportamiento de un mandril macho joven que cuando se vio por primera vez en un espejo, dio media vuelta y le presentó a su propia imagen un enrojecido trasero. Cuando Darwin leyó esta comunicación, se dirigió a Fischer preguntándole el porqué de tan «indecoroso hábito». Fischer le contestó que después de observar a varios monos con hábitos «igualmente embarazosos» sospechaba que se trataba de una forma de saludo.

Seducción, saludo, amenaza. Diferentes propósitos y un solo órgano. ¿Por qué? ¿Fue siempre así?

Puede que no. De hecho, los cocodrilos no se encaraman sobre sus patas traseras para saludar o ahuyentar a los enemigos, entre otras cosas porque lo que podrían enseñar da más risa que susto. Sin embargo, los chimpancés intentan seducir a las hembras abriéndose de piernas, mostrando el pene erecto y agitándolo con un dedo mientras miran fijamente a los ojos de su potencial pareja.

A la vista de que los hombres son los antropoides que han desarrollado los genitales de mayor tamaño, cabe pensar que, en algún momento del desarrollo de la

mente y el lenguaje humano, el mismo gesto del chimpancé pasara a «significar» singularidad y vigor sexual. Pero, más tarde, sumergidos imperceptiblemente en el pensamiento mágico y simbólico, el vigor para provocar más descendencia o para imponerse a los enemigos truncó su significado en «poder», confundiendo, además, la capacidad genética individual con el poder natural de la masculinidad. De ahí a la abducción del poder político todo fue un pispás. ¿Pero tiene sentido hablar actualmente no ya de relación entre pene y poder, sino de envidia de éstos?

Ustedes mismos: para el psicoanálisis freudiano —como para la biología evolutiva, todo hay que decirlo— el pene es más importante que el clítoris para la supervivencia, por lo que el falo —el pene como símbolo— es ese «algo que falta», ese elemento siempre elusivo que otorga satisfacción y que sostiene permanentemente el deseo precisamente porque nunca se obtiene realmente, lo que lleva a la niña/mujer a suponer que es ella la inadecuada, la castrada, a la que le falta algo de importancia vital.

Sin embargo, como sugiere Lynn Margulis, interpretando a Lacan, «el deseo siempre es deseo del otro y eso significa, con harta frecuencia, deseo de la madre, el primer objeto de amor; como quiera que a la madre le falta el falo, el niño, sea cual fuere su sexo, no quiere inicialmente más que ser el *falo* para la madre». Y aunque «el niño varón se divierte con su pene y lo adora, siente su inadecuación y teme perderlo como (según cree) lo ha perdido su madre. Al desear ser uno con la madre, la amenaza de la pérdida del pene constituye su justo castigo por desear el alejamiento del padre». Por tanto, «tener el falo, como lo tienen los niños varones, ya es una forma de castración, puesto que eso no satisface el deseo de la madre»

Lo dicho: que habíamos entendido todo mal y de lo que hay que hablar en realidad es de envidia de clítoris. ¿No?

¿EL PODER DE QUIÉN?

Paul Le Jeune fue un jesuita que estuvo al cargo de la misión francesa en Québec en 1632, donde lo montagnaisnaskapi habían desarrollado su sociedad durante varios siglos. Escandalizado por la libertad de las gentes —mujeres independientes de alto nivel social y económico, hombres y mujeres divorciados, bigamia, ningún líder formal, cultura peripatética, relajada e igualitaria, padres indulgentes, etc.—, este representante del catolicismo decidió que había que cambiar tal situación para no ofender a su dios: impuso severa disciplina a los niños, fidelidad en el matrimonio y monogamia de por vida; pero instauró, sobre todo, lo que creía esencial para la salvación de los herejes: la autoridad masculina y la obediencia femenina.

A los pocos meses —nos revelan las crónicas— Le Jeune había conseguido ya algunos conversos. A los diez años, que los hombres pegaran a las mujeres.

Hasta los años setenta, que ya son años, la cultura europea vivió en la convicción de que la superioridad masculina era un universal, un don divino que desplazaba a las mujeres a los papeles de «subordinadas», «seres de segunda clase» o de «vacas domesticadas», como escribió Ashley Montagu en 1937. ¡Ja! ¡La que se le venía encima a Occidente!: Como un micelio que llevara siglos larvado, esperando las condiciones idóneas para eclosionar en millones de champiñones, las feministas aparecieron exigiendo la revisión del androcentrismo desde el que, sospechaban, se habían realizado las observaciones antropológicas y los estudios científicos que avalaban hasta entonces la Cofradía del Gran Poder Masculino.

Y así se hizo. Sin embargo, para cabreo de todas y sorpresa de los propios, el sociólogo Martin Whyte descubrió, comparando las funciones por sexos y las relaciones de poder de 93 sociedades no occidentales, que las omisiones antropológicas sobre la importancia social de las mujeres eran fortuitas, al menos tanto como algunos aspectos también olvidados de la importancia social masculina. Pero si el androcentrismo científico no existió, ¿quedaba entonces «demostrado», por reducción al absurdo, el dominio masculino y su naturaleza divina?

¡Ja! y ¡Ja! Whyte exploró el Archivo del Área de Relaciones Humanas, un banco de datos que contiene información sobre ochocientas sociedades, desde Babilonia a culturas tradicionales modernas. Contando también con otras fuentes de información etnográfica, seleccionó 93 sociedades preindustriales y buscó respuesta a las siguientes preguntas: ¿De qué sexo son los dioses? ¿Qué sexo es objeto de ceremonias fúnebres más elaboradas? ¿Quiénes son los líderes políticos? ¿Quién contribuye con qué a la mesa familiar? ¿Quién tiene la última palabra en la educación

de los hijos? ¿Quién arregla los matrimonios? ¿Quién hereda las propiedades de valor? ¿Qué sexo tiene más iniciativa sexual? ¿Se cree que las mujeres son inferiores a los hombres?

Una vez obtenidas éstas y otras variables, las interrelacionó para determinar qué lugar «universal» ocupan las mujeres en las sociedades de todo el mundo. ¿Y qué creen que encontró?

Pues algo ecológicamente mucho más razonable que androcentrismo o ginocentrismo: que no hay ninguna, *ninguna*, sociedad en la que hombres o mujeres dominen *en todos* los aspectos de la esfera social. Y que no hay ninguna, *ninguna*, conjunción de factores interculturales que pueda dar un mapa de una posición social universal de la mujer o del hombre. Y que, ¡sorpresa!, el poder económico o político no significa necesariamente poder *en los demás* ámbitos sociales. Y que, más bien, «el juego de poder entre los sexos es como una bola de cristal: si se gira un poco la esfera, proyectará una luz muy diferente», que unas veces gobiernan las unas y otras veces los otros.

¡¿No es fantástico?! ¡El poder masculino es un mito! ¡Un mito europeo! Y dado que el mito es, como su propio nombre indica, *un intento* de explicar la realidad mediante relatos verosímiles pero indemostrables, nos lo podemos cargar en cuanto queramos. Sí, sí, no es tan difícil como le gustaría al pesimismo. Lo que sí hay que hacer para que la demolición sea efectiva —de hecho ya se está haciendo, por mujeres y hombres— es redefinir cuánticamente el concepto de poder, atendiendo a cuestiones de clase, de etnia, de cultura interna, de atractivo sexual, de relaciones de parentesco, de singularidades personales y de cuantas variables se nos ocurran, porque el guión social acerca de lo que son los sexos, de cómo deben comportarse o de qué lugar ocupan en el mundo lo escribimos nosotros mismos, para castigo de Le Jeune.

Y ya sé que hay mitómanos y nostálgicos pero, caray, también sabemos cómo tratarles: pastillitas de litio tres veces al día y terapia psiquiátrica controlada.

¿POR QUÉ LE LLAMAN SEXO...?

¿Saben por qué las termitas pueden alimentarse ¡de madera!? Pues porque, más que intestino, lo que tienen es una especie de motel que aloja a varios tipos de bacterias y protistos, auténticos procesadores del inerte bocado: hace entre 2.500 y 500 millones de años, estos inquilinos resistieron el acoso digestivo de los paleoinsectos que les ingirieron junto a las algas, barro y limo. Adaptados previamente a un medio que carecía prácticamente de oxígeno, no les resultó difícil instalar su residencia en un abdomen ajeno: actualmente allí nacen, crecen, hacen sus nidos, se reproducen, se alimentan de la madera, la procesan, la excretan y también limpian hacendosamente su morada, porque los «desechos» que generan forman parte de la cadena que alimentará no sólo a su anfitrión, sino a otras clases de microbios.

¿Sorprendente? No. En realidad ese es el secreto de la vida orgánica: alianzas metabólicas que sustentan los procesos biosféricos y geoquímicos planetarios.

Y pensándolo bien, más que el sexo ¿no será esta fraternidad el verdadero origen del amor romántico que tanto ensalzamos los humanos?

No sé si habrá alguien enfrente de estas líneas, pero permítanme contarles una interioridad. Hoy se cumplen 69 artículos de este «consultorio» que, durante año y medio, ha evitado la metafísica del amor para dedicarse, materialistamente, a la física y biología de la *sexistencia*.

¿La intención? Revisar castrantes autoengaños para poder inaugurar, sin la atadura de las falsas verdades absolutas, una cultura dinámica del conocimiento, esto es: de la alegría. Y como la alegría ha sido el medio y el fin de este espacio, convendrán conmigo que 69 se aparece como un número más que correcto para dar por terminada esta indagación.

Somos y existimos gracias al sexo, porque éste surgió de la vida para dar cumplimiento a su propia y autocontenida condición: pervivir reproduciéndose. El sexo —la reproducción— es por tanto, para todos los seres sexuados, un mecanismo termodinámico ineludible que ha modelado utilitariamente cuerpos, psiques y conductas destinados a mantener la vida. Sin más magias. Sin embargo, es innegable que somos capaces de *sentir* amor. ¿Pero por qué, si de todas maneras íbamos a reproducirnos?

Dice la etimología que la palabra amor es resultado de la evolución de *luba*, una antigua palabra que significó *sed* en nostrático, lengua madre de todas las familias lingüísticas indoeuropeas posteriores. Sed y amor. Qué relación más rara, ¿no? ¿O no

tanto? ¿No será quizá lo que inconscientemente queremos decir cuando susurramos al oído de nuestros amantes «tengo sed de ti» o «bebería de tus huesos»? Sed y amor. ¿Palabras sueltas o conceptos unidos?

Hace unos dos mil millones de años, mucho antes de la aparición del sexo, de las estructuras fisiológicas necesarias para hablar y de cualquier lengua, se produjo la primera fusión celular: en un violentísimo planeta con escasos recursos alimenticios activos, algunas bacterias moribundas hubieron de convertir sus individualidades en un ser pluricelular para sobrevivir.

¿Cómo?

Cometiéndolo canibalismo, es decir, comiéndose las unas a las otras. Pero dado que la vida surgió, dicen, en el agua y las células *son* prácticamente agua, parece que en realidad sería más correcto decir «bebiéndose» las unas a las otras, como intuyeron los primeros contenidistas del lenguaje.

¿Mas con qué objetivo?

Para obtener las unas de las otras, en un primer gesto de generosa comunidad, la poca «comida» disponible.

¿Y por qué así?

Porque una estructura biológica multiplicada es, en condiciones adversas, mucho más resistente que una simple.

¿No es esperanzador? *Luba* fue antes que el sexo. Y fuerza en lugar de medio. El porqué y el cómo ya es asunto de otro consultorio. Hasta entonces, salud y lujuria.